AÑO VI Santiago, 1.º y 15 de agosto de 1890 N.os 145 y 146

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

PUBLICACIÓN QUINCENAL

SUMARIO.—El placer y el dolor, por *Francisco de P. Quereda.*—Boceto, por *T. Izquierdo.*—Soneto (poesía), por *L. Barros Méndez.*—Divertida la vida, ¿no? por *Alberto Valenzuela Castro.*—Sonetos (poesía), por *Luis A. Luco y Valdés.*—La cristiada (conclusión), por *Eleazar Boloña Dañino.*—Núñez de Arce como poeta lírico, por *M. I. Prado y Ugarteche.*

TOMO XVIII

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, 39-B

1890

ADVERTENCIAS

Las composiciones que se nos remiten para insertar en LA REVISTA DE ARTES Y LETRAS, se someten á la aprobación de una comisión que las admite ó las rechaza, según sea su mérito.

No se devuelven manuscritos, aun cuando no se publiquen. Nuestra *única* contestación á los personas que los remiten, será publicar ó no sus artículos.

LA REVISTA dará cuenta en una sección especial de toda publicación nueva que se le remita.

Los Editores

REVISTA FORENSE CHILENA

LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA.—CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Director: Enrique C. Latorre

SEXTO AÑO DE ESTA PUBLICACIÓN

(1.° de junio de 1890 á 1.° de junio de 1891.)

Por cada número. . . . . $ 0.80
Por seis meses (seis números). „ 4.60
Por un año (doce números) . . „ 9.00

Aparece el día 1.° de cada mes. No se sirven otras suscripciones que las expresadas arriba, debiendo cubrirse su valor anticipadamente.

OFICINA: MONJITAS, 1-A.—SANTIAGO

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO XVIII

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 39-B
1890

EL PLACER Y EL DOLOR

¿Queréis ver dos estandartes, con tres palabras cada uno, nada más, que bastan y sobran para formar concepto perfectísimo de todas las escuelas que se han disputado el imperio entre nosotros, así en las ciencias como en las artes, en filosofía, como en historia, como en religión?

Dice el uno: *Vivir para gozar.*

Dice el otro: *Padecer para vivir.*

¡Disfrutemos de alegrías y hartémonos de deleites, que la vida está en el valle, entre arroyos y flores, al pie de la fortuna! exclaman los primeros.

¡Recibamos penas y ofrezcamos injurias, que la vida está en el monte, entre peñascos y zarzas, al pie de una Cruz! responden los segundos.

¡Hay que gozar! replican los que, juzgándose grandes filósofos, no son sino unos grandísimos necios.

¡Hay que sufrir! duplican los humildes, que parece que todo lo ignoran, porque lo saben todo.

¡Viva el placer! añaden los que fantasean que el mundo

es un carnaval sin ceniza, como si la primavera y el estío pudieran existir sin el otoño y el invierno.

¡Viva el dolor! contestan los que tienen bien averiguado que del polvo vinieron y en polvo se han de convertir.

¿Dónde está la verdad? ¿Quién tiene la razón por suya? ¿Cómo habrá que resolver este litigio?

Antes que los argumentos nos embrollen, dejemos hablar á los sentimientos: antes que á la filosofía vanidosa, hay que interrogar á la historia humana; antes que á la inteligencia conviene consultar al corazón.

¿Hay placer sin dolor? Nó.

¿Hay dolor sin placer? Sí.

Nos consta, por experiencia propia, á los que ya hemos probado alegrías y penas en este mundo, que somos sin excepción todos los míseros mortales; todos los que padecimos y gozamos podemos dar de ello cabal y cumplido testimonio.

Porque si se trata de placeres de la carne, ¡cuántas violencias, cuántas decepciones, cuántas amarguras, cuántas ansiedades, cuántas ingratitudes, cuántas sombras, cuántas espinas! Y si se trata de placeres del espíritu, ¡cuántos recelos, cuántos escrúpulos, cuántos sudores, cuántos desengaños, cuántos misterios, cuántos escollos, cuántos abismos!... Es decir, que sin algún dolor no hay placer.

Pero si se trata del dolor, sea el que fuere, como le quitéis la resignación cristiana que algunos infelices no tienen, quedóse ya sin consuelo... Es decir, que hay dolor sin placer alguno.

Luego, si no hay placer sin dolor, el placer no existe en la tierra.

Luego, si hay dolor sin placer, el dolor es más humano.

Luego, grandemente se equivoca quien se pasa la vida siempre corriendo delante del dolor, para que no le alcance; exactamente lo mismo que quien, para alcanzarlo, siempre va corriendo tras el placer.

¿Y qué rastros son más firmes, qué frutos son mejores, qué efectos son más perdurables; los del placer ó los del dolor?

Los de aquél, estruendosamente gozados, mueren aquí con la carne, y de nada sirven ya, porque con ella se pudren, los de éste, soportados pacientemente, con el espíritu vuelan, sirviéndole de mucho, porque son su pasaporte para la eternidad.

Mediten, pues, los sabios, que nosotros sólo decimos: lo que pronto se mustia, corta vida tiene; lo puro es lo que no se corrompe.

¡Vaya con el placer y con el dolor: éste siempre acompañando á aquél, como la sombra al cuerpo, para que no lo olvide; aquél abandonando á éste en ocasiones, como para demostrarnos que el dolor tiene vida propia, ya que para existir, absolutamente nada necesita del placer!

¡Y cuánto no nos dice, pero se calla elocuentemente, placer, cuando acompañando con modestia al dolor, se transforma en discreto, silencioso, sublime; él que es de suyo la indiscreción personificada, el escándalo perenne, la vulgaridad de las vulgaridades!

¡Y cuánto no se calla, pero nos dice sublimemente el dolor, cuando, recibiendo caritativo al placer, lo purifica y transforma; haciéndole gozar, sólo porque padece; ennobleciéndole, sólo porque se sacrifica?

Estáis tristes. ¿No es cierto que os parece casi insulto la alegría de los demás?

Estáis alegres. ¿No es cierto que los ajenos dolores siempre os dejan alguna penosa impresión en el alma?

Pues, suponed á uno visitado por el dolor más fuerte, al recibir el consuelo de esa conformidad que pudiéramos llamar divina, porque el placer que proporciona parece venirnos muy de lo alto, según como nos levanta, transforma y enardece. ¿Por qué ganó el placer al contacto del dolor?

Pues suponed á otro visitado por el placer más vivo, al recibir el escrúpulo del remordimiento que deberíamos llamar humano, porque el dolor que trae parece venirnos muy de lo profundo, según como nos hunde, acobarda y desespera. ¿Por qué ganó el dolor al contacto del placer?

Estos son hechos palpables, evidentes, incontrovertibles.

Pero dejemos hablar ya á los sabios y que nos contradigan.

¿Es, ó no es verdad, que el placer se encuentra en todo lo que huye, en todo lo que engaña, en todo lo que corrompe? Presentamos como testigos la ilusión, el tiempo, la carne.

¿Es, ó no es verdad, que el dolor aparece en todo lo que nos amaestra, en todo lo que nos mantiene, en todo lo que nos inmortaliza? Presentamos como testigos la ciencia, el trabajo, la virtud.

Pues eso sólo puede consistir en que aquí las dulces flores del placer, esas son cabalmente las que primero comen hasta los gusanos; y las punzantes espinas del dolor, esas son precisamente las únicas que respetan hasta los reyes.

¡Cuántos esfuerzos son necesarios para curar la enfer-

medad de un hombre, de un bruto, de un árbol, de una planta, de una flor!

¡Cuán pocos abandonos bastan para que la flor se marchite, la planta se mustie, el árbol se seque, el bruto se muera, el hombre se pudra?

¿Y qué significa esto sino que morir es más fácil que vivir, que caer es menos difícil que levantarse, que por todos lados y á todas horas nos rodea ó la imagen ó la sombra del dolor?

Para no hablar sino del que llamamos rey ¡rey destronado por supuesto! ved como siempre es víctima: el monarca, de la adulación; el súbdito, del engaño; el apóstol, del sentimiento; el filósofo, de la idea; el estadista, de su partido; el comerciante, de su negocio; el pobre labrador, hasta de la brisa más suave si es un poco estemporánea, ó del más hermoso rayo de sol si es un poco fuerte, ó de la lluvia más benéfica si es un poco inoportuna.

¡Y qué demuestra esto sino que todos hemos de padecer si hemos de vivir, y muerto está quien no padece?

Hay quien supone que gozan y no sufren los ricos, los sabios, los buenos. ¡Equivocación singular! Porque esos son los que padecen más y disfrutan menos, de entre todos los mortales.

Hay quien cree que es una vida de placer, sin pizca de dolor, la de los malvados, la de los ignorantes, la de los desagradecidos. ¡Tontería sin precedente! Porque entre ellos nunca se encontrará un placer verdadero, y sí en cambio muchísimos dolores.

Hay quien afirma que el mundo es de los imbéciles, de los egoístas de los impasibles. ¡Estupidez sin nombre! Porque jamás éstos pueden disfrutar de nada, por inocentes que sean; como no goza el arco iris, más alegre

que ellos, privado de ver sus hermosísimos colores; como no goza el jazmín, más puro que ellos, privado de darse cuenta de su nítida blancura; como no goza el sándalo, más sensible que ellos, privado de disfrutar hasta del aroma con que perfuma el hacha que le hiere.

Claro está que el placer puede ser moral ó físico, como el dolor puede ser físico ó moral.

Sólo que todo placer, sea del género que fuere, ha de encontrarse, ó precedido ó seguido de dolores; por donde ya no resulta el placer absoluto.

Y en cambio, cualquier dolor no encuentra más consuelos que los religiosos, que sencillamente consisten en la resignación, en la conformidad, en la identidad... ¿Con qué? Con el padecer.

¿Qué queda, pues, en suma, sino dolor, en este mundo tan admirablemente bautizado con el nombre de valle de lágrimas?

No tiene duda: el dolor puede existir sin el placer; y si no, preguntadlo á los ateos, á los racionalistas, á los desesperados.

Pero el placer no puede existir sin el dolor: preguntadlo á los más poderosos, á los más felices, á los más libertinos.

Y es que, como el dolor tiene las raíces mucho más hondas que el placer, las de éste cualquiera las arranca; las de aquél quedan siempre en lo más hondo del alma.

Trabajar es sudar, ser es padecer; vivir es morir.

¿Progresara mucho la humanidad á no ser por esas lágrimas que en forma de gotas de sudor vierten, el labriego sobre su terruño, el pensador sobre su mesa, el militar sobre su fusil, el artista sobre su obra, el sacerdote sobre el lecho del que agoniza?

¿Viviera mucho el hombre á no ser por esas lágrimas que en formas de gotas de rocío envía Dios á la tierra, como premio á la obediencia de la ley del trabajo?

¿Y qué sería del mundo, sin esas lágrimas del espíritu á que llamamos oraciones, sin esas oraciones de la carne á que llamamos lágrimas, que juntas suben al cielo implorando misericordia?

¡Pobre niña! Creyó, inocente, en el placer de los primeros amores, y como un solo desengaño llevósele la mitad del corazón, no encuentra médico capaz de curarla... ¡No os empeñéis en cicatrizar la herida, porque jamás lo conseguiréis!

¡Pobre esposa! Regaló, cándida, el ramo de azahar místico al compañero de su vida que, en vez de guardarlo amorosamente en los más hondo de su alma, lo entregó á las inclemencias del mundo, y no encuentra alivio para su pena... ¡No os canséis en gemir, que la blanca cinta de cisne que lo ataba, volvióse negra cual la pez ardiente, como signo de eterno luto; y las tiernas hojas, para siempre quedaron mustias; y aquel su aroma purísimo ya no volverá!

¡Pobre madre! Todo lo puso en el amor al hijo de sus entrañas, que la olvidó villanamente... ¡No os molestéis en consolarla, porque para esas angustias no hay consuelo en esta pobre tierra en que vivimos, donde todos los placeres tienen un fin, donde ningún dolor acaba jamás!

Pero la niña acierta, y su amado le corresponde... ¡Cuán pronto pasa el placer, y cómo los dolores lo acibaran muy pronto!

Pero la esposa es feliz, y las flores no se pudren... ¡Cuán pronto se mustian y cómo pierden su fragancia á pocas salidas y puestas del sol!

Pero la madre tiene un hijo modelo, y no hay vanagloria como la suya... ¡Cuán pronto se le va para constituir otra familia nueva, dejándola unos celos santísimos y nobilísimos, más amarguísimos y dolorosísimos, que no acabarán sino en el cementerio!

Y todo esto es natural, es lógico, es justo.

Imaginad, si no, la doncella más pura, más santa, más hermosa. ¿Podrá serlo tanto como María? ¡Pues ved como ésta nace pobre, trabaja humilde y padece resignada, á pesar de ser la única que vino al mundo sin mancha, para ser virgen y madre eternamente!

Fantasead la esposa más amante, más casta, más discreta. ¿Podrá serlo tanto como la compañera dulcísima del carpintero de Nazaret? ¡Pues ved cómo en ella pone su mano infame y alevosa la calumnia, haciéndola sufrir en lo más tierno de su alma y en lo más vivo de su honra!

Delinead la madre más perfecta, más afortunada, más divina. ¿Podrá serlo tanto como la madre feliz de todo un Dios? ¡Pues ved cómo huye de Egipto para caer en el Calvario, no sin pasar antes por la calle de la Amargura!

¡No pretenda la mujer llegar á más que su eterno modelo! No espere el hombre librarse de la cruz de que no se libró su eterno salvador.

La atmósfera del dolor envuelve todo nuestro planeta, todo nuestro sér, y en ella nos mecemos, como el pez en el agua, como el ave en el aire, como la flor en la tierra, prisioneros todos de una ley universal.

En las cabañas se llamará hambre y en los palacios hartura; en el gabinete se llamará estudio, y en el campo labranza; en la aldea se llamará deseo y en la ciudad hastío.

Entre los ricos se llamará ambición, y entre los pobres necesidad; entre los iguales se llamará orgullo, y entre los desiguales envidia; entre los sabios se llamará vanidad, y entre los necios petulancia.

Los que ríen lo llamarán dicha, y los que lloran desdicha; los que suben lo llamarán gracia, y los que bajan, desgracia; los que gozan lo llamarán ventura, y los que padecen, desventura.

Pero siempre encontraréis que *todos* piden, prueba evidente de que todos están necesitados, ninguno satisfecho: el capitalista, como el mendigo, *más* maravedís; el discípulo, como el maestro, *más* saber; el plebeyo, como el prócer, subir *más* alto; el malo, como el bueno, llegar á *más;* el hombre, como la mujer, *más* alegrías, *más* satisfacciones, *más* felicidades; que no parece sino que el dolor es lo único cierto aquí, según como lo tenemos á todas horas en la mano; que no parece sino que el placer es aquí lo único incierto, según como se nos escapa de las manos á todas horas.

¿Qué es el dolor, en suma, más que el deseo de poseer un bien que no se alcanza, ó el deseo de recobrar un bien que se ha perdido?

¿Y quién está libre de pérdidas ó de deseos, en este mundo sublunar de pruebas tremendísimas é ilusiones engañadoras? ¿Quién libre de desgracias ó de temores, en esta tierra ruín, donde una palabra destruye una reputación y un segundo acaba con una vida? ¿Quién libre del oleaje ó del miedo, sentado en esta débil barquichuela, que boga y boga, siempre por escollos y brumas, sobre un mar de lágrimas; cuando el sol resplandece, padeciendo por que no se esconda; cuando el trueno ruge, llorando ante las amenazas de la tempestad?

El dolor nos recibe al nacer y nos despide al morir; que hasta al vivo más poderoso le cuesta un llanto el primer aire de mundo que entra en sus pulmones; y hasta en el más pobre muerto asoman á sus ojos cristalizados dos tristes, solitarias, amarguísimas lágrimas; como si tomar posesión del dolor y de esta tierra fuesen una misma cosa; cómo si sólo dejando esta tierra pudiéramos despedirnos del dolor.

¡Qué lección tan estupenda y cuán sublime enseñanza, que el dolor y no el placer sea nuestro amigo y compañero en los dos más solemnes instantes de la vida; cuando venimos sin saber á qué y cuando nos vamos sin saber cómo, cuando nos reciben con los brazos abiertos y cuando nos despiden con las manos cruzadas, cuando nacemos temporalmente para morir y cuando morimos para vivir eternamente!

¿Qué de extraño, pues, que en ese intermedio, entre la nada y la eternidad, á que llamamos vida, siempre nos persiga el dolor, jamás se nos presente sin mezcla el placer?

Buscad ¡oh, filósofos incansables! el placer de la más maravillosa sabiduría; que á mayor estudio, mayores dudas, y cuando lleguéis al pináculo de la ciencia, entonces cabalmente será cuando podréis medir, cada día con más exactitud, hasta qué punto tan imponderable llega vuestra ignorancia.

Satisfaced ¡oh, ricos poderosos! todas vuestras aspiraciones más placenteras; que vuestros capitales no os servirán más que para daros de beber la hiel amarga de las ambiciones, de las envidias, de las ingratitudes, y todo vuestro dinero al fin habréis de dejarlo al borde de vuestras fosas.

Adquirid ¡oh, estúpidos vividores, todos los medios para proporcionaros alegrías; que felices no habéis de ser, y de poco os han de aprovechar cuando entreguéis á la almohada vuestras cabezas, roído el corazón por el torcedor gusano de vuestros remordimientos.

Entreteneos ¡oh, mortales ilusos! en amontonar centenares, mantener goces y perseguir vanidades; que no han de libraros ni de los tristes recuerdos de la memoria, que no borraréis, ni de las dudas sombrías de la inteligencia, que no disiparéis, ni de las borrascas espantosas de la voluntad, que no dominaréis, porque no estáis educados en la escuela del sufrimiento, único que á su antojo se hace servir de las potencias del alma y jamás se doblega á las tentaciones engañosas de los sentidos.

Divertíos ¡hombres todos! á todas horas, sin intervalos, sin paréntesis, sin paradas, más contando uno por uno placeres y dolores; que ya veréis como al fin los dolores fueron más, y si por caso inverosímil fueran más los placeres, entonces y sólo entonces es cuando podéis consideraros, absolutamente, soberanamente, infaliblemente perdidos.

Porque á los sabios según el siglo, que no nos saben hablar ¡mal pensamiento! sino de las continuas mutaciones, compensaciones y transformaciones del mundo de la materia, en el orden mineral, en el orden vegetal, en el orden animal, afirmándolas todas, demostrándolas todas, estudiándolas todas; escapóseles ¡mal pecado! la gran ley de atracción moral que rige y gobierna el mundo del espíritu, primera entre las primeras, segura entre las seguras, reina y señora ante quien todas las demás se humillan para rendirle sincero y cristiano vasallaje.

¡Pobres de ellos, que distraídos por míseras bagatelas

de la vida, dieron en la flor de prestar culto á los placeres, huyendo de los dolores, sin darse cuenta, infelices, de que el dolor temporal es el padre del eterno placer y de la ventura sin fin!

La ciencia les servirá de poco cuando su madre la experiencia nos dice, no ya solamente que los dolores son más que los placeres, sino también que más segura vida que el placer tiene el dolor.

¡Cómo pasa el placer! Rayo fugaz que atraviesa el ambiente de nuestra existencia, no deja al amante más que ilusiones, no deja al poderoso más que ruinas, no deja al sabio más que misterios, no deja al artista más que desengaños, no deja al hombre más que sombras, canas y tristezas nunca dichas que arraiguen, que vivan, que perduren; siempre vanidades ridículas é ilusorias, entre evidentes y desconsoladoras realidades.

¡Cómo dura el dolor! Los años pasan, los acontecimientos se suceden, las impresiones se renuevan, las circunstancias varían, la sociedad se transforma, el hogar se apaga, los padres se van, los hijos vienen: todo cambia, menos su estela, que jamás borran las tempestades, y aun bajo el cielo más sereno y apacible queda para siempre grabada en lo más íntimo y recóndito de este pobre triste corazón humano.

Y es que, como el placer nació para esclavo de los cuerpos, esclavos viven sus retoños.

Y es que, como el dolor nació para rey de las almas, nadie puede disputarle el cetro en sus dominios.

Por esto el que goza, si no tiene sentido común, sufre los dolores que no encuentran en el mundo consuelo divino ni humano.

Por esto el que sufre, si tiene sentido moral, goza las

tristes, mas únicas satisfacciones que son posibles en el mundo.

El placer es de suyo revolucionario, egoísta, estruendoso; como que es el resplandor falso de la falsa dicha con que el ángel rebelde se quedó para engañar á los hombres.

El dolor es de suyo humilde, retraído, paciente; como que es el hijo de la Divinidad humana, que nos presenta por compañeros la fe pura pero ciega, la esperanza continua pero dolorosa, la sublime pero heróica caridad.

De aquí un misterio de la religión, que también es un hecho de la historia y una verdad de la ciencia: que el placer enferma y el dolor sana, el valor consume y el dolor tonifica; que el placer es la muerte y la vida es el dolor.

¡Benditas fueron siempre las lágrimas! Siempre fueron benditos los dolores! ¡Desgraciado fue y será siempre el que no llora!

Ensoberbézcase, pues, el hombre cuanto guste y sublévese cuanto le venga en gana, que la cosa no tiene remedio; porque la ley es general, sin excepción, y punto de partida de un dilema inexorable: ó no vivir ó llorar; ó padecer ó morir.

Que aquí el placer es siempre mortal y siempre es inmortal el dolor; y en donde todo dolor muere y sólo el placer vive no es en la tierra, sino en el cielo.

FRANCISCO DE P. QUEREDA

Madrid, 20 de mayo de 1890

BOCETO

I

En una fría tarde de invierno salí á andar por la Alameda de las Delicias envuelto en un delgado abrigo. Llevaba en mi mano, á guisa de bastón, un ligero paraguas.

Ninguna idea fija me preocupaba é iba con mi ánimo más bien gozoso que indiferente. Sentía mi cuerpo ligero á causa del frío; el viento que soplaba me inducía á andar, á andar mucho. Frente al Carmen, sentí la campanita de las monjas, que me hizo el efecto de mágica voz, pues en el acto se despertaron en mi mente ciertas consideraciones acerca de la vida monástica, la que sólo puede explicarse meditando sobre lo que es este mundo.

Sumido en estas y otras ideas, seguí avanzando. Subí por el angosto tajamar y cuando llegué á un extremo en donde se alza una pequeña pirámide, medio destruída, no tanto por el tiempo cuanto por el mucho abandono, me alcanzó un muchacho que iba armado de un palo en

cuya punta se veía, entre rejillas, brillar una luz: era el encendedor de faroles.

Encendió el último que le quedaba, y con voz agitada por la carrera me dijo:

—Patrón, ¿no tiene miedo de andar tan sólo por aquí?

Á lo que le contesté, que no tenía miedo, pero que no me desagradaría que me hiciese compañía para volver á la ciudad; á lo que el buen hombre me replicó que lo haría gustoso, pero que antes deseaba descansar un rato.

Nos sentamos en el borde del tajamar, mirando hacia el río, cuyo caudal engrosado con las lluvias del invierno, se veía internarse con rapidez en la ciudad y reflejaba en sus ondes la luz de los faroles.

—¿Tienes padre? le dije.

—Sí, patron.

—¿Y madre, y hermanos, y novia?

—Tengo todo lo que acaba de enumerar.

—¿Y son felices?

—Debiéramos serlo, pero nunca falta una desgracia. Mi padre está enfermo.

—¿Qué tiene?

—¡Ah! señor, es un grave mal. Mi padre, durante muchos años, fué el hombre más honrado y trabajador de cuantos he conocido. Por las mañanas, de alba, salía á repartir *El Ferrocarril*; en el día se ocupaba de otros quehaceres y en la noche ejercía el mismo oficio que yo; el de encendedor de faroles. Á causa de haber muerto mi hermana mayor, á quien mi padre quería con locura, tuvo una gran pena, que lo abatió por completo, y, pensando que el licor podía hacerle olvidar sus sufrimientos, se dió á la bebida. Al principio se le vió alegre

y engordó; más tarde perdió el apetito y fué lentamente poniéndose imbécil; y, ahora se encuentra en el último grado, está loco. Si usted quiere verlo, me dijo, podríamos ir á casa.

Deseaba sentir alguna emoción fuerte, y acepté. Nos pusimos en marcha.

Atravesamos gran parte de los suburbios de la ciudad, y al cabo de una hora de andar por mal piso y por torcidas calles, llegamos á un *rancho* cerca del puente del ferrocarril.

En ese momento el expreso de Valparaíso, coronado de humo y fuego atravesaba por ahí.

Un instante después sólo se oía el resoplido de la máquina y el monótono ruído de las ruedas sobre los rieles.

II

Cuando penetramos en la habitación, dormía Juan, el padre de mi acompañante, vuelto hacia la pared, lo que me permitió poderle examinar con alguna detención y fijarme en los muebles que había en la pieza.

Roncaba el enfermo dormido profundamente. Su respiración, á ratos, era uniforme como el resoplido de un fuelle; á veces se suspendía por ciertos intervalos, tras los cuales lanzaba entre quejidos una respiración ronca y cavernosa, como precursora de que iba á despertar; y cuanto esto temíamos, se le sentía de nuevo el roncar uniforme y fatigoso.

Sobre un catre de hierro y en un colchón de paja dormía el borracho. El catre no tenía perillas y las tuercas estaban flojas, de modo que la respiración sola del enfermo imprimía al lecho un eterno movimiento.

Una manta, rota en varios puntos y descosida en otros, le servía de frazada, por entre cuyos agujeros asomaban los pies y parte de las piernas. Una mesa de desiguales patas, sobre la cual había frascos rotos, vasos sucios, diversos papelillos con medicinas, estaba temblando al lado del catre, que la movía, haciendo que los objetos que sobre ella estaban se excurrieran lentamente y algunos, de vez en cuando, cayesen al suelo.

Una silla de palo, de respaldar alto y de tallados brazos, ocupaba el lado opuesto de la mesa, más allá de la cama. Sobre un brasero de hierro ardía un poco de chamiza seca, cuyo humo, rozando la pared, iba á salir por un agujero que en forma de ojo había junto al techo.

Sobre unos sacos puestos en el suelo en un rincón de la pieza dormía un niño como de cuatro años.

De la pared, y alumbrada por una vela de sebo, colgaba una imagen de Nuestra Señora del Carmen.

Contemplé silencioso tanta desolación y miseria.

Pedí la vela para ver el rostro del borracho. Ana, su mujer, fué á buscarla y cuando la hubo acercado, vi aquella cara, que más tenía de demonio que de hombre. Los ojos, hinchados como si abejas los hubieran picado, la nariz torcida, los labios gruesos y llenos de costras de varios colores, toda la cara amoratada.

La esposa de aquel infeliz me dijo, al ver mi curiosidad:

—Señor, tenga cuidado, porque es tremendo el despertar de mi marido.

En esto el borracho abre los ojos, da un grito, mira fijamente á su mujer y pide agua. Ana le acerca limonada en un gran jarro, que él toma con ambas manos y bebe

con ansia un trago, derramando la mitad del líquido.

—¡Ah, mujer maldita! exclama en seguida, me das aguardiente en vez de agua. Te he de pegar.

Diciendo esto, salta de la cama con la rapidez del rayo; pero al lanzarse sobre la infeliz mujer, me interpongo y lo sujeto.

Se detiene, me mira con ojos extraviados y me pregunta:

—¿Por qué no me dejas pegar á esa mujer que me ha dado aguardiente? Esa mujer, continuó, y mi hijo quieren asesinarme dándome todo el día aguardiente; pedí una sopa y me la dieron en aguardiente: quieren matarme.

Aconsejé á la mujer que se retirase y comprendí que todo aquello era efecto de la locura ó más bien dicho, del *delirium*.

La mujer y el hijo fueron á esconderse en un ángulo oscuro de la pieza. No viéndolos ya el enfermo, se tranquilizó por un momento y me dijo:

—Mi mujer es un demonio. Toda la noche me mira: me doy vuelta á un lado, y sus ojos están en mí; me doy vuelta al otro, y también me encuentro con sus ojos. Esto es horrible.

Desplomó pesadamente su cuerpo sobre la cama y con entrecortados lamentos dejaba comprender los varios dolores que le atormentaban:

—¡Ay! decía, me clavan alfileres en todo el cuerpo; animales deformes me entierran las uñas en la piel; han colocado en mi cabeza un peñasco; quiero librarme de ellos.

Diciendo así salta de la cama medio desnudo y comienza á correr de un extremo á otro.

Las imágenes espantosas de la fiebre bajo mil cam-

biantes se le presentan: ya ve un punto que se dilata en círculos de varios colores y abarca la pieza entera y parece oprimir al enfermo, que se detiene de súbito en la carrera y va á ocultarse en un rincón; ve telas de arañas que crecen hasta ser del tamaño de velas de barco, y se transforman y se deshacen como nubes; ya ve una manada de patos de brillantes ojos, que sale de la pared y salta sobre el colchón, donde desaparece; ya son fantasmas que se acercan y corren tras él. y entonces en su desesperación grita: *¡Luz, luz, luz!* y se cree estar desempeñando su antiguo oficio y corre armado de un palo; da varias vueltas y exclama:

—¡Ya están encendidos los faroles!

Ve millones de luces que crecen y se convierten en llamas de varios colores y en hogueras que lo abrasan. Luego ve globos rojizos que llenan la pieza, y, para poder continuar su carrera, mueve los brazos como aspas de un molino, inclina la cabeza y avanza en actitud de embestir.

—¡He vencido! exclama. Las luces se han apagado.

Y sentándose en la cama, contínúa:

—¡Qué linda fiesta!... es un velorio. El angelito rodeado de papel recortado. ¡Ve! y puesto boca abajo. ¡Qué tontos! ¡qué barbaridad! y cómo bailan y tamborean, y la vihuela... ¡Ve, ve! ¡Ay, ay! un mono que salta de la pared y con el pie urguetea la cueva de los ratones. ¡Los ratones! los ratones ya vienen por millones, se me suben por el cuerpo, me muerden. ¡Ay! ¡ay!

Diciendo esto, se retorcía. Cada tres ó cuatro segundos se observaban estremecimientos bajo la piel, por espacio de un momento; las rodillas le chocaban con rapidez; las piernas y las manos no podía tenerlas quietas;

todo su cuerpo tiritaba como el de un perro en mañana de invierno. Su piel, lustrosa y como barnizada, de tal manera ardiente, que humeaba el aire en torno suyo...

La mujer y el hijo continuaban en el rincón, y cuando notaron que el enfermo no se movía del borde de la cama, y estaba debilitado por las carreras, se le acercaron.

Tan pronto como los ve, se dirige á mí, gritando:

—¡Quita esta mujer de aquí, ya viene con sus ojos de fuego á mirarme!... esos ojos!...

Y se tapa la cara, y continúa diciendo:

—¡Los veo, los veo!...

Se levanta y va dando pasos como quien anda á oscuras; afirma un pie, mueve el otro, lo retira y duda si debe avanzar ó nó. Se agacha, porque cree andar en un laberinto de habitaciones bajas, tan bajas, que lo obligan á ponerse en cuatro pies, y aún así encuentra obstáculos, y dice que las vigas le topan en la cabeza

Repentinamente la pieza se le agranda, tomando proporciones inmensas, y ve moverse de nuevo en la pared un ágil mono, cuyo pie urguetea la cueva de los ratones y grita:

—¡Ya salen los ratones y me muerden!

Emprende la carrera para librarse de tan asquerosos animales. Luego se detiene y dice:

—¡Ay! Cuidado con la pieza... ¡Cuidado! Ya... ya se hundió!

Tal debió de ser la impresión que esto le causó, que dió con su cuerpo en tierra. Tomamos la luz y nos acercamos. Abrió los ojos y con cierta expresión de ternura nos miró.

Golpeóse el pecho con la mano, como quien ora arrepentido.

Había vuelto á la razón.

Haciendo esfuerzos inauditos y mirando dulcemente á su mujer, sólo pudo articular la palabra ¡Perdón!

Se oyó un gemido ronco, y sus miembros temblorosos cesaron de agitarse.

T. Izquierdo

SONETO

(A Carlos Silva Vildósola)

El amor es la vida... La *esperanza*
es el consuelo del dolor presente;
es *fe* la luz de la verdad ausente
y *caridad* la ajena bienandanza.

El amor es la vida... En vano avanza
la ciencia adusta á detener la fuente
viva de amor: la juventud ardiente
con sed de dicha al manantial se lanza

perenne de la vida; y cuando intenta
la virtud detenerla, semejante
á la mar combatida en la tormenta

se eleva hasta los cielos.—¡Cuán brillante
corona ha merecido de victoria
el que al amor desprecia por la gloria!

29 de agosto de 1890

L. Barros Méndez

DIVERTIDA LA VIDA, ¿NO?

Escenas de la vida real

(A Manuel Barros B.)

"Más se parece la vida á un
cuento que un cuento á la vida."

Jorge Sand

I

¡He aquí uno de los episodios que, entre los muchos de aquella época de mi juventud, tengo más presente! Su recuerdo me lleva á las postrimerías del siglo último, allá por los años 188... y 189..., durante los cuales ejercí la profesión de abogado en aquel punto de la costa del Pacífico que fué puerto floreciente de Sapigua y que es hoy ensenada completamente desierta, sin una mala cabaña de pescadores.

Ahí conocí al oficial 3.º en la sección de contaduría de la aduana, Manuel Pérez, joven altamente desdeñado por sus compañeros de oficina.

No contaba entre ellos con un solo amigo; más tampoco con ningún enemigo, sin duda á causa de sus inofensivos defectos. De los varios que le achacaban, solamente en la apreciación del principal uniformaban las opiniones. Para unos, era un infeliz, un bendito; otros juzgábanle consumado egoísta; no faltaba quienes le consideraran rematadamente extravagante; pero todos estaban acordes en declararlo el tipo acabado y perfecto del avaro, lo que era el colmo de la ignominia en un pueblo como ése, donde derrochaba todo el mundo, inclusos los italianos y los judíos, y hasta los chinos. Oprimíale al pobre mozo el abrumador epíteto de avaro, á despecho de cuatro ó cinco acciones generosas que de él se contaban, sin que su relato contribuyera en un ápice á atenuar el despreciativo concepto en que se le tenía, pues, los pocos oyentes que las daban algún crédito, atribuíanlas sin vacilar á móviles interesados.

Confieso que, recién le conocí, me formé idéntica opinión, ó mejor dicho, no me formé ninguna, sino que lisa y llanamente adopté la que existía. Por suerte, á los cinco años de mi llegada una circunstancia nos acercó.

Á fines de 189... fuí nombrado para suplir al promotor fiscal, mientras el propietario desempeñaba interinamente la promotoría de Iquique, vacante, á la sazón, por renuncia del que la servía.

Ya para hacerme una consulta ó bien una advertencia, ya para llevarme un expediente ó encarecerme la rápida gestión de otro, mandábale el administrador casi todos los días á mi bufete. Debido á este trato frecuente, se verificó en mi ánimo una reacción favorable á su persona, reacción que, aunque lenta, fué creciendo hasta llegar á serme grata su compañía y sentir un verdadero

afecto que no tardó en convertirse en sincera amistad, sentimiento más raro y difícil de hallar en la provincia tarapaqueña que la vegetación en el desierto, descartados los oasis.

Primeramente me extrañaron en un sujeto como él, de continente tan opaco, sus modales de una sencillez y corrección nada comunes. Más tarde comencé á darme cuenta de que manifestaba talento y buen criterio, así en sus contadas preguntas como en sus lacónicas respuestas y tímidas observaciones. Y, por fin, antes del año, descubrí en su corazón un tesoro de nobles cualidades morales, desgraciadamente escondido, mitad por culpa de su exagerada modestia, mitad por efecto del medio ambiente en que vivía.

II

Sus entradas mensuales ascendían á treiscientos pesos, de los que doscientos correspondían á su sueldo de empleado, sesenta ganaba como contador nocturno de la tienda «La Nueva Flor de Sapigua» y cuarenta por una clase de aritmética que de siete á ocho de la noche y tres veces á la semana hacía en una escuela particular, titulada «El Progreso Indefinido».

Tenía además la comida gratis, en pago de llevar los libros del rancho «Chile Viejo», cuya patrona, ña Francisca, sabía deletrear mas no escribir, á despecho de toda su ciencia y habilidad suma para guisar frejoles y hacer buenos *picantes*.

Á la capital, á la Caja de Ahorros de la Caja Hipotecaria, remitía, los días diez de cada mes, de ochenta á noventa pesos; generalmente noventa.

El día once ya no tenía un centavo.

Y ¿los ciento veinticinco pesos restantes de sus gastos?

Todos los primeros tomaba en la agencia del Banco de Valparaíso una letra por valor de ciento veinticinco pesos para Santiago y á la orden de su madre. También á la orden de ella estaban sus ahorros.

¡Su madre! He aquí el único amor de Ignacio, su inmenso y nobilísimo amor. Encarnado le tenía en lo más profundo de su alma. Á los impulsos de tan ardiente cariño, palpitaba de gozo su pecho. Por su madre imponíase toda clase de sacrificios; por su madre ambicionaba y creía en un porvenir mejor; por ella, día y noche soportaba resignado la carga del trabajo, y sereno, casi sonriente, por ella luchaba á brazo partido contra las asperezas y dificultades de la vida, sin cejar jamás, porque en sus horas de abatimiento y en medio de las negruras que solían envolver su espíritu, surgía siempre la imagen de su amor filial y le gritaba: ¡Adelante! orden que para el atribulado era consuelo y ley.

¡Cuántas veces no me sentí confuso, pequeño, ante mi amigo, cuya alma grande, casta, hermosa, con vívidos resplandores solía irradiar en su frente y relampaguear en sus miradas, ordinariamente tristes, comunicándole á su rostro una especie de éxtasis, cierta expresión soñadora que para cualquiera otra sociedad menos ruda, habría sido simpática en alto grado!

¡Oh! cuán frescas, al través de tantos años, conservo en la imaginación aquellas agradables veladas en que me hacía sus confidencias más íntimas, en largas y sabrosas pláticas, que giraban constantemente al rededor de un punto mágico, al rededor de ella, su madre, centro invariable de sus amores!

Y ¡con qué exquisita ternura, con qué femenina delicadeza, á la par que varonil energía, expresaba los dulces sentimientos de que desbordaba su corazón!

Oyéndolo, uno no podía menos de pensar en el principio de la proximidad de los extremos, aplicado á esos seres á quienes el cielo ha dotado de tanta debilidad como fuerza.

III

—«¡Ah! mi amigo, la vida ha sido muy dura para mí, contábame Ignacio una noche. Tenía yo siete años, cuando una tarde, entrada la oración, mi padre me llamó á su escritorio, y sentándome sobre sus rodillas y sujetándome con su brazo izquierdo, pronunció á mi oído unas palabras cuya gravedad, por el momento, no entendí, pero que media hora más tarde repercutieron en mi cerebro de tal suerte que en él para siempre quedaron esculpidas.

—«Ignacio, fueron sus palabras, tú eres bueno; tú « amas á tus padres, y á tu mamá la quieres, siempre la « has querido más que á mí, ¿no es cierto?»

«Por toda contestación yo agaché la cabeza. Mi padre, hombre joven y de muy gallarda presencia, me inspiraba más bien admiración que cariño. Él poco paraba en casa, y cuando solía hacerlo, su semblante no era alegre, ni amable su trato.

«Mi madre, por el contrario, nunca salía y á toda hora me colmaba de caricias que yo procuraba devolver con mi sumisión y mi cariño. Sobre todo, me partía el alma verla llorar, y la pobre lloraba mucho. He oído que nada hay tan precoz como la desgracia, y así debe ser. Por mi inteligencia de niño solían cruzar ideas muy

extrañas cuando despertaba en las altas horas de la noche y, levantándome en puntillas, asomado desde la puerta, veía en el cuarto vecino á mi madre, vestida, pálida, sollozando en su abandono... Y su marido no estaba ahí para consolarla...

—«Ignacio, tú eres un buen hijo...; ¡muy bueno!» continuó mi padre, después de una pausa en que le oí murmurar entre dientes:

—«Todo me aconseja que me vaya; ¡ay! hasta mi
« propia sangre se venga y me echa. Tú, mi hijito, no
« abandonarás nunca á tu madre como...»

«Aquí se detuvo, y á poco agregó:

—«Serás su sostén, su ayuda, ¿no es así? Tú eres hom-
« bre; lo serás más tarde; lo serás siempre. Te mando;
« nó; yo, tu padre, yo te ruego que la cuides mucho y
« seas su providencia, ¿me entiendes?»

«Concluídas estas recomendaciones, me estrechó contra su corazón y me besó repetidas veces.

—«Anda á jugar, me dijo, al separar de mí sus brazos.

«Mas, no alcancé á la puerta cuando me llamó de nuevo.

—«Mejor será que te quedes. Siéntate, hijito, ahí, cerca
« de la mesa, más cerca. Mira los grabados; si no te gus-
« tan los de ese libro, ve los del otro. Ni te vayas, ni te
« muevas, ¿lo oyes?

«En seguida ví con esos ojos de la infancia, que miran y no ven, que sacó las cápsulas de la nuez de un revólver, las que depositó en un cajón de su escritorio y que colocó el arma tras una corrida de libros, en un estante, al que echó llave, y guardándosela en el bolsillo, se paseó lentamente á lo largo del cuarto con las manos atrás y la frente despejada. Esta tranquilidad le duró poco.

No tardó en nublarse su semblante, en clavar la barba en el pecho, separar las manos, accionar, mesarse el cabello, golpearse la frente y volver sus pasos, de lentos, en rápidos y desconcertados.

—"Mira, hijito, me dijo al cabo de un rato, ¿por qué " no vas á llamar?... Nó, no vayas todavía. Ya irás.

"Y continuó paseándose con el mismo, si no mayor desasosiego.

De repente, acercándose por detrás, juntó su mejilla con la mía y tornó á besarme.

—"Ve á decirle á tu mamá que pida la comida; ve co- " rriendo, ligero, bien ligerito, y te vuelves en un abrir y " cerrar de ojos, en menos que canta un gallo.

"Salí como mi padre me lo ordenó, y al llegar al tercer patio, vibraron los vidrios y sacudiéronse todas las puertas de la casa con el ruído de una fuerte detonación. . .

. . . . . .

"En los días siguientes, mil molestias concurrieron á agravar el dolor, horrible ya por sí sólo. Agentes de la justicia traspasaron los umbrales del enlutado hogar; hubo notificaciones, embargos, inventarios; y la ley, personificada en un receptor, no tardó en señalarnos la salida á la calle.

"Á los dos meses trasladóse mi madre á la casa de su familia, en la que vivió ella y me eduqué yo hasta principios de 1878, semanas después de la muerte de mi abuelo, á quien mató la gran pesadumbre de su rápida y completa ruina, causada en la negociación Paraff, en la que honrada y cándidamente se metió, perdiendo en ella más de seiscientos mil pesos.

Mi abuelo hizo cesión de bienes, y fué entonces cuando casas y haciendas, que en más de una centuria no habían

salido del poder y dominio de la familia de mi madre, pasaron á manos extrañas.»

IV

Para la mejor inteligencia del párrafo anterior, conviene conocer ciertos detalles relativos al matrimonio de los padres de Ignacio Pérez Recabarren.

Se casaron un tanto á disgusto de sus respectivas familias.

Hacía más de treinta años que la de Pérez disputaba á la de Recabarren el derecho á unos censos de gran consideración, y en la época en que los progenitores de mi amigo se enamoraron, el pleito había tomado un carácter agresivo.

Don Domingo de Guzmán y Pérez estuvo á punto de reñir con su idolatrado Alfonsito Pérez, el brillante león de la sociedad santiaguina, que, pudiendo elegir como le hubiera dado la real gana, escogía precisamente la única muchacha desagradable á su padre.. El señor de Pérez no se conformaba. Nunca creyera que su mimado le causara tal disgusto.

Por su parte, don Juan de la Cruz Recabarren, á más de idéntica razón, alegaba una que era seria. Alfonso Pérez se inclinaba á jugador. Diariamente, enjambre de chismes y cuentos herían los oídos y desolaban el corazón de los padres de Javierita, la muy amada de Alfonso. Y ellos con dolor profundo comprendían que la pasión de su hija carecía ya de remedio.

Con no menos tenacidad oponíase la esposa de don Juan de la Cruz, doña Inés Cuevas. Ella también tenía su motivo especial.

—En los viajes, Alfonsito ha adquirido ciertas ideas liberalescas, observaba la señora á su marido.

Y éste, hombre, al fin, para ser tan despreocupado, la contestaba con cierta displicencia:

—Esto es lo de menos, hija. Lo malo está en que es —nadie me lo quitará de la cabeza,—aficionadillo á los naipes.

Entretanto, los jóvenes se encapricharon, y los suegros, por malos de sus pecados, hubieron de cejar. Se habló de transacciones; acomodóse que la tal afición al juego era cosa de envidiosos, y el pretendiente accedió á entrar en una *corrida de ejercicios*, llorando la lágrima viva durante los nueve días que pasara en la casa de San José.

Libre de estorbos el camino, la boda se verificó, y verificóse con gran fausto. Asistió todo Santiago, inclusive don Domingo de Guzmán y Pérez, que había andado maleando, medio tentado de excusarse con su gota, y con su catarro y con su *angina pectoris*... amén de sus años.

En esa ocasión los dos viejos consuegros se hablaron por primera y última vez.

Fracasaron las transacciones más pronto de lo presumible, y los escritos de las partes, de agrios, se hicieron virulentos.

Á causa de la confusión producida por las diputas judiciales, Alfonsito Pérez pudo entregarse á su pasión favorita sin ser concienzudamente notado por otra persona que la afligida y reservada esposa.

Y sin embargo, en el día del enlace, toda la sociedad felicitó á Javierita, con ser tan linda y tan angelical, por su gran ventura en *matrimoniarse* con un joven que

reunía cuanta cualidad envidiable hay en la primavera de los años: hermoso, elegante, rico, atrevido, inteligente y hasta educado en Europa.

V

Una mañana me extrañó ver á Ignacio entrar á mi bufete muy temprano, lo que nunca había hecho sino pasadas las doce, cuando le llevaban asuntos de aduana, y después de las cinco ó en la noche, según se tratara de pasear por los cerros ó de charlar la velada.

En el acto noté la placidez de su semblante. El gozo interior le salía hasta por los poros. Cada una de sus facciones, aun separadas, habría parecido risueña. Manifestábase su extraordinaria alegría en la soltura de sus movimientos, en la vivacidad de sus miradas.

—Acabo de recibir este telegrama, me dijo pasándomelo desdoblado.

—Me alegro por usted y lo siento por mí, le contesté devolviéndoselo. Pero no se vaya; siéntese, y charlemos un rato.

—Nó, me contestó, tengo que hacer en la oficina. He venido únicamente á comunicarle la noticia.

Y con la misma presteza que entrara salió, dejándome entregado á reflexiones ajenas á los expedientes que sobre el escritorio había.

No todo en este perro mundo es obra de la suerte, pensaba. En él también se abren brecha la constancia, la honradez, el trabajo inteligente, los nobles sentimientos. Ejemplo de ello es Ignacio...

Sin embargo...

Otra clase de hombres es la que sabe chupar el jugo

de la tierra salitrera, y él no sirve ni para empleado fiscal. Para serlo bueno, tiene dos defectos: no intriga ni adula. ¡Qué diablos! así no se hace carrera en la aduana de Iquique, ni tampoco fuera de ella. No avanzó un paso hasta fines de 1886, época en que el Administrador aduanero en Sapigua le ofreció el puesto de oficial cuarto en la sección de Contabilidad con sueldo de ciento setenta y cinco pesos. La vida de Sapigua es un infierno. En su comparación, la de Iquique es una delicia. No importa: son veinticinco pesos más para su madre, y él no vacila. Hace bien.

Á los dos meses muere el oficial tercero, su inmediato superior. Desde entonces comienza á ganar doscientos pesos; pero en ellos se estanca nuevamente la corriente de su destino hasta que, después de cinco años de detención, recibe un cablegrama de su madre en el que le anuncia su nombramiento de contador de «La Filantropía», sociedad de seguros mutuos establecida en Santiago desde 1871. .

VI

—Me concederá usted toda la tarde de hoy, decíame Ignacio después de almuerzo. Esta noche me embarco, y ya quién sabe por cuánto tiempo no nos veremos. Desatienda por algunas horas á sus clientes.

Con placer accedí á lo que me pedía. Gustábame su trato, y complacíanme las ocasiones de frecuentarlo tanto más cuanto que él me profesaba sincero afecto, resultado de la conformidad de educación y de su agradecimiento para conmigo. El pobre muchacho había sufrido desesperante aislamiento hasta el día en que comenzaron nuestras amistosas relaciones. Á ellas, pues, se atu-

vo con el ardor y la constancia que le eran peculiares.

Á las cuatro de la tarde me propuso ir en dirección de la punta de Pichalo. Quería despedirse de nuestro paseo habitual. Cinco minutos después tomábamos en el alto de la Luna el antiguo camino que conduce á Junín, caleta situada nueve millas al sur de Sapigua. La subida es bastante fatigosa para personas no muy hechas á trepar cerros. El camino, que es angosto, lo suficiente para el tránsito de una persona, preséntase desde abordo á los ojos de los pasajeros como un cable extendido desde el pie de las Cruces de Mayo hasta la cima suroeste, formando en el punto de intersección de la línea horizontal con el extremo bajo del cable, un ángulo de no menos de 30 grados.

Cuando llegamos á la cumbre, nos sentamos á gozar del soberbio panorama que ante nuestra vista se ofrecía. Al frente, el mar en su inmensa extensión; á la diestra, el puerto con sus casas amontonadas, con sus numerosas embarcacciones, cuyos mástiles doraban los rayos del sol poniente, y con sus trenes que, envueltos en columnas de humo, jadeantes y trepidando, arrastrábanse hacia las nubes por los audaces zig-zags trazados en la pendiente de la montaña; á la izquierda, la caleta de Junín; sobre nuestras cabezas un cielo cubierto de arreboles; á nuestras espaldas, ásperas faldas de la cordillera de la costa, desolada por su aridez, imponente por su soledad, y bajo nosotros, las últimas prolongaciones de la punta de Pichalo, formando con su suelo calcinado, precipicios y fantásticas rocas, un conjunto hermoso en su extrema fealdad.

Contemplando la naturaleza, permanecíamos callados, dulce melancolía se apoderaba de todo mi sér.

De repente sentí la mano de mi amigo sobre mi hombro, y su voz suave que me decía:

—Voy á contarle mi sueño de anoche. Es raro cómo son los sueños. Me hallaba á la vez en Santiago y aqui en Sapigua, y también en el mar; pero en realidad no estaba en ninguna parte. Flotaba en el caos. De pronto surgió un palacio de murallas relucientes, puertas de oro, columnas de diamante. Un palacio superior á los que dibujan los cuentos orientales. Seis arcángeles custodiaban la regia entrada. Las ondas de la atmósfera, brillantes como mil soles, ondulaban al compás de himnos cantados por voces ocultas, tocados por músicas invisibles. Había gran fiesta, porque iba á llegar mi madre, y yo, el señor del palacio, la esperaba.

En esto usted, á quien no había visto, se me puso por delante, fumando cachimba, con las manos en los bolsillos de los pantalones, y meneando la cabeza de frente, ¡le estoy viendo! me hizo esta observación: "Es curioso; en vez de ser su madre quien recibe á usted, es usted quien recibe á su madre; y en lugar de ser en Santiago es aquí".

No recuerdo si le contesté algo. Tampoco recuerdo lo que siguió. Creo que no seguió nada. Luego desperté.

VII

Esa noche le acompañé á bordo del vapor *Aconcagua*. Levaban anclas cuando bebímos la última copa de Champagne y nos dimos el abrazo de despedida.

¡Cómo irradiaba de felicidad! Después de ocho años iba á ver su madre. Al calor de esta idea, su alegría rayaba en locura. Tenía transportes que se manifestaban

por medio de exclamaciones y gritos lanzados al viento, de carreras y saltos sobre la cubierta del vapor.

— Llegando á Santiago le escribiré, me prometió al separarnos.

Pero mucho antes de lo que él y yo nos imaginábamos tuve noticias suyas.

Repartíase todas las tardes, después de las cinco, por las calles de Sapigua un boletín litografiado, resumen de los sucesos de la costa y copia de los telegramas que diariamente publicaban los bien servidos diarios del Iquique de entonces, á saber, *El Nacional*, *La Industria* y *La Voz de Chile*, ó sea *La Toz*, como la llamaba su jurado contendor, *El Nacional*. En esos boletines, que eran leídos con ansia en Sapigua, especialmente por los chilenos, venían anunciados todos los acontecimientos del sur, se entiende, de alguna importancia, como accidentes de ferrocarriles, cambios de ministerios, epidemias y enfermedades reinantes, muertes de personajes, matrimonios de encopetados, naufragios, enunciación de leyes y decretos nuevos, etc., etc.

En el boletín correspondiente al día que siguió á la partida de mi amigo, se anunció una desgracia acaecida en Iquique. Una chalupa que, manejada por dos hombres y conduciendo un pasajero, se dirigía, á la una de la tarde al vapor *Aconcagua*, habíase estrellado contra las rocas en los bajos del *Patilliguaje*, pereciendo las tres personas que en ella iban. Uno de los remeros se llamaba José Tomás Moreno y el otro Manuel Jesús Díaz, los dos chilenos y antiguos en el oficio. Respecto al nombre del pasajero, el corresponsal tenía encargo de ocultarlo por no saberse aún con entera certeza. Sabíase que iba á Valparaíso. Existía casi la certidumbre

de que fuera un joven empleado en la aduana de Sapigua y que años hatrás había estado también en la de ese puerto.

Apenas leí esta noticia, me fuí á ver al administrador y le pregunté si, á más de Ignacio Perez, algún otro empleado habíase embarcado el día anterior para Valparaíso.

—Siento decir á usted que ningún otro, me contestó, con excepción del portero, á quien no corresponden los datos del boletín.

El portero es viejo, no ha estado nunca en Iquique, que yo sepa, y fué tan enfermo que dificulto haya podido salir ni por un minuto del vapor. Parece que el accidente ha causado impresión en el vecino puerto. Lástima que le haya tocado al pobre mozo. Era bueno, harto bueno y cumplidor como ninguno; eso sí que muy apocado el pobre, y de un carácter secote; pero era bueno, bueno. La verdad, es una lástima; entiendo que usted era amigo con él.

VIII

A la mañana siguiente conferenciaba en Iquique con con el señor Juez Letrado de turno. El cadáver ¡cosa rara! aún no se había podido hallar. Ya no cabía duda de que el ahogado se llamara en vida Ignacio Pérez.

Una semana permanecí en Iquique esperando se encontrara el cadáver para darle sepultura. ¡Semana perdida y trescientos pesos arrojados al mar!

En vano dos pequeñas embarcaciones recorrieron punto por punto la costa hasta Caleta Buena, diecinueve millas al norte de Iquique. Inutilmente se les ofreció

prima á los pescadores. No se le encontró entonces, ni se le encontró después ni se le encontró jamás.

IX

Los remeros, Moreno y Díaz, debieron perecer en el acto, á estarnos al informe de los médicos reconocedores de los cadáveres.

El joven pasajero alcanzó á dar tres ó cuatro braceadas y asirse de los *huiros* de una roca. Los del bote, que esto vieron, volvieron rumbo. Fué en balde. «Estábamos á una remada, se lee en la declaración de Bartolo, cuando una condenada ola, que casi nos *fataliza*, cubrió la peña de agua y espuma. No más se retiraron las aguas y nos acercamos; vimos, yo y mi compadre Juan, que había desaparecido el caballerito. Miramos á un lado; miramos al otro; miramos á todas partes; viramos de aquí para allá, y volvimos á virar y á mirar, y nunca le vimos.»

En la misma semana el Juez sobreseyó definitivamente respecto de Bartolo y Juan, patrones del bote número 47.

De diversas maneras dió cuenta de este hecho la prensa de Iquique.

La Industria se limitó á decir que se había expedido auto de sobreseimiento.

El Nacional felicitó á Bartolo y celebró el decreto. Es cierto que el bote debió esperar el paso de la chalupa; es cierto también que fué de su deber, ya que entró, ceder la derecha; pero contra fuerzas mayores, sobre todo las que suelen hacer las olas, son absolutamente impo-

tentes (frase del articulista) el brazo y la inteligencia humanos.

La Voz de Chile, fué de otro parecer. Juzgó que Bartolo y Juan eran culpables y que no hubo fuerza mayor bastante.

X

Un mes después de este suceso, nos hallábamos una noche charlando en el salón de lectura del Club Internacional de Sapigua, cuando entró muy puesto de levita y chistera, siempreviva en el ojal y completamente empapado, chorreando agua y oliendo á playa, el portugués don Francisco Baraogoina Filgueira de Berengela, que venía de Antofagasta. ¿Qué había sucedido? Nada, sino que la mar estaba mala, y el bote, en que el señor desembarcara del vapor del Sur, fué dado vuelta, estando ya atracado al muelle, por una traicionera marejada muy importuna. De las ocho personas que venían, cuatro habían alcanzado á saltar á tierra antes de la molestia, y las otras habían salvado mediante sus buenas *condiciones natatorias*, especialmente las del caballero portugués, quien, sin soltar su caña de la India ni perder el sombrero, logró nadar hasta aferrarse de uno de los pilotes del muelle.

Me he batido, señores, con el temporal, así como me ven ustedes, ni más ni menos. Ni por un segundo perdí mi serenidad peculiar. Es curioso, señores; la sangre fría no me abandona nunca; héla conservado hasta en las circunstancias más difíciles. Siempre recuerdo una vez. Fué en la China...

—Perfectamente, mi amigo, le cortó el discurso Federico Ureta con secreto aplauso de los circunstantes,

pues las historias del lusitano, de puro repetidas, las sabíamos ya de memoria, usted nos va á contar una de sus interesantes aventuras, y nosotros estamos deseosos de oírle; pero usted puede resfriarse y nosotros no queremos que se nos enferme. Para salvar este grave inconveniente, conviene que usted se nos *abra* con una ponchera de algo confortante, abrigador...

—Sí, eso es, de whisky, exclamó el ebrio consuetudinario don Platón Tinaja, provocando la hilaridad de todos los presentes.

—Muy bien *dicha, all right!* aprobó Mr. Thompson, y levantándose de su asiento estrechó gravemente los cinco tembleques jazmines del señor Tinaja.

La ponchera vino, y vino repleta y humeante, lo que no fué impedimento para que estorbaran al tenacísimo señor Baraogoina su muchas veces comenzada relación.

Alguien recordó la muerte de Ignacio Pérez, y en el acto, todos á una, nacionales y extranjeros, nos cerramos á criticar al gobierno chileno. Lo menos que dijimos fué que era una vergüenza para el país que la provincia, que por sí sola contribuía con más de la tercera parte de las rentas fiscales, fuese precisamente la más abandonada de la mano gubernativa. Ni siquiera la vida de sus habitantes se encontraba en ella segura. Daba grima ver, á la conclusión del siglo XIX el primitivo sistema empleado en el embarque del salitre. Los cachuchos y las balsas buenos estaban para los indios, y eso antes del descubrimiento de América.

No desperdició la ocasión, que le pareció oportunísima, para meter, según añeja costumbre, su cucharada, el quimérico don Crisólogo de la Perinola, sujeto de venerable aspecto y de hablar bombástico, siempre á la

última pregunta y siempre elucubrando proyectos colosales, hijos gigantescos de su desmedida imaginación, la cual, entre tantas otras extravagancias, hacíale cometer la de titularse, con la mejor buena fe del mundo, ingeniero, sin serlo, descansando en la creencia de no haber, á fuer de hombre práctico, necesidad personal de diplomas, esas inútiles farsas universitarias, pantallas tras las cuales, según la ilustrada opinión de otro práctico, el tinterillo señor Cachiturnio, medran la ignorancia y la pretensión, oficialmente amparadas por gobiernos conculcadores de la libertad de los ciudadanos.

—Dos palabras, señores, dijo don Crisólogo con su voz sonora. Deseo que sepáis, y podéis hasta repetirlo, que todos estos males se habrían evitado si el país me hubiera hecho el menor caso de lo que tanto he predicado, de lo que día y noche predico y de lo que no me cansaré de predicar hasta que me atiendan los mismos que hoy me desatienden. Pero no son tiempos los que ahora corren para gentes sensatas. Y, sin embargo, Balmaceda es un buen muchacho. Yo se lo reconozco, á pesar de su prurito de hacer historia á todo trance, defecto que se lo he criticado muchas veces, en su misma cara, como lo oís, señores.

—«Mira, José Manuel,» le dije en mi último viaje, porque habéis de saber que yo, aquí donde me veis, cuando estoy á solas con José Manuel, le *tuteo*, y él, que no es orgulloso, también me *tutea*, lo mismito que antes. ¡Siempre nos hemos *tuteado!*

Al llegar á esta parte el señor de la Perinola, don Platón, que, como todos nosotros, tenía hinchados los carrillos de tanto sujetar la risa, no pudiendo más con ellla, brincó de la silla, y antes de traspasar la puerta, soltó

una homérica carcajada que, predipuestos como estábamos, nos contagió en el acto.

—"Mira, José Manuel, siguió impertérrito don Crisólogo, Iquique y Sapigua necesitan con urgencia muelles que sirvan á los pasajeros y que sean útiles para embarcar salitre. No te figures que se requieren millones. Con unos novecientos mil pesos basta y sobra: qninientos noventa y seis mil setecientos sesenta y ocho pesos cuarenta y cinco centavos para el de Iquique, y trescientos sesenta y tres mil doscientos treinta y un pesos cincuenta y cinco centavos para el de Sapigua. Se puede hacer de rieles, y tan sólidos, que atraquen buques. En un año, el fisco se reembolsaría de todo lo gastado, y en los siguientes vendrían las utilidades netas. ¿Cómo así? De la siguiente manera: Ante todo, no hay que permitir ferrocarriles á Caleta Buena, ni á Junín, aunque rabien muchos, desembarcando únicamente por Iquique y Sapigua y por los muelles fiscales de esos puertos: la exportación por ellos pasaría de veinte millones de quintales españoles. Ahora bien, calcula que cada quintal pague cuatro centavos, cantidad que los salitreros pagarían volando, pues hoy sólo los gastos hasta el costado de la lancha les cuestan mas de siete centavos, y tendrás que en un año son seiscientos mil pesos. ¿Qué tal el negocito? ¡Y esto sin apretar la cuerda! ¿eh?

—¡Muy bien, *requetebién*, magnífico! exclamaron todos, poseídos del demonio de la farsa.

—¡Un ¡*drink pide* yo por el señor! propuso míster Thompson.

—De igual modo que vosotros, señores, continuó alargando su copa al mozo, me aplaudió José Manuel, y además prometióme considerar muy despacio las ideas que

le dí, y no obstante, hasta la fecha... Acordó nombrarme inspector general de salitreras. Ya lo he dicho, es esa malhadada tendencia hacia la inmortalidad, que tanto daño le hace y que tan impregnada la tiene en su sér, ofuscando su grande inteligencia, la cual yo me hago un honor en reconocer.

—Sí, señores, se la reconozco.

—En el colegio yo se la conocí, confirmó don Crisólogo...

—El cartero, señores, dijo en ese preciso momento, asomando su rubicunda nariz, Tiburcio Celis, el repartidor de la correspondencia, enviado, sin duda, por la caprichosa fortuna, empeñada en librarnos por esa vez de majaderos.

XI

En el primer diario que hube á la mano, un número de *El Ferrocarril*, si la memoria me es fiel, vi, entre las defunciones, la de la señora doña Javiera Recabarren, viuda de Perez, noticia que comuniqué á los circunstantes, contándoles lo que estimé prudente de lo narrado en esta historia. Creo, porque no me interrumpieron, que todos aquellos truhanes estaban conmovidos, y guardaron un largo silencio, en cuyo espacio, recuerdos de la familia y de la infancia debieron ocupar los pensamientos de cada uno. Quién sabe cuánto habría durado ese silencio, á no haberlo roto don Platón, que inopinadamente dijo:

—*Divertida la vida, ¿nó?*

Y como nadie le respondiera, repitió el dicho, alzando al mismo tiempo un gran vaso lleno de ponche.

Juntamente con los diarios me entregó Tiburcio una carta de letra desconocida, tipo de mujer, sobre enlutado.

Su lectura me causó tremenda impresión. Sin despedirme de nadie salí de la pieza. Subí á los altos, y me refugié en una salita de juego. No sé cuántas horas estuve; pero ahí, de codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, lloré como un niño, yo, que tantos años hacía que no lloraba.

La carta era de Camila, la tía de Ignacio. Dábame las gracias por el pésame y me refería minuciosamente, como si en ello hubiese encontrado una distracción á su dolor, los últimos días de su hermana.

Doña Javiera recibió de repente la noticia. Cuando se la dieron, no derramó una sola lágrima ni exhaló un gemido. Lo único que hizo fué sentarse en una silla de brazos, de la que no se movió en todo el día ni para comer, ni para dormir. Cuando entró el R. P. Honnemberg, ella le dijo:

—Venís á aconsejarme que debo consolarme en Dios. Eso es lo que me estoy repitiendo hace más de tres horas. No ha pasado un minuto sin que mi pensamiento diga: Que se haga la voluntad del Señor...

Pasadas las tres de la madrugada, el portero del Club, me sacudía un brazo, como si yo estuviese dormido.

—Dispénseme el señor... Es que le he llamado muchas veces, y como el señor no me contestaba... Más de dos horas há que se fueron todos. Mire el señor su reloj y verá.

Salí, y esa noche, camino de recogerme, pensé, preocupado con la muerte de la madre de Ignacio, que acaso el sueño de mi amigo se había ya realizado en las alturas; y entonces alcé los ojos, y el dulce resplandor de los astros desvió mis pensamientos al interior del desierto, allá donde la Estrella de la Pampa, como radiante

de juventud y amor, con luz celeste y espléndida brillaba.

***

Instantes después, al entrar á casa, divisé en la esquina de la calle, alumbrada por la luz del farol, la figura de don Platón quien, oprimiéndose el vientre con ambas manos abiertas, lanzaba, riéndose á solas, lentas y estruendosas carcajadas que el eco de la negra montaña repetía.

En los intervalos interrogaba á un sér invisible, probablemente algún gran diablo azul:

—*Divertida la vida, ¿nó?*

ALBERTO VALENZUELA CASTRO

SONETOS

Á María

I

Por ser digno de ti, niña admirable,
quisiera ser lo que ninguno ha sido:
poeta, genio, semidiós, venido
al mundo sólo para serte amable.

Pero presiente, en su infortunio estable,
mi temeroso espíritu afligido,
que sólo alcanzará de ti el olvido:
anticipada muerte y miserable.

No pretendo tu amor por que suspiro:
la dicha de obtenerlo, me matára; . . .
á tu amistad únicamente aspiro.

¡El venturoso que te lleve al Ara,
repetirá en la tierra el alto giro
del Dante con la bella Portinara!

II

Conozco por mi mal, señora mía,
que no soy digno de tu blanca mano:
mi apasionado corazón, envano
doliente llora su desdicha impía.

En otros tiempos, cuando Dios quería
del valer tuyo descubrí el arcano:
deslumbróme tu ingenio soberano,
como al cautivo, el resplandor del día . . .

Mas tampoco se oculta á mi desvelo,
que amante alguno ha de existir, que sea
digno de alzar de tu excelencia el velo.

De aquel dichoso que tu amor posea
será el hogar, en miniatura, un cielo:
realización de cuanto el genio crea.

Luis A. Luco y Valdés

LA CRISTIADA

(Poema épico de Feay Diego de Ojeda)

(Conclusión)

La visión de las glorias futuras de la Iglesia, como episodio del canto V, concedida á Cristo por su Padre como un lenitivo á sus dolores, es una concepción grandiosa, feliz y perfectamente colocada.

Compadecido el Eterno de los sufrimientos de su Hijo, que es cruelmente azotado, le dice para consolarlo en su pesar y darle aliento para que sufra con resignación:

Levanta ¡oh Hijo! pues, tus claros ojos,
oscurecidos con tan nueva injuria,
y apártalos así de tus enojos
y ve de sabios esta ilustre curia
que son de tu victoria los despojos;
¡oh cuerdo vencedor de loca furia!
dijo, y Cristo en su Padre ve formado
un cielo intelectivo y estrellado.

Y en él vió sapientísimos maestros,
que ilustraron su Iglesia con luz clara
en ciencias puras, y en tratarlas diestros,
de fama generosa y virtud rara;
y de la antigua edad y siglos nuestros,
cuando se compra la verdad más cara
muchos grandes varones parecían
que aquél místico cielo esclarecían.

Allí estaban los cuatro evangelistas,
cual sagrados luceros alumbrando,
del Sol eterno, sabios coronistas,
y del mismo la luz participando;
y otros de aquella edad graves salmistas
que, á Dios en dulces versos alabando,
de Cristo compusieron los cantares
que hoy la Iglesia recita en sus altares.

Y Atanasio, de herejes arrïanos
cometa infausto, y deste lindo cielo
grande estrella, de efectos soberanos,
daba al Oriente universal consuelo:
y Basilio y sus dos sabios hermanos
ardiendo echaban de purpúreo celo
relámpagos que en luz al sol vencían,
y entre sombras de injurias más lucían.

Agustino, también inmensa lumbre,
gran defensor de la divina gracia,
en aquella de sabios alta cumbre
mostraba su dulzura y eficacia;
y con su fuerte y general costumbre
el doctor elocuente de Dalmacia
que en Belén habitó contra Pelagio
le daba su magnífico sufragio.

Y Ambrosio, padre del valor perfecto
y asombro de tiranos formidable,
y á quien Milán guardó sumo respeto
en ciencia caruscaba perdurable;
y Gregorio, Pontífice discreto,

sabio, prudente, justo, venerable,
de patricio linaje y santa vida,
con luz centelleaba esclarecida.

Y siguiendo la nomenclatura de las brillantes lumbreras de la Iglesia, llega á los doctores que pertenecieron á la orden dominicana del poeta, á la que expresa su reconocimiento por haberlo criado y enseñado, en estas dos siguientes octavas:

Mas ¡oh tú! madre de varones sabios,
noble academia de sagradas ciencias.
Si no es hacer á tu valer agravios
y oscurecer tus claras excelencias,
despliega, ilustre religión, mis labios,
y de tus generosas influencias,
¡oh círculo de estrellas rutilante!
dame para tu gloria, luz bastante.

Tú, cual madre, á tus pechos me criaste
y buena leche de virtud me diste;
cual academia sabia me enseñaste
y en mí tus varias ciencias infundiste:
como estrellado cielo me alumbraste
de mis tinieblas en la noche triste:
madre, academia y cielo, dame ahora
para hablar de ti, una voz sonora.

Si de este interesante y admirable cuadro pasamos á examinar otros episodios, hemos de convenir en que Ojeda ha sido muy feliz y oportuno siempre en el empleo de tan importante recurso épico.

Pero sin pensar he ido más allá de lo que hubiera deseado al tratar de este asunto. Ha sido en fuerza de las bellezas que contienen; porque en verdad, no menos dignos de consideración son los episodios en que Gabriel desciende á consolar á María, vaticinándole los triunfos

de su Hijo; la historia de los mártires, pintada por Miguel desde el cielo y otros que darían una reputación no despreciable á muchos de los distinguidos épicos españoles.

No insistiré, pues, más, sobre esta parte del poema. Afirmaré, sí, lo que he dicho; esto es, que los episodios revelan un grande ingenio en su autor, que éste ha sacado de ellos todo el partido posible, y que, finalmente, por su oportuno empleo, ha conseguido dar variedad y riqueza á la historia de la pasión de Cristo.

VII

Hasta aquí plan, unidad y episodios no dejan nada que desear en la *Cristiada*, antes, por el contrario, estas cualidades tienen títulos de mérito indisputable para su autor. Veamos si de los restantes elementos puede decirse igual cosa.

Jesús, como el héroe del poema, es un personaje simpático é interesante. A su alrededor están como principales María y los apóstoles, Satanás y su ejército, Gabriel y los espíritus celestes. ¡Qué conjunto tan inmenso: cielo y tierra alrededor de un hombre, de una víctima!

Desde luégo, Jesús es el hombre que nos pinta la *Biblia*; es el Salvador de la humanidad, y en este punto el carácter de Cristo no ha sido desmentido por el poeta. Cómo Salvador, sufre con resignación todas las injurias y ofensas, ya de palabras, ya de hechos; es el tipo fiel de la caridad cristiana, del amor, de la perfección y de la santidad divina. Padece inmensamente, sufre lo indecible, su naturaleza se aniquila, expira á causa del dolor; pero lo hace resignado, porque tal es su misión, y la

voluntad de su Padre que lo anima desde el cielo, confortándolo con enviados celestes. Muere después de que se han enseñoreado en su persona los más crueles tormentos, y su muerte es condición necesaria como testimonio de obediencia á su Padre, de amor á los hombres.

Pero al mismo tiempo que hombre, el héroe es Dios, y como tal, su inteligencia todo lo ve, y aun en medio de sus penas se compadece de la suerte que espera al pueblo ciego que lo conduce al suplicio; llora cuando contempla en Judas al discípulo ingrato, que vendiéndole, atrae sobre sí una existencia de maldición. Jesús, es, pues, el sabio que nada ignora, y como resultado de esa dualidad de naturalezas humana y divina es, en suma, la caridad perfecta, la piedad sin límites, el amor ardiente, la misericordia en todo su glorioso esplendor.

Pero si el carácter de Jesús no ha sido desmentido, en cambio es un tanto débil. La personalidad de Cristo en medio de las grandezas de su alma, se presta y mucho para que Ojeda lo hubiera presentado más vivo, más majestuoso, revestido de mayor grandeza. Ojeda, sin duda creyó que bastaba únicamente el carácter divino de su héroe, su perfección, y de aquí que tal vez no se esforzara en hacer resaltar la magnificencia de la personalidad de Jesucristo.

Mejor caracterizada que Jesús está su madre María. La Virgen en el poema es como todas las madres, tierna, amante de su Hijo. Mientras permanece en el retiro ora con fervor por la suerte de Aquél; mas, una vez que Gabriel le revela que ya está en peligro, que conduce sobre sus hombros el madero de la redención, entonces abandona su estancia, sale en su busca, indaga el lugar en que se encuentra, pregunta por él, describiendo su

persona, como puede hacerlo una madre; lo encuentra, y desde ese instante lo acompaña en aquel lance doloroso; tiene el valor de verlo morir, quiere escuchar sus últimos suspiros, sus postrimeras palabras, y cuando muera, recoger sobre su maternal regazo el helado cadáver ensangrentado del que llevó en sus entrañas. Ojeda, pues, no ha traicionado los sentimientos maternos, antes, por el contrario, María, como madre del Salvador, está retratada fielmente cuando encuentra á su Hijo y le ruega éste que se vuelva á la oración; pero ella le dice:

¿A dónde iré, (la madre le responde)
si tú me llevas ¡oh Jesus! la vida?
si á tu muerte mi muerte corresponde
ausente, moriré contigo unida;
á dónde, pues, ¡oh dulce hijo! á donde
de ti mi alma vivirá partida?
en tu cruz quiero ser crucificada
y muerta, en tu sepulcro sepultada.

Vamos, hijo, y en este pobre manto
la que tú derramares sangre pura
recibiré mezclada con mi llanto,
mi mar acrecentando de amargura;
y dese ya madero sacrosanto,
que será para mi grata ventura,
me cabrá alguna parte de los bienes
que al mundo das y en él, secretos tienes.

La debilidad en el carácter de los personajes se acentúa más cuando se observa á los discípulos. Por punto general, ninguno se distingue. Pedro, como el superior, no descuella en lo más mínimo de sus compañeros. Aun cuando refiere el poeta sus hechos; no ha trabajado por hacerlos distinguir á unos de otros. El mismo Judas, como el malo del poema, no es una pintura que interesa

en su crimen, que llama sobre sí la cólera del lector; Judas criminal no vale nada, y sí más bien arrepentido de su crímen. Tal vez ésto se deba á que Ojeda, como sacerdote, trató de representar mejor al pecador en el acto de su arrepentimiento. En lo que toca á los demás personajes humanos que figuran en la acción épica, no merecen detenerse ante ellos; basta decir que, por punto general, Ojeda ha sido muy parco en esta parte, no haciendo ni de los discípulos ni de otras figuras un ligero bosquejo.

Quintana, crítico de buen gusto, nos ha dejado dicho al respecto: «Es verdad que Ojeda no desmiente el carácter de sus personajes en general, según los datos que tuvo presentes para construir el poema; pero también es cierto que nada ha inventado en esta parte, nada ha añadido, y no presenta ninguna belleza propia suya por donde merezca particular alabanza».

Si de estos personajes humanos pasamos á estudiar á los que constituyen la parte sobrenatural del poema, que es la esencia verdadera del argumento, puesto que en la *Cristiada* todo es maravilloso y divino, observaremos más arte, más grandeza, en una palabra; los seres sobrenaturales, ya divinos ó ya infernales, están mejor caracterizados que los humanos.

El enlace de lo maravilloso con lo humano era tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era, por cierto, mucho más árduo su desempeño por tratarse de la verdadera divinidad. Pero no hay duda que esta parte está grandemente concebida y admirablemente desempeñada. Todo en el poema es lucha de lo humano con lo sobrenatural. Los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y dan muerte

á Jesús, incitados por sus pasiones y por los demonios. Los espíritus infernales, á su vez, dudan en un principio de la misión y naturaleza del héroe; son convocados por Lucifer, cuya figura es atrevida, imponente. En vista de los temores y razones aducidas por el rey del infierno, el ejército de las tinieblas entra en investigaciones y una vez convencidos todos de que Cristo es el Mesías, le declaran guerra tenaz para oponerse al cumplimiento de los designios divinos. Acrecéntase paulatinamente la rabia del infierno y de su jefe, ante la impotencia de los esfuerzos que emplean, y esa furia se hace más terrible cuando Satanás comprende la mengua que va á padecer su imperio, humillado en su poder por la voluntad de un Hombre, que con su muerte quiere salvar al hombre de la pena de un pecado.

En la actitud de Satanás, meditando, recordando las profecías, exponiendo sus razones para convencerse de que Jesús es el Cristo prometido; en la tentación de Judas en que Satanás le representa al criminal lo horrendo de su pecado; en el conciliábulo que tiene en su palacio con todas las personificaciones del mal y con las falsas divinidades de los pueblos; en el momento que desciende á las profundidades del infierno y saca á la *Impiedad*, como único recurso para que la muerte de Jesús sea horrible; en todas esas escenas, Ojeda determina el carácter de Lucifer de tal manera que no desmerece al lado de los magistrales retratos que de él han hecho Klopstock y Dante.

Soberbia es la actitud que Satanás despliega con sus subordinados que discuten, salen, llegan, se dirigen á varios puntos unos á tentar á Jesús, otros á despertar el odio en los hombres, éstos á hacer revelaciones á las

autoridades romanas para que, condenando al reo á muerte, se vean libres de quien tal vez les quitará el mando; en fin, todos realizan las más dificultosas comisiones; todos están confabulados para oponerse al designio del Eterno.

Véase cómo, después de oídos los razonamientos de los espíritus infernales, Satanás determina hacer averiguaciones y despide á su tropa terrible.

Oyólo todo con feroz denuedo
el enemigo del linaje humano,
y de todo quedó con grande miedo
de que era Cristo el Verbo soberano;
y de asquerosa llama y humo acedo
por el hondo volcán del pecho insano
vomitó ríos, que otra vez bastaran
á Sodoma quemar, si en ella entraran.

Y ora, pues, dijo, yo me determino
de saberlo mejor. Id luego todos
y notad si es humano ó si es divino,
por estos nuevos y exquisitos modos:
si del trono de Dios excelso vino
al cieno vil de esos terrestres lodos,
probando con deshonra y con violencia
particular y atroz, tendrá paciencia;

que el orar y ayunar es fácil cosa,
y el enseñar al mundo es arte honrado,
y el rigor de una vida trabajosa
no es prueba cierta, de virtud fundada:
el sufrir una injuria vergonzosa
con rostro amigo y frente sosegada,
y padecer por Dios grandes tormentos,
es muestra en la virtud de altos cimientos.

Id, pues, y por caminos diferentes
le procurad afrentas nunca vistas,
graves mofas, oprobios indecentes,

duras batallas, ásperas conquistas:
juntad soberbios pechos, insolentes
manos, y almas guerreras y mal quistas,
y dénle horribles, íntimas pasiones,
ángeles y hombres, tigres y leones.

Id, presto, furias del Estigio lago;
id, del reino feroz bravas quimeras,
dadle de su intención el justo pago
con duras obras y palabras fieras;
id, y haced un riguroso estrago,
¡oh tropas de mi ejército, ligeras!
en príncipes, escribas, fariseos,
en griegos, en romanos, en hebreos.

A los unos envidia mordedora,
y á los otros soplad soberbia altiva,
y al vulgo adulador que en Salem mora
lisonja infame y abyección nociva.»
Al punto aquella horrífica y traidora
escuadra, de la cárcel vengativa
salió á hacer á Dios y al hombre guerra,
formando un vivo infierno acá en la tierra.

El aire, con asombros ofuscaron,
de fantasmas la poca luz cubrieron,
con mentiras las almas perturbaron,
de engaño los espíritus hinchieron,
entre la ruda plebe se mezclaron,
y en la gente más noble se ingirieron;
ved qué haría la turba apasionada,
de tales vicios contra Dios soplada.

El carácter de Satanás, pues, es en el poema interesante por su arrogancia, su actividad, su constancia, que no desmaya ante las contrariedades, que encienden mayor furor en él y hacen que ocurra á nuevos expedientes, á otros recursos, aunque á la larga nada llega á conseguir. Puede decirse, finalmente, que Ojeda es muy superior en el retrato de sus personajes infernales que

en los humanos, y esta afirmación quedará adelante confirmada.

Considerando ahora en conjunto á los espíritus celestes que más parte toman en la acción del poema, ellos no desmienten el carácter que les ha dado la Biblia. Así el arcángel Gabriel es en todos los casos el enviado, el consolador. Los espíritus celestes se conmueven, ya de pesar, ya de asombro, ante la contemplación de la humana maldad. Convocados por Miguel, y cuando Jesús está expirando, hacen una representación ante el Eterno para castigar al hombre; pero como es necesario que se consume el crimen, los espíritus celestiales expresan su dolor haciendo que los elementos de la naturaleza paralicen el cumplimiento de sus leyes eternas y produzcan el cataclismo que se operó en la muerte del Salvador. Estos seres sobrenaturales, benéficos, «suben y bajan, de la tierra al cielo, y del cielo á la tierra, á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, más allá firmeza y resignación, y algunas veces terror y espanto, y en medio de ese cuadro de agitación el Hijo de Dios se presta gustoso al sacrificio, y sufre con toda majestad y constancia aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversa humanidad.»

La parte sobrenatural, ó máquina del poema, representada por los espíritus celestes ó infernales, concebida grandemente por Ojeda, en la acción épica, ha contribuído bastante á darle, por su intervención, mucho interés, gran movimiento y cualidades estéticas brillantes, por las pinturas de Satanás y su corte, descripciones de aquellos reinos y otros mil incidentes en que aquellas personificaciones abstractas desempeñan un importantísimo papel.

VIII

El estilo de la *Cristiada* es natural, acomodado á las situaciones de la acción épica, al carácter de los personajes. Sube y desciende, alternativamente; es elevado, grandioso, llega á lo sublime en los pasajes que se refieren á la divinidad, al pintar ciertos momentos de angustia del Salvador; en otras ocasiones es tierno hasta lo familiar, y en no pocos casos desciende á lo trivial y nimio. Por regla general, se distingue más por lo fácil, tierno y sentimental, que por lo enérgico y sublime, aunque, como queda dicho, abunda en expresiones elevadas y grandiosas.

Por otra parte; el lenguaje de la *Cristiada* es puro, castizo, libre de afectación. Sin embargo, no siempre es tan claro, porque tratándose de asuntos íntimamente ligados á la teología y á la filosofía escolástica de aquel tiempo, tenía necesariamente que adolecer de oscuridad en esas cuestiones, no muy fáciles de explicar y de ser entendidas por todos, mucho más si los lectores son legos en la materia. Se debe también á que, como perfectamente observa Quintana, "no pudiendo el poeta vencer, á veces, las dificultades de la rima y de la versificación, deja las cláusulas indecisas y el sentido confuso y enredado"; en fin, otras veces el lenguaje no es muy claro, por los errores que contiene la impresión hecha en Sevilla y que no fué corregida por el autor.

El lenguaje es, pues, en la *Cristiada* natural, sencillo, castizo siempre, y respirando un aroma bíblico, como que el espíritu místico del poeta trasciende en todo él y como que era una emanación del alma de Ojeda, dominada por el más acentuado misticismo.

IX

En lo tocante á la versificación, poco hay que decir. Desde luego, la octava real ha sido preferida por el poeta como la combinación más propia en castellano para este género, y aun cuando algunos la califican de monótona, en evitar tal defecto está el mérito del poeta, como lo ha conseguido Ojeda, dando al metro toda la variedad y riqueza posibles.

La versificación en la *Cristiada* es, por punto general, fluída y abundante; los versos, en su mayor parte, agradables, llenos, aunque no siempre tan brillantes como hubiera de desearse. Las octavas, calificadas por algunos de *magistrales*, lo son, en efecto, si bien á veces no se sostienen con igualdad y despejo, y en algunos casos no tienen toda la plenitud y cadencia; más en ellas hay siempre que admirar la versificación, esencialmente armoniosa y grata en extremo. Pero si el verso decae algo es, no porque Ojeda desconociese la manera de ennoblecer la dicción, como lo hace cuando quiere, sino porque creyó que el argumento elevado de suyo, no necesitaba de mucho esfuerzo para sostenerse dignamente.

«Penetrado el poeta, dice Quintana, de la santidad del asunto, desdeña entrar en artificios y elegancias de versificación, propios tal vez, según él, de los escritores profanos y extraños á la austera materia que trata.»

Así, pues, la versificación, fuera de esa falta de colorido, á veces, y de que las octavas no siempre tienen toda la plenitud necesaria, revela que ha habido mucha habilidad en el poeta para la estructura épica de su poema.

X

Como consecuencia de este estudio, puede establecerse que la *Cristiada* en su plan, acción y episodios es sumamente artística; que en lo tocante á los caracteres de los personajes es, por punto general, algo débil; no están dibujados con vigor y firmeza, si bien hay entre ellos algunos que sobresalen más, como queda indicado. La máquina, ó lo maravilloso, es admirablemente manejada. El lenguaje, sencillo y castizo; la versificación, si algunas veces carece de brío y entonación, es siempre armoniosa.

Por lo tanto, considerada la *Cristiada* en su conjunto, es notable por su regularidad; desmenuzada por el análisis, carece de algunas perfecciones que no disminuyen, sin embargo, sus grandes y excelentes méritos.

XI

El distinguido literato norte americano Ticknor parece que diera superioridad sobre la *Cristiada* al poema del español Cristóbal de Virués titulado *El Monserrat.* Indudablemente, la obra de Virués tiene cualidades muy apreciables y se recomienda por la nitidez de su locución, la propiedad de su estilo; pero en cambio hay en ella grandes defectos. *El Monserrat*, más que poema es una leyenda por su asunto, que es una tradición local, fantástica, legendaria, inverosímil en muchos de sus pasajes, como aquel, por ejemplo, en que el monje Garín se convierte en bestia y vaga en cuatro pies como castigo de su crimen.

El argumento es sobrado tenue para la robustez de la

epopeya. Por otra parte, Virués carece de talento para vencer las dificultades que brotan del mismo asunto.

Si después de *Monserrat* buscamos otro poema épico religioso, de entre los más de veinte que hay escritos en español, no encontraremos uno que pueda ponerse al lado de la *Cristiada* y sostener con ella comparación.

Pero aun esta supremacía la ejerce el poema de Ojeda sobre los que escribieron imitando su argumento. Así, Juan de Quirós, que escribió la *Crhistopathia*, si bien tiene excelentes octavas, es inferior al de Ojeda en ternura y sentimiento, poético. Juan de Enciso desfiguró en su *Cristiada* el argumento y empleó un estilo del peor gusto. Don Manuel de Berriozábal hizo un refraccimiento de la *Cristiada* sin ningún mérito. Entre estas imitaciones no existe una, pues, que pueda asimilarse en valer artístico á la de Ojeda. En estudio especial espero hacer las comparaciones oportunas de la *Cristiada* con los poemas que sobre la *Pasión* de Cristo publicaron fray Fernando de Valverde y el conde de la Granja.

Vése cómo no anduve exagerado al proclamar desde un principio, que la obra de fray Diego era la mejor en su género de las escritas en lengua castellana.

Verdad es que Ojeda no fué original en la invención del argumento, que está tomado del poema latino que con el mismo título que el que estudiamos, escribió Jerónimo Vida un siglo antes. Pero podemos considerarla original en cuanto á la distribución del asunto, á los ingeniosos episodios que contiene, en el estilo, en el lenguaje, que es lo que constituye para la crítica moderna la originalidad. No está el único mérito en ser original, en inventar un asunto ó sacarlo de algún pasaje, sino en tratar ese argumento que ha servido á otro, como si nadie lo hubiera

empleado antes. La originalidad poética no consiste en inventar una acción sino en sacar de ella toda la poesía que contiene. Bajo este sentido la *Cristiada* es original, y en lo que se refiere á su modelo, no sólo lo iguala, sino que, como dice el señor Rivadeneira, *lo supera.*

No es temerario afirmar que, si bien muy distante casi siempre en grandeza, en decoro y en fuerza, no deja de alcanzar á veces en sublimidad de invención, en abundancia y color de estilo, á los dos poemas que sobre la caída del primer hombre, el uno, y sobre su redención por el Mesías, el otro, escribieron después en Inglaterra y en Alemania, Milton y Klopstock, que son clásicos en toda Europa.

En efecto, si comparamos á la *Cristiada* con el *Paraíso Perdido* y con la *Mesíada*, encontraremos si no que tiene muchos puntos de contacto, al menos sí alguno en que no desdeña ponerse á nivel de aquellas dos grandiosas epopeyas.

"El autor alemán, dice otro autor, debió conocer el hermoso pensamiento de la *Cristiada* y lo emitió después más estrictamente en la personificación, que muerto el hombre-Dios, hace de su incomparable gloria" Y Rivadeneira manifiesta que la personificación que Ojeda presenta de la oración del Verbo, es más espiritual; más bello que en Klosptock el mensaje del arcángel Gabriel, encargado por el Redentor de hacer presentes al Eterno las angustias de su corazón." Dice así ese espléndido cuadro, testimonio de una rica y poderosa imaginación:

Con prestas alas que al ligero viento
al fuego volador, al rayo agudo,
á la voz clara, al vivo pensamiento
deja atrás, va rasgando el aire mudo:

llega al sutil y espléndido elemento
que al cielo sirve de poderoso escudo,
y como en otro ardor más abrasada
rompe sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo
al cuerpo de los orbes rutilante,
que ni le pone su grandeza miedo,
ni le muda el bellísimo semblante;
que ya más de una vez con rostro ledo,
con frente osada y ánimo constante,
despreciando la más excelsa nube,
al tribunal subió que agora sube.

Estaban los magníficos porteros
de la casa á la gloria consagrada,
que con intelectivos pies ligeros
voltean la gran máquina estrellada,
estaban como espíritus guerreros
para guardar la celestial entrada,
puestos á punto y viendo que subía
á su consorte cada cual decía:

¿Quién es aquesta dama religiosa
que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa;
mas el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan süave y amorosa
con tan grave pasión se aflija y pene,
lástima causa; ¿quién es la afligida
en igual grado bella y dolorida?

Es de oro su cabello refulgente;
su rubia crin, los rayos de la aurora;
de lavado cristal su limpia frente;
su vista, sol que alumbra y enamora;
sus mejillas, abril resplandeciente;
en sus labios la misma gracia mora;
callando viene, pero su garganta
da muestras que suspende, cuando canta.

"En polvo, en sangre, en sudor teñida
aparece su grave vestidura;
como quien pies lavó, sube ceñida,
y humildad debe ser quien la asegura:
vedla, que en santo amor está encendida
y así de amor el fuego la apresura:
¿si es, por dicha, oración de algún profeta?
Si es oración, es oración perfeta.

"Oración es, que los atentos ojos,
y las tendidas, arqueadas cejas,
y lo demás que lleva por despojos,
son de esta gran virtud señales viejas;
sin duda puso en tierra los hinojos
y á sólo Dios pretende dar sus quejas;
el barro de la ropa lo declara
y la congoja de su pecho rara.

"Cual humo de pebete es delicada,
de amarga mirra y de suave incienso,
y de la especería más preciada
de que á Belén pagó la Arabia censo;
mirra fué de su sangre derramada
la primer causa, y un dolor inmenso,
y de estos aromáticos olores
ciencia, virtudes, gracias, resplandores.

"Ella dirá quién es, que ya se llega;
mas, la oración del Verbo soberano,
que á dura muerte su persona entrega,
debe ser; que su talle es más que humano.
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega,
he de besarle su divina mano:
es la oración de Cristo, esto, sin duda;
ábrasele la puerta, al cielo acuda."

Dijeron, y la dama generosa
en la ciudad entró de vida eterna;
y aquella compañía venturosa
la recibió con rostro y alma tierna:

van con ella á la casa luminosa
del sumo Emperador que la gobierna,
y su lugar le dan las dignidades
más altas de las nobles potestades.

Vídola y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benina,
mas, antes que la escuche, la entretiene,
que darle aplauso general conviene.

Ticknor dice, tratando de comparar la *Cristiada* con los dos grandes poemas (1): "Ya es un mérito el que ella conste de doce cantos, y si éste fuese el lugar propio para ello, podríamos compararla con la *Mesíada* de Klopstock, por la escena de la crucifixión, y con el *Paraíso Perdido*, por sus escenas con los diablos;" y Rivadeneira afirma que "la *Cristiada* sostiene muchas veces la comparación (con esta última obra) cuando pinta la mansión de los espíritus infernales y los conciliábulos con Satanás, y no cede en ciertos rasgos de invención á la *Mesíada*, aunque ésta la aventaje en virtud poética."

Finalmente, Dante nos espanta cuando penetra en el infierno, y guiado por Virgilio nos describe esa mansión pintando con pinceladas soberbias los suplicios de los infelices condenados. Ojeda no es menos dantesco cuando, conduciendo el alma de Judas, nos lleva hasta el lugar de su destino final. El retrato de la Impiedad merece citarse:

Hay en el centro oscuro del Averno
una casa de estigio mar cercada,
donde el monstruo mayor del crudo infierno
perpetua tiene su infeliz morada:
aquí las oridas, con bramido eterno

(1) TICKNOR, *Literatura Española*, apéndices y notas.

la región ensordecen condenada,
y denegrido humo y gruesas nieblas
ciegas le infunden y hórridas tinieblas.

El edificio, de rebelde acero,
sobre una inculta roca se levanta,
y en su puerta mayor el Cancerbero
con tres en una voz la noche espanta:
Aleto, hija atroz del Orco fiero,
que de culebras ciñe su garganta,
con sus hermanas dos, siempre despiertas,
ocupan las demás guardadas puertas.

Y dentro en una silla pavorosa,
que unos dragones forman enroscados,
de dura piel y escama ponzoñosa,
con sus colas y cuellos enlazados,
se asienta la Impiedad, madre espantosa
de hijos mil, gravísimos pecados,
mirando al cielo con torcidos ojos,
y fulminando contra Dios enojos.

De hierro toda y de furor vestida
cien espadas esgrime con cien manos,
y contra el mismo Ser que nos da vida
cien dardos vibra, pero todos vanos;
tiene á sus pies la bárbara homicida
de padres y de hijos y de hermanos,
cuerpos sin almas, bultos sin cabezas
y cien mil corazones hechos piezas.

Repúblicas enteras destrozadas
y destrozados ínclitos imperios;
Ellas están entre sus pies holladas,
y ellos vueltos en viles vituperios,
conservan las paredes mal grabadas
en duros bronces hórridos misterios
de agravios que celebra por victorias
y hombres impios fingieron impias glorias.

XI

Por las opiniones que quedan citadas de distinguidos autores, se ve, pues, que la *Cristiada* no desmerece en mucho cuando se compara á las grandes epopeyas que son modelos en su género; no es pues, de mérito escaso el poema que he estudiado haciendo una crítica detenida y ligeras comparaciones.

A una obra, diré con Quintana, concebida con tanta fuerza de fantasía, construída con tanto acierto y escrita en lo general con tanta facilidad y pureza ¿qué le falta para ser colocada entre las epopeyas de primer orden? No hay duda que atendidas estas cualidades, la *Cristiada* es por ellas igual ó más bien superior á las demás de esta clase escritas en castellano. Mas, para llegar á la altura de los modelos, tiene los siguientes defectos: 1.º, debilidad de los caracteres, de donde nace el poco nervio de los pensamientos y escasa fuersa y energía en su parte dramática; 2.º, poca dignidad en las grandes ideas y por el modo con que están tratadas se hacen menudas y aun indecorosas; 3.º, la difusión y declamación que tiene á veces Ojeda, olvidándose de que es poeta y no misionero; y 4.º, la falta de nobleza y elegancia continua en el estilo, que raya á veces en prosaico y familiar, sin que por esto deje de tener las bellezas de corrección que he antes apuntado.

Estos defectos aminoran el mérito de la obra y Ojeda, que supo abrirse un campo tan nuevo y rico; que muestra un talento de invención tan fuerte, no alcanza á los grandes modelos de quienes pudo fácilmente ser émulo y por falta de conveniente esmero y diligencia no acertó

desgraciadamente á igualar la ejecución con la idea.

Esto no obstante, en Ojeda hay gran talento de invención, rica fantasía, imaginación poderosa, grandes cualidades descriptivas, lenguaje puro, versificación armoniosa y variada, todo lo que hace de su obra un magnífico é interesante poema, que no merece el olvido á que por tanto tiempo se le ha relegado.

Terminaré reproduciendo las hermosas poesías del Fénix de los Ingenios, fray Félix Lope de Vega Carpio, dedicadas al elogio de la *Cristiada*, y publicadas al principio de la única edición que de ella se ha hecho. Dicen así:

AL AUTOR

Aunque de espinas tantas
coronada y ceñida
al autor de la vida
la tierna frente cantas;
la tuya, sacro Ojeda,
de laurel inmortal ceñida queda.

Tu lira lastimosa
que pinta en tierno llanto
bañado el rostro santo
de madre tan piadosa,
con envidia del suelo
viva entre las imágenes del cielo.

El arco soberano
con cuyas juntas cerdas
hirió tus dulces cuerdas
tu diestra y limpia mano,
iris del cielo sea,
porque en su llanto sus colores vea.

El antártico polo
y el nuestro que has honrado,

historiador sagrado,
te llaman sacro Apolo,
y en el orbe distinto
nuevo David, evangelista quinto.

XII

El poema de Ojeda ¿corresponde á la literatura española únicameute, ó es parte, asimismo de la colonial del Perú? Indudablemente que también pertenece á este último. La *Cristiada* fué escrita en Lima por un sacerdote que, viniendo niño de España, se educó en esa ciudad y bebió, por decirlo así, la fuente de su inspiración en las verdades religiosas que en el convento limano de Santo Domingo aprendiera. Dilucidado está ya que las producciones de la inteligencia durante la dominación española, son literatura peruana aun cuando sus autores hubieren nacido en la Península, y con mayor fundamento si éstos debieron al Perú su ilustración.

Lima, 1890.

NÚÑEZ DE ARCE

COMO POETA LÍRICO

Si es cierto que la inspiración es hija del cielo, y que con ella las bellas artes nacen, crecen y se perfeccionan, nada puede haber tan grato como estudiar la belleza ideal en sus manifestaciones. Una de éstas, y la principal, es la literatura, cuyo vasto imperio abarca toda la humanidad, en cuanto nos revela sus goces y sus pesares, su felicidad y su desgracia, su progreso y decadencia. En las primeras épocas, los pueblos juveniles, dedicados á admirar la naturaleza y á rendir culto á la divinidad, retratan en sus sencillos himnos su carácter infantil. Más tarde, cuando comienzan las luchas de las tribus para formar nacionalidades, los poetas guerreros cantan, ya con el entusiasmo de la victoria, ya con el sentimiento de la derrota, aquellas contiendas gigantescas en que se nos presentan nuestros antepasados con aterradora grandeza, merced á la fábula con que los reviste la fantasía soñadora de los bardos. En una palabra, conforme se operan las evoluciones de los pueblos, se va transfor-

mando la literatura, que aparece en la historia no sólo como la primera de las artes, por su manifiesta superioridad estética, sino como el fiel retrato de los cambios sociales y políticos á que se someten las naciones en las distintas épocas de su vida.

Unidos á España por los vínculos estrechos que establece la comunidad de origen, de costumbres y de lengua, sus progresos literarios nos pertenecen, influyen directamente en el adelanto de las letras nacionales, y deben, por lo mismo, llamar nuestra preferente atención.

No pocos son los nombres de distinguidos escritores que ilustran la literatura peninsular contemporánea; su indisputable mérito y universal nombradía hacen más indispensable hoy el estudio de sus obras. Entre aquéllos descuella, como poeta lírico, el señor Gaspar Núñez de Arce, de cuyas importantes producciones voy á tratar.

No es mi propósito hacer una biografía de aquel eminente literato, sino un ligero bosquejo de sus obras. Por eso no me ocuparé del español liberal, del verdadero patriota, del honrado ciudadano, sino del eximio poeta, honra y prez de las letras españolas.

I

Dios, creador de los hombres, ha dotado á éstos de inteligencia más ó menos privilegiada, de sensibilidad más ó menos exquisita, y de voluntad más ó menos enérgica. De aquí la desconformidad que entre ellos se advierten; de aquí la existencia de aquellos genios que, pródigamente favorecidos por la Divina Providencia, se elevan en alas de su inspiración á una esfera superior, y realizan las grandes revoluciones en la polí-

tica, en las ciencias, en las artes y en las letras, ya con la espada ó con la pluma, ya con la palabra ó el pincel. Sólo á ellos les es dado entrar con la corona de preciado laurel á la mansión de la inmortalidad, é inscribir su nombre con letras de oro en el gran libro de la Historia. Homero, Apeles, Alejandro y César se recordarán siempre con la gloria que, respectivamente, les dieron sus sublimes cantos, sus hermosos cuadros y sus memorables conquistas.

Ahora bien. Aplicando esta consideración absoluta á mi objeto especial ¿en qué grado del talento colocaremos al señor Núñez de Arce? A mi modo de ver, no es difícil la contestación y respondo, sin vacilar, que es un genio; porque genio es el que, como Núñez de Arce, se levanta con vuelo soberano sobre la generalidad de distinguidos escritores, é inspirado por el amor á la patria y á la humanidad se revuelve airado con elevada entonación contra el vicio y el crimen; y al cantar la duda, en sus magníficos versos, se presenta como el intérprete de esos sentimientos, que algunos consideran como la triste herencia de la sociedad moderna. Pero, no se crea por ésto que nivele á Núñez de Arce con Homero, con el Dante ó con Goëthe. Entre los talentos sublimes también existen grados: Núñez de Arce ocupará siempre un puesto notable al lado de Byron y de Musset, de Lamartine y de Quintana, de Shelley y de Leopardi y más aún cerca de Víctor Hugo, con quien tiene indudables afinidades á pesar de notables diferencias.

Cuando se estudian con algún detenimiento las obras de los dos poetas, no puede negarse que tienen de común la energía y la fuerza que á ambos caracterizan, la profundidad del pensamiento, la valentía de la idea, la

sencillez sublime de la expresión, á la vez que la sonoridad y hermosura de sus versos. Aún más, Núñez de Arce y Víctor Hugo son los cantores del siglo XIX, son los poetas genuínos de nuestra época.

En esta centuria, dos sentimientos contradictorios dividen las creencias de la humanidad. Unos, inspirándose en los grandes acontecimientos que se han sucedido en nuestros días; y considerándolos como elementos de perfección, ven irradiantes, entre los misterios del porvenir, los resplandores de una nueva éra, cuya civilización no llegan á abarcar ni aún remotamente; mientras que otros, nacidos en el fragor de la lucha, de espíritu débil, no consiguen elevarse sobre las contrariedades del presente y, faltos de fe, dudan; porque su imaginación reviste todo de un tinte sombrío y desolador. Víctor Hugo y Núñez de Arce, que, idealizando en sus obras esos dos sentimientos, se presentan como los poetas de la esperanza y de la duda, son el eco de nuestra sociedad, tan poderosa y débil al mismo tiempo.

Esa trágica epopeya que se llama la Revolución francesa, es la que ha engendrado esos dos genios de la raza latina, francés el uno y español el otro; liberal rojo el primero, liberal cristiano el segundo; aquel creyente y entusiasta, éste vacilante y abatido. Victor Hugo, nacido en la patria de esa Revolución, si ésta tiene patria, inspirándose en ella, pero con fe ardiente, y proclamando los principios de libertad, igualdad y fraternidad erigidos como insignias de victoria sobre las ruinas de esa sociedad antigua, que ha desaparecido en Francia para siempre, estaba llamado á ser el cantor de la libertad y del progreso, estaba destinado á eternizar con su pluma los principios que ya la espada vencedora de Napoléon el

Grande había difundido por el universo. ¡Sublime y noble misión que, al bajar á la tumba, ha dejado consumada, casi por completo, el bardo del siglo XIX!

Núñez de Arce, por el contrario, hijo del país de la religión y de las leyendas, sin poder, como español, olvidar del todo sus místicas tradiciones, dominado todavía por las tendencias feudales del castellano, dejándose arrastrar por el irresistible torrente de las nuevas ideas, lucha con sus recuerdos y sus presentes convicciones; lucha con su imaginación que lo lleva al castillo señorial, á la augusta majestad de sus viejas catedrales con sus dorados agimeces y sus vidrios de colores; lucha, repito, con su razón que le impele hacia las modernas adquisiciones del derecho y de la justicia.

España es la nación en donde más hondas raíces han echado los principios absolutistas: es allí en donde el derecho divino de los reyes ha tenido los más acérrimos defensores; en donde el sentimiento religioso se ha convertido en loco fanatismo. Los recuerdos de su santa religión, ligados íntimamente á la memoria de sus padres y á las reminiscencias siempre gratas de la infancia, hacen que el español jamás olvide por completo la fe sincera y pura, que era la fuerza poderosa que robustecía el corazón de sus abuelos.

Natural es, pues, suponer que el poeta castellano, que como Núñez de Arce profesa los principios de la Revolución, y, cuando aún se encuentra apegado á sus tradiciones religiosas, no vea los acontecimientos á través del mismo prisma que Víctor Hugo, completamente desprendido del pasado, del que lo separan un mar de sangre y los escombros de una sociedad caduca, que se elevan como muro inaccesible entre la vieja y la moderna

Francia. De aquí la gran diferencia que existe entre ambos poetas: cantor del progreso el uno, todo lo abarca su genio poderoso; mientras que Núñez de Arce lucha con dos elementos contrarios: sus tradiciones y recuerdos, revestidos por su fantasía con los más brillantes colores, y el presente que lo anonada; lucha que se hace real y efectiva en las sangrientas guerras que asuelan su patria; y como lógica consecuencia, al ver tan horrible espectáculo, duda, y sus cantos, impregnados de ese triste sentimiento, se convierten en el eco de la humanidad doliente y falta de fe, al paso que Víctor Hugo lo es de la humanidad viril y entusiasta, que, en medio de las contrariedades del camino, proclama como lema el principio inmortal del progreso.

II

El primer carácter de la poesía de Núñez de Arce es ser nacional.

Sin duda uno de los títulos más justos de la gloria que disfruta, es el haber abandonado la imitación de los escritores extranjeros, del que quizá muy pocos de los poetas contemporáneos se hallan libres. En efecto, grande ha sido en el presente siglo la influencia que las otras literaturas europeas, en especial la francesa, inglesa é italiana, han ejercido en la española; y no como se quiera en escritores vulgares, sino también en distinguidos talentos, hasta el extremo que ha podido decir, aunque con exageración, el notable crítico francés M. Baret, que «la literatura española no se mueve sino bajo un impulso venido de afuera, semejante á un convaleciente que vacila y busca un apoyo». Núñez de Arce, apartándose,

en lo posible, de esta atmósfera de imitación, que todo lo invade, busca en su patria inspiración y poesía, busca en las obras clásicas de su literatura el modelo que necesita para labrar sus obras. La España del siglo XIX es el frecuente objeto de sus cantos; y aunque ésta sólo le da tema para dudar y desesperarse, ello no quita que sea esencialmente nacional. Y no se crea que Núñez de Arce duda porque lo haga Leopardi; nó, muy lejos de eso: la duda de Leopardi es muy diferente á la de aquel bardo. El canto del poeta italiano es de un acento soberbio y poderoso; en él se unen armónicamente la inspiración del genio y los preceptos del arte; pero ese canto, como pensamiento filosófico, no tiene eco ó por lo menos muy poco. La humanidad cree, á veces duda, pero jamás desespera del todo; por el contrario, secreto impulso la impele por el camino del progreso, misteriosa voz, cuyo eco vibra en los espacios, desde el principio del mundo, le repite sincesar, ¡adelante! Ella no puede, por lo tanto, responder al grito del vate italiano, explosión de angustia de un alma desgarrada, arranque supremo de un dolor que conmueve todas las fibras del sentimiento, pero que la razón rechaza; porque no puede menos que repeler el ateísmo que en él domina: sube al cielo y lo ve desierto, el porvenir horrible, la existencia del hombre sin objeto racional, sin rumbo alguno la humanidad y la inmensa eternidad vacía.

Núñez de Arce, por el contrario, cristiano de corazón, cree y espera. Su duda es duda política y social no religiosa. Oigámosle un momento.

"Lanzado desde muy niño en las agitaciones de la vida pública, sobrecogido por los arduos problemas políticos, sociales y religiosos que ha planteado nuestro siglo,

sin haber podido resolverlos hasta ahora; cegado por el polvo de las ruinas que incesantemente van cubriendo el suelo de Europa, ¿es, por ventura, extraño que la duda, la duda oscura y dolorosa, se haya infiltrado en mi corazón y en mi fantasía? ¡He visto tanto en el aun no largo espacio de mi vida! Tronos caídos y levantados, instituciones arrolladas y luego restablecidas; revoluciones perturbadoras, pero fugaces, como cuanto es violento: todo ha pasado ante mis ojos con rapidez asombrosa y siempre para dejarme ver el mismo resultado: la reacción atropellada por la anarquía, la anarquía devorada por la reacción, la libertad nunca.»

He aquí explicado el origen de su duda, de esa duda cruel que desgarra el alma vigorosa del señor Núñez de Arce, hasta el punto de hacerle exclamar que la cuerda de la esperanza no existe en su lira.

Como se ve, Núñez de Arce es un poeta esencialmente nacional: España es la que inspira sus cantos, amoldados siempre, en cuanto á la forma, á los preceptos del más puro clasicismo, sin usar jamás de aquellos metros importados de Italia y de Francia, que están al presente tan en boga.

Sin embargo, podría objetarse que en su poema titulado *La última lamentación de lord Byron* expresa el mismo Núñez de Arce su intento de imitar al distinguido poeta inglés. Esta observación no tiene valor alguno si no se considera muy ligeramente el mencionado poema, que no conserva de Lord Byron, sino la situación en que lo presenta; todo lo demás es exclusivamente suyo, al extremo de que ésta es una de las tachas puestas por el gran crítico don Marcelino Menéndez Pelayo á tan hermoso canto.

Pero lo que dejo expuesto no implica una negación de la influencia de la poesía dantesca en la de Núñez de Arce. Sería necesario para ello borrar del número de sus poemas *La selva oscura.* Dada la existencia de esta composición, que de una manera tan marcada nos muestra la influencia ejercida por una literatura extranjera en las obras del reconocido vate, son necesarias algunas aclaraciones para que no se crea destruída la doctrina que he expuesto, al afirmar que se ha librado de la imitación. He estado muy lejos de pretender negar la influencia que alguna literatura haya podido ejercer en sus obras. De imitación á influencia hay alguna distancia en que es indispensable fijarse para poder juzgar el merecido valor de sus producciones desde que la primera palabra significa generalmente falta de originalidad, y la segunda no. Así, la duda de Núñez de Arce tendrá algo de aquella fascinadora y loca desesperación de Musset, algo de la incredulidad de Shelley, no poco de las airadas y negativas conclusiones de Byron, y de la sublimidad tristísima de Leopardi; pero nunca podrá decirse que él fué imitador de Musset, de Shelley, Leopardi y Byron.

Comienza *La Selva oscura* con la traducción de unos versos del Dante, tomando los personajes de éste y en sus mismas situaciones. Tales son los materiales que le suministra la *Divina Comedia*; pero, desplegando las fuerzas con que la naturaleza le ha dotado, convierte la epopeya del siglo XIII en un canto del siglo XIX, simbolizando en el amor de Dante á Beatriz la aspiración continua del hombre hacia lo infinito, hacia lo perfecto. Y ésto no disminuye su mérito; pues al dar una nueva forma á las concepciones inmortales de Alighieri, al hacer revivir con el barniz de nuestro siglo los sublimes pen-

samientos del poeta florentino, á la par que tributa homenaje de admiración á su memoria, hace alarde de originalidad lanzándose por nuevos senderos en campo tan conocido.

El realismo es el segundo carácter de las obras de Núñez de Arce; pero el realismo tomado en su verdadera acepción y no en el sentido que ahora le da la escuela moderna materialista; realidad que debe ser desterrada del arte para reemplazarla en su acepción estética por la realidad de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. Núñez de Arce bajo este aspecto es poeta realista; él busca su inspiración en lo que le rodea, la recibe de lo que en torno suyo pasa, de aquello que hiere más directamente su razón que su fantasía. «La poesía, dice él, para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que se vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana, como el arado remueve la tierra abriendo surcos. Y cuanto más ahonde, cuanto más encarne y penetre en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más estimada será, tanto más sentida y disputada su influencia. Dante se apodera del alma de su siglo, de sus rencores teológicos, de sus venganzas y amores políticos, y por espacio de más de cien años hace á todas las artes tributarias de su genio. La arquitectura, la pintura y hasta la música misma, buscan en él sus inspiraciones; y en los albores del Renacimiento, á pesar de la corriente irresistible de la antigüedad pagana, que entonces lo arrolla todo, las gigantescas obras de Miguel Angel nos parecen animadas todavía del espíritu del gran poeta.» Y

continúa así: "No ha de satisfacer con esos cánticos de la poesía vanos, arqueológicos ó infantiles. Y aunque se satisfaciera ¿debe ser ésta la misión del arte en los tiempos que alcanzamos, cuando todo oscila, cae ó se transfigura bajo el ariete de nuevas ideas, cuando no le es permitido á ninguna manifestación del entendimiento humano permanecer impasible y neutral ante las graves y trascendentales cuestiones que se ventilan en el seno de las sociedades modernas?"

He aquí expuesta la doctrina literaria de Núñez de Arce, á cuyos principios ha amoldado casi todas sus obras; y digo casi todas, porque hay algunas que no participan de este carácter menos general que la anterior: prueba de ello son *El Vértigo*, *La Selva oscura*, *La Visión de Fray Martín;* pero, sin embargo, el realismo aparece en la generalidad de todas ellas, y aún en las más idealistas; aunque aparentemente encubiertos, se encuentran siempre los elementos que nos revelan al poeta del siglo XIX.

El tercer carácter es la fuerza y el vigor que manifiesta en todas sus composiciones, y es el principal distintivo de los *Gritos de Combate* y de algunos de sus poemas. Al ocuparme de este carácter no puedo menos que citar el párrafo del distinguido crítico el malogrado Revilla, que dice: "La fuerza; hé allí el distintivo del señor Núñez de Arce. La sangre que circula, la corriente nerviosa que se desborda por aquel cuerpo de tan escasa apariencia, deben ser ríos de ardiente lava á cuyo calor se transforman en pasiones todos sus sentimientos y se vacían en moldes de fuego todas sus ideas. Todo es en él vehemencia y energía: si cree, su fe se asemeja al fanatismo por lo intensa y fervorosa; si duda, no se duerme

sosegado sobre lo que Montaigne apellidó dulce almohada; antes se revuelve, airado y furioso, contra la duda misma, y su incredulidad toma el carácter de la desesperación; si increpa ó censura, sus acentos vibran como el látigo acerado de Juvenal; si llora y se entristece, abrasan sus lágrimas, y sus sollozos se confunden con el rugido; si canta el amor, nunca acierta á ser tierno por más que sepa ser delicado: su amor es de esos que cuando besa muerde.»

Esta apreciación es, sin duda alguna, bastante exagerada; pero ella nos hace ver lo que es Núñez de Arce, poeta de inspiración asombrosa y titánico empuje; sus versos son la expresión fiel y exacta de los dolores y sufrimientos de la monarquía española; sus cantos respiran el aliento del siglo XIX, siempre con sus dudas, sus fatigas y convulsiones; nunca con sus creencias, sus ensueños y sus esperanzas, buscando de continuo lo trascendental y sublime, lo que sea compatible con la grandeza de su alma.

La duda y la desesperación que desgarran el alma del señor Núñez de Arce y que se revelan en sus poesías, constituyen el cuarto carácter general de sus obras, carácter que las hace desmerecer no poco; porque no puede dar otro resultado el escepticismo que, respecto á todo progreso moral y político de la patria, nos manifiesta en sus inspirados cantos.

No era la España del siglo XIX la apropiada para desarrollar el genio profundo y brillante del señor Núñez de Arce. En este siglo en que las pasadas y venerandas tradiciones de la antigua desaparecen con violencia ante el torrente irresistible de las nuevas ideas; en este siglo en que los cimientos de la sociedad vetusta caen

minadas por la revolución francesa que, desgraciadamente al cumplir su grandiosa misión, sirvió de instrumento á las más sangrientas luchas, tanto nacionales como civiles y religiosas; en este siglo en que el pendón de la libertad española se convirtió en emblema de la anarquía y del despotismo; no podía existir un ideal ó, lo que es peor, el ideal del señor Núñez de Arce se encontraba arrastrado por el lodo, víctima de los excesos de la demagogía. Por eso es que Núñez de Arce, poeta esencialmente realista, convirtiéndose en eco del hombre del siglo XIX, duda y se desespera al ver los horrores del pasado, al contemplar las convulsiones del presente y creer percibir nuevos horrores y más terribles convulsiones en las tinieblas del porvenir.

Si Núñez de Arce hubiera nacido en aquella época memorable y gloriosa para la nación española en que el valor y el heroísmo de tiempos más felices renacieron con nuevos bríos y más vastas proporciones, para salvar el pabellón ibero de las garras del águila francesa, entonces hubiera sido el primer poeta de la época moderna; sus cantos habrían quizá superado á los del titán del siglo, el poeta francés Víctor Hugo. Entonces, ese ideal de libertad que hoy llora perdido era una hermosa esperanza, un porvenir lisonjero; entonces esa nación, que llama cobarde, corrompida, se levantaba unánime á defender la integridad del territorio español, á rechazar con indomable soberbia el yugo que le impusiera el vencedor de la Europa; entonces se presentó la España como la verdadera patria del Cid y de Pelayo, cuando sus hijos morían defendiéndola, vencidos ó vencedores, en los campos de batalla de Bailén y de Vitoria ó entre las ruinas inmortales de Gerona y Zaragoza. Tales son las

causas que, desgraciadamente, han hecho del señor Núñez de Arce el poeta de la duda y de la desesperación; lo que constituye el principal defecto del fondo de sus composiciones.

Bien está que el señor Núñez de Arce, como hijo del presente siglo, como español liberal, llore los extravíos de su patria; bien está que lance sus anatemas contra los vicios que la devoran; pero no que ante el infortunio doblegue su ánimo vigoroso y retroceda ante la magnitud del mal: que no se regenera una nación con lágrimas ni con anatemas, si con aterrador escepticismo se la cierran los horizontes de dicha y de felicidad; si no se la anima, haciéndola percibir, entre las brumas de su infortunio, el ideal bienhechor del progreso, mediante el que llegará, tarde ó temprano, á su rehabilitación; porque la anarquía y el despotismo, la guerra, la corrupción y demás males que aquejan á un pueblo no son ni pueden ser eternos: pasan, dejando, es verdad, su dolorosa huella, pero pasan como pasa la tormenta, como pasa el más impetuoso huracán.

La perfección de la forma con que reviste su poesía es el último distintivo de sus obras, con lo que ha mostrado que son suficientes los metros que usan los poetas clásicos para enriquecer la literatura con magníficas producciones. Prueba de ello son sus incomparables tercetos de *Raimundo Lulio* y de *La selva oscura*, las originales estrofas en que están escritas algunas composiciones de los *Gritos del combate*, *El Idilio* y *La Pesca*. Sus décimas que son quizás las mejores del castellano, que han sido rehabilitadas, podemos decirlo, por él, pues excluídas, por lo general, á la poesía popular, merced á sus esfuerzos ocupan un rango distinguido en la erudita.

Núñez de Arce es quien ha realizado la unión de la poesía de los tiempos modernos con la forma del clasicismo; y lo ha hecho con tal felicidad que, al leer sus composiciones, se cree muchas veces que no sólo las iguala, sino que las supera, como ha dicho con razón Revilla.

Resumiendo: la poesía de Núñez de Arce es nacional, pertenece á la escuela realista; la hacen notable la fuerza y el vigor, así como los sentimientos de duda y desesperación que constituyen el fondo de sus obras, del mismo modo que la perfección es el distintivo de la forma externa de ellas.

III

En la poesía lírica es en la que luce Nuñez de Arce todas las galas de su ingenio; es allí donde despliega la gigantesca inspiración con que ha sido dotado; es allí donde su razón y su fantasía tienden con toda amplitud sus esplendentes alas. En esos cantos, en que palpitan con toda fuerza los sentimientos que le inspiran, en que sus ideas se encuentran revestidas con ropaje magnífico é inimitable, es endonde se debe buscar sus verdaderos méritos y las verdaderas bellezas de sus obras.

Al estudiar sus poesías líricas, las debemos dividir en dos grupos: los *Gritos del combate* y los *Poemas*. Esta división es de tanta mayor importancia, cuanto que ella revela un cambio completo en los sentimientos de Núñez de Arce, una verdadera transición de la arena del combate, de la lucha de las pasiones públicas y sociales á la vida de la tranquilidad y sosiego.

Si la forma y no la esencia de las cosas, en armonía con los principios estéticos, es lo que constituye la belle-

za; si la poesía como arte tiene por fin y objeto principal su más perfecta realización; y si ésta se consigue con la fuerza del estilo, con la delicadeza de la frase, con la brillante claridad de la idea, con la variedad y lucidez de las imágenes en que el poeta encarna sus pensamientos y afectos con el interés de la acción que su fantasía concibe, así como también con la sonora rotundidad de los versos; lo único que podría hacer al ocuparme de los *Gritos del combate*, sería alabar el genio del señor Núñez de Arce y tributarle, como lo hago, homenaje de admiración y entusiasmo por las producciones que dicha colección contiene: verdaderos monumentos artísticos, preciadas joyas de la literatura castellana. Bajo este punto de vista, insignificantes serían los defectos que se encontraran en ellas: la majestad y armonía del verso, la energía, elegancia y robustez de la dicción, la profundidad del pensamiento, tales son los caracteres de estas perfectas composiciones, estéticamente consideradas. Poco le interesa al arte que Núñez de Arce dude y se desespere al ver sepultarse entre los horrores de la anarquía su tan querido ideal; menos que reniegue del presente sin esperanza en el porvenir; nada le importa que, como hijo de este siglo, desfallecido se abandone en medio de la horrible tempestad que se desata, si él, al cantar su duda, su desesperación, su desaliento, lo hace amoldándose estrictamente á los preceptos de ese arte, y dando rienda suelta á sus naturales dotes, crea con el poder del talento verdaderas bellezas artísticas.

Pero en la imposibilidad de separar por completo la idea y la forma, de juzgar detenidamente ese fondo y forma (propiamente tal), con la llamada interno-externa, es imposible detenerse, al criticar una obra, en su su-

perficie, como quiera que en nuestro siglo analítico, así en literatura como en todo, se busca siempre la sustancia en medio de la variedad de los accidentes. Por eso, olvidando los estrictos preceptos del arte por el arte, y dando mayor extensión que la que debe tener la verdadera crítica literaria, así considerada, he manifestado el principal defecto de las obras de Núñez de Arce al señalar sus caracteres. Habiéndome ocupado de este punto con algún detenimiento, cansado sería reproducir aquí las consideraciones expuestas.

Admirable es, sin duda alguna, esta colección de poesías, que escritas, como dice él, en medio del fragor del combate, están animadas de los verdaderos sentimientos que dominan al poeta. Ya llora con sentidos acentos, pero siempre enérgicos y varoniles, las desilusiones de su vida y recuerda, como en la titulada *Treinta años*, la tranquilidad de su infancia, sus esperanzas perdidas; y dejándose arrebatar por su desesperación increpa al pensamiento humano y exclama:

¡La razón!... Tanto se encumbra,
tan locamente camina
que ya no es luz que ilumina
sino hoguera que deslumbra;
al horror nos acostumbra;
siembra de ruinas el suelo,
Y en su inextinguible anhelo
álzase hasta Dios, atea,
con la sacrílega idea
de derribarlo del cielo.

Ya también invoca la lira de Quevedo y parece que el popular escritor del siglo XVI respondiera á su acento; porque sus soberbias *Estrofas* parecen animadas por la hiriente inspiración del gran poeta.

Tiende una mirada á la sociedad en que vive, y su calenturienta fantasía no le hace ver más que escombros, ruinas, corrupción y miseria; pulsa entonces la cuerda de la desesperación y el anatema, y arranca de su lira notas como las siguientes:

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y á Dios. Sorda carcoma
prepara misterioso cataclismo;
y como en tiempo de la antigua Roma
todo cruje, vacila y se desploma,
en el cielo, en la tierra, en el abismo.
Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto,
la gloria muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto.
se eleva la razón como la palma
que crece triste y sola en el destierro.

Ahora proclama la razón que maldecía hace poco. ¡Tristes contradicciones en que incurre á cada instante, presa de la vacilación en que se encuentra!

Una de las composiciones más hermosas de la colección es, por cierto, la titulada *A. Darwin*, soberbia crítica literaria que filosóficamente considera la teoría del sabio inglés.

No menos notables que las anteriores es *Tristezas*, una de sus obras más perfectas bajo el punto de vista artístico, aunque no en el filosófico; pues comienza dudando y termina creyendo.

Hablando del siglo XIX, dice:

. . . . . .
siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime

. . . . . .

¡Ay! no recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido.
Entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel caído.

La duda. Hé aquí una de esas composiciones, cuyo estudio tiene tanta mayor importancia cuanto que en ella no se reduce al terreno literario, sino que, abarcando también el filosófico, hace considerársele como la síntesis de la doctrina de Núñez de Arce.

Diferentes son las opiniones que sobre sus principios filosóficos se han emitido. Revilla las considera como verdaderas, y cree, quizá, con el mismo autor, que la fe ha muerto en su corazón y se dispone á repetir con él:

Cuando pienso en lo que fuí
hondas heridas renuevo,
y me parece que llevo
la muerte dentro de mí.
No veo lo que antes ví;
no siento lo que he sentido;
no responde ni un latido
del corazón, si á él acudo;
llamo al cielo y está mudo;
busco mi fe y la he perdido.

Menéndez Pelayo, en último resultado, establece, en mi concepto, porque no lo dice de una manera definitiva, que esa duda tiene mucho de retórica, que es un recuerdo poético. Ahora bien, manifestaré, simple y sencillamente mi opinión en esta materia; quizá difiera de la de tan encumbrados críticos, aunque participe de la una y de la otra.

Pero antes que todo, ¿de qué duda se trata? La duda,

ya lo he manifestado, es político-social, no es duda religiosa por más que así lo asegure con grande insistencia en su bellísima composición *Tristezas*, en que, á través de su negación, se descubren sus verdaderos sentimientos; porque no puede haber perdido la fe el autor de *El Idilio* de *La Pesca* y de *Maruja*, en donde palpita la fe religiosa en toda su dulce y sencilla majestad.

Continuando: Núñez de Arce no ha perdido la fe; muy lejos de eso, la fe vive en su pecho, por más que ella se oculte, como preciosa joya, en medio de las tinieblas con que él sueña. Núñez de Arce es uno de aquellos poetas á quienes distingue la fuerza y la pasión, aquel titánico entusiasmo que todos sus versos respiran y que no pueden ser el resultado de una simulación. ¡Cómo! ¿se quiere establecer que esos sublimes anatemas, esas lágrimas abrasadoras, esos cuadros patéticos y desgarradores sollozos son una ficción, son una mentira aparentemente sentida por el poeta para causar la emoción estética? ¡Oh ¡nó! para poder impresionar, como lo hace Núñez de Arce, es menester que su pecho haya sentido; porque no podrían describirse con tanto entusiasmo y verdad sentimientos que no se experimentan.

Trataré de explicar la teoría llamada escéptica de Núñez de Arce, por medio de una relación, valiéndome de un hecho. Ningún poeta español puede preciarse, como aquél, de la popularidad que sus obras han conquistado en la América latina. Pocos han sido los vates cuyas composiciones se han reproducido en el Nuevo Mundo, y las de ninguno en el número verdaderamente asombroso que cuentan las de Núñez de Arce. Eso testifica de una manera palpable la impresión que en nosotros han causado esas obras, debida á una gran seme-

janza en nuestro modo de ser político, merced á la que se ha dado mayor incremento al valor de sus poesías.

En efecto, las repúblicas de la América latina, como que están en gestación, y como que ellas deben en gran parte su independencia á los principios de la libertad proclamados por la revolución francesa; principios que han sido la causa más importante de los cambios políticos y religiosos que han trastornado frecuentemente la España en el presente siglo; son, podemos decirlo, el fiel retrato de las alternativas á que ha estado entregada nuestra madre patria. Ella, como nosotros, ha visto ofrecerse á sus miradas un horizonte de inmensa prosperidad; ella, como nosotros, al comenzar este siglo, que va ya inclinando su frente hacia el recuerdo, soñó con la libertad, que tan cara le había costado á la Francia, risueña aurora que le predestinaba un brillante porvenir; pero ella, tambien como nosotros, ha visto bambolearse, entre torrentes de sangre, su bendito ideal, y al estruendo del cañón fratricida caer los restos de las antiguas instituciones. Como consecuencia natural, ineludible de semejante estado político, viene el desaliento, pero no el escepticismo; y nadie lo puede decir con mayor razón que nosotros, los peruanos, que tenemos por historia de pueblo libre, el triste conjunto de no interrumpidas revoluciones, que aun conservamos viva, patente, la memoria de una guerra fatal, cuyos resultados deploramos; que pasamos el presente resbalando á cada instante y expuestos á caer en el abismo que circunda la senda que nuestra patria recorre, y que miramos el porvenir oscuro, pero tan oscuro, que apenas el soñado ideal del necesario adelanto, del progreso ineludible, esparce sobre esas tinieblas algunos débiles rayos bienhechores, como

la luna que envuelta en espesos nubarrones deja, por breves momentos y como á hurtadillas, percibir su melancólica claridad: y, sin embargo, cada vez que la desgracia nos arrebata una esperanza, cada vez que un nuevo sufrimiento nos destroza el alma, es verdad que se apodera de nosotros el más triste desaliento y la más honda desesperación, y á impulsos del dolor que nos abruma dudamos de ese porvenir que nos aterra; pero, pasada la primera impresión, desaparece también esa duda pasajera para dar cabida á la fe, la paz del alma. Lo mismo sucede al señor Núñez de Arce, poeta de sentimiento y amante frenético de la libertad, pero de la hermosa libertad que en sus sueños se imagina: cada vez que el infortunio se lleva sus ilusiones, cada vez que el huracán de una nueva revolución arrastra por el lodo su ideal, deshojando su corona y manchando su trono, entonces arranca de su lira soberana esas vigorosas estrofas de sublime desesperación y desaliento, que no son resultado de un estado constante de su alma, sino que provienen de la inspiración de los sucesos que contempla. Su duda, no es tal duda como él la comprende, porque para que existiera habría necesidad de que Núñez de Arce tuviese un principio fijo como lo tiene Shelley, como lo tiene Leopardi y quizá también Campoamor; porque la profesión de su duda hecha en su soberbia epístola, se encuentra en constante oposición con sus demás composiciones. Puede acaso dudar el poeta que, como él, dice:

¡Quién sabe!... aunque las densas
tinieblas nos envuelven,
no eres eterna ¡oh, noche!...
dolor, no duras siempre.

Basta leer sus poesías *Á la patria*, escritas con posterioridad á las citadas, para convencerse plenamente que no puede haber perdido la fe el que, como en ella, se manifiesta entusiasta creyente en la regeneración y en el progreso de la España.

En cuanto á la composición en sí, nada tengo que agregar; la entusiasta acogida que ha merecido en América esa soberbia producción habla bien claro lo que puede decir un americano sobre su belleza literaria; porque en cuanto al sentimiento que canta, ya he manifestado que es un defecto, aunque él no provenga del poeta, y sólo me resta añadir con Márquez:

> ¡Oh! no dobléis la generosa frente
> los que pulsáis un inmortal laúd;
> del infortunio en la borrasca ardiente,
> viendo las sombras, esperad la luz!

Raimundo Lulio es una obra maestra: aquí la crítica no encuentra nada que tachar, ora juzgue el fondo, ora la forma; ya se le considere bajo el punto de vista sicológico, ya en su aspecto trascendental. Los afectos más íntimos del alma, los sentimientos que más puros nacen y que impelidos por poderosas fuerzas, se convierten en indomables pasiones, que todo lo vencen, todo lo rompen, todo lo destruyen, están pintados con tintes sombríos, es verdad, pero magníficos. Esto en cuanto á su aspecto sicológico. Ahora, en relación á su objeto trascendental, no se puede menos que admirar la manera como idealiza en Blanca, la ciencia humana, tan soberbia y loca, que en su insaciable anhelo de descubrirlo todo, llega hasta negar á Dios y es al mismo tiempo tan pobre, tan vana, que en el momento en que cree alcanzar de su soberbia el anhelado fruto,

¿qué encuentra? Eterna duda,
eterno hastío entre el placer ocultos;
y bajo regias galas
la horrible podredumbre del sepulcro.

Núñez de Arce ha aumentado el valor de su poesía, no reduciéndola á una mera concepción de su mente, sino dando valor histórico al pensamiento filosófico. En cuanto á la versificación, jamás el terceto ha tenido en el castellano tal soltura, al mismo tiempo que sonoridad y elegancia.

Es tan vasta la materia, que me veo precisado á prescindir de no pocas consideraciones, no sólo respecto de las obras de Núñez de Arce, sino también de cuestiones literarias íntimamente ligadas con ellas.

Ya es tiempo de que me ocupe de los *Poemas* que son, me atrevo á decirlo, los mejores que se han escrito en su género en la lengua castellana. Y no es mi juicio exagerado; en vano recorreremos el Parnaso español, no se encontrará en él nada más acabado, nada más bello que estas sublimes producciones.

IV

Ya el gladiador valiente y entusiasta se ha retirado de la arena del combate; ya no retumba en medio de la contienda su canto varonil, y su épico acento ha dejado de vibrar con expresión dolorida los tristes desengaños de sus más amadas ilusiones. ¿Será acaso porque vuelven la fe y la esperanza á su atribulado corazón? ¿Será también porque la España, entregada á la paz y al adelanto, se presenta regenerada á los ojos del poeta? Cualesquiera que sean las causas, el hecho es que la transformación existe aún quizá sin haberse dado cuenta de ella el señor

Núñez de Arce. Nuevas ideas le inspiran; ya no es la duda la que ocupa su razón y su fantasía; mejores horizontes se presentan á sus miradas; nuevos campos donde pueden tender su genio colosal sus gigantescas alas.

Si recordamos lo que al ocuparme de los *Gritos del combate* expuse sobre la belleza y su carácter formal, así como de la perfección que bajo este punto de vista tiene aquella hermosa colección; al ocuparme de sus poemas no tengo más que repetir lo que entonces aduje con tanta, ó mayor razón quizá, porque, aún bajo este aspecto, son superiores á los *Gritos del combate* estas composiciones. En efecto, el poeta realista por excelencia nos manifiesta allí los verdaderos principios de su escuela; une á las dos en íntima lazada, dejando de ser tanto la una como la otra los dos polos opuestos en el mundo de la bella literatura.

La fantasía como facultad estética es de la mayor importancia; ella en sus vastas manifestaciones y en su armónica combinación con la naturaleza, que debe inspirarle, da origen á la belleza artística. Pero la benéfica influencia de la fantasía tiene su límite, como quiera que el hombre se encuentra formado por dos naturalezas distintas que, íntimamente unidas, hacen imposible la presidencia de alguna .de ellas. En vano se esforzará el espíritu por desprenderse de la materia que lo envuelve; el hombre como tal, "vive en el espacio y en el tiempo", y en vano también la materia negará la existencia de la impalpable fuerza que la anima; por consiguiente, cuando la fantasía remonta su vuelo á las regiones de lo ideal, hasta el punto de renegar de la realidad que la ha inspirado, falta de apoyo, y careciendo de base sólida, tiene que caer y volverse tan instable, tan leve, tan vana,

como la nube que cualquier viento deshace. Pero de la misma manera, cuando, tomando por fundamento algo real, lo idealiza con sus esplendentes galas, entonces ella contribuye, en primer lugar, á la producción de las obras maestras.

Núñez de Arce, como poeta idealista, basándose siempre en la realidad que le rodea, nunca la abandona, aun en sus más fantásticas concepciones. Entusiasta partidario del realismo, no puede sustraerse de rendir culto al idealismo al que lo arrastran el vigor de su fantasía y la fuerza de su imaginación; pero, uniendo la vaguedad, podemos decir de ésta, con los preceptos de su escuela, fusiona á ambas con la maestría que caracteriza al genio. Prueba de ello es su hermoso poema titulado la *Visión de fray Martín*, en el que, bajo forma severa y grave ha deseado unir lo fantástico y sobrenatural con lo real y trascendental; su canto lírico la *Selva oscura*, en que ha pretendido velar su pensamiento filosófico, sin hacerlo incomprensible, en los misterios de la alegoría y del simbolismo; y por último el *Vértigo* en que predominan exclusivamente el caráeter legendario y la forma popular.

Respecto de *La visión de fray Martín*, cansado sería repetir aquí lo que ya he aducido más de una vez con relación á la forma externa de este poema, cuya perfección es tal que, con seguridad, puedo afirmar que los versos sueltos que la componen, son de los mejores que se han escrito en castellano. En cuanto al fondo, contiene innumerables bellezas. El cantor de *La Duda* no puede olvidar ese sentimiento, que al mismo tiempo que le desespera, parece que le encanta, y que en este poema describe con mano maestra, pintando con vivos colores la imagen de la duda, hermosa y atrac-

tiva, tal como se presenta, quizá, á Núñez de Arce.

Este poema tiene un tinte de oscuridad y de misterio que, al par que halaga, impone. Aquella vaguedad, aquella oscuridad, por la que avanza cayéndose y levantándose la humanidad; aquella roca abrupta, aquella luz que ilumina la penumbra, hacen recordar las concepciones dantescas y tiene alguna semejanza con el simbolismo de la Biblia. ¡Con qué hermosa tristeza no describe la soledad de la vida monástica! ¡Cómo hace oír en sus cadenciosos versos las vagas notas del órgano y cómo subyuga después con la imponente majestad del *miserere!* ¡Cómo anonada en aquel trozo en que palpita y centellea la inspiración que inflamó al Rey-poeta!

Verdad es que Núñez de Arce no ha concebido uno de aquellos tipos eternos como la humanidad; verdad es que no ha dado vida á la Beatriz del Dante, al Quijote de Cervantes, ni á la Margarita de Goëthe: pero sus concepciones, si no revisten aquella magnitud, le dan, sin embargo, el laurel de la inmortalidad.

Como ya manifesté en otro lugar, las obras del Dante han ejercido grande influencia en la poesía de Núñez de Arce, no limitando su genio con las trabas de la imitación, que su originalidad rechaza, sino, por el contrario, ofreciéndole ancho campo de desarrollo, cuando, admirando las bellezas que contienen las producciones inmortales del bardo florentino, anhela proclamarse, no su discípulo, sino, á veces, su émulo. Aquel tinte de vaguedad y de misterio que envuelve su poema de *Fray Martín* y el simbolismo de la *Selva Oscura* son pruebas palpables de la influencia de que me ocupo.

Al tratar de los caracteres generales de la poesía de Núñez de Arce, creo haber dejado plenamente demos-

trada la originalidad relativa que, aún en esta misma obra, nos admira. También me he ocupado de su versificación magnífica como en todas sus composiciones; réstame tan sólo estudiar el elemento principal de la *Selva Oscura:* su carácter simbólico.

El simbolismo ha ejercido siempre notable influencia en el arte. En aquella época que constituye la infancia de las sociedades, en que la inteligencia del hombre comienza á desarrollarse, dando lugar al nacimiento de las diferentes artes, es natural, hasta cierto punto, suponer que éstas sean esencialmente realistas, puesto que el hombre, no habiendo alcanzado todavía gran desenvolvimiento, debiera sujetarse á la imitación de la naturaleza; pero, y hé aquí lo extraño, tanto la literatura como la arquitectura y aún la escultura, toman el carácter simbólico para expresar las concepciones más realistas. Aquellos mitos y fábulas que llenan la historia de los pueblos primitivos no son, según la opinión más general, sino símbolos en que se ocultan los verdaderos acontecimientos. Las construcciones egipcias é indias son prueba evidente de lo que acabo de exponer. Tal es la manera como se unieron, en aquellas primeras manifestaciones del arte, lo real con lo ideal, que, al separarse más tarde, habían de hacerse tan cruda guerra.

El símbolo constituye uno de los principales elementos del idealismo, y por eso he calificado como perteneciente á este género la *Selva Oscura;* porque todos los demás elementos que la componen son realistas, históricos los unos y filosóficos los otros. En efecto, la base de este poema no es otro que la *Divina Comedia*, de la cual ha tomado sus personajes y sus situaciones, constituyendo con esto el elemento histórico. Ahora bien, tampoco

es otro su fin que ocuparse de la aspiración insaciable del hombre que lo lleva por el camino del progreso, lo cual forma la parte filosófica; pero como el poeta ha revestido su tema real con el ropaje del simbolismo, consecuente con la doctrina que he emitido sobre el carácter formal de la belleza, la he considerado como composición perteneciente á la escuela idealista.

Tal es la *Selva Oscura*, hermosa producción en que los favores con que la naturaleza colmó al señor Núñez de Arce, se presentan en toda su magnificencia; ella basta por sí sola para servir de pedestal de gloria á un poeta.

Uno de los géneros más cultivados de la literatura española contemporánea es el legendario, que llegó con don José Zorrilla á su más grande esplendor.

Grande es el poder del genio; ante él se inclinan instintivamente las inteligencias mediocres, y nada resiste á su influencia avasalladora. El genio de Zorrilla, del trovador de las bellas tradiciones, del poeta de los cármenes de Granada, dominó por completo la literatura; durante algún tiempo, por felicidad corto, la musa castellana fué exclusivamente romántica y legendaria.

Este género, que había decaído á causa de la revolución que el realismo operó en el arte, es el que ha resucitado Núñez de Arce en el *Vértigo*, hermoso poema que, valiéndome de la idea de Revilla, parece pensado por Burges y escrito por Víctor Hugo; soberbio cuadro, página arrancada del *Infierno* del Dante.

Al leer este poema por primera vez, estudiando en ese entonces la historia de la literatura griega, sentí que Núñez de Arce no hubiera nacido en esa época de la edad pagana, seguro de que habría aumentado el ya no corto

número de dioses del Olimpo. En efecto, esa concepción grandiosa, conjunto soberbio de la locura y del mal, que él tituló *Don Juan de Tabares*, parece uno de aquellos genios malévolos que, llevando el odio en su corazón, eran los conductores de las desgracias que aquejaban á los hombres. Este espléndido canto, es piedra preciosa de la literatura española, al que sirven de engaste las más hermosas décimas que se han escrito en la lengua de Cervantes. Sirva de modelo la siguiente:

Conciencia nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida.
La ley calla, el mundo olvida:
mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que, á solas, con el pecado,
fueses tú para el culpado
delator, juez, y verdugo.

Pero sin duda alguna, el mejor de su poemas es el titulado *La Última lamentación de Lord Byron.* Ese grito titánico, audaz arranque de un alma poderosa, ese es el canto del siglo XIX, esa es la voz potente y sonora de la Revolución Francesa, himno varonil á la libertad, que parece arrancado á la lira de Víctor Hugo.

Las producciones del genio están destinadas á ser inmortales; porque simbolizando las ideas de una nación ó de una época entera, se estampan en la memoria de los pueblos cuyas creencias y esperanzas resumen. Por eso, la poesía que no quiere morir en el olvido, asimilándose á la música, cuya impresión desaparece poco después de haberla escuchado, debe tener un objeto más noble si quiere ser inmortal; por eso, poetas, vosotros, como dice Quintana,

... si quereis que el universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del universo sea.

Y no creáis que proclamo la teoría del arte docente que lo desnaturaliza por completo; enemigo, en verdad, de la poesía de lenguaje, follaje hermoso con que se revisten escuálidas ideas, sólo creo que merece el nombre de poeta, no el colector de palabras, sino el cantor de la idea y del verdadero sentimiento.

Núñez de Arce se eleva sobre todo elogio en esta brillante composición. ¡Qué grandiosidad en las concepciones! ¡qué belleza en su expresión! ¡qué energía, qué fuerza y qué rotundidad en los versos! Escuchémosle un momento:

Si es ley que la revuelta muchedumbre
el yugo sufra de atrevida mano,
que la enaltezca al menos y deslumbre
con sus épicas glorias el tirano.
Y ya que con forzada servidumbre
pague sus culpas el linage humano,
el brazo vigoroso que le venza,
infúndale terror y no verguenza.

. . . . . .

En el nombre de Dios los calabozos
abren sus anchas fauces nunca llenas
donde sólo responde á los sollozos
del desdichado, el són de sus cadenas;
en el nombre de Dios, viejos y mozos
en extranjero hogar lloran sus penas;
en el nombre de Dios, fiera cuchilla
cercéna la cerviz que no se humilla.

Todo en nombre de Dios. ¡Blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
el humo del incienso es grata ofrenda,
no de la hirviente sangre los vapores.

Iris de santa paz en la contienda,
sé que extiende sus brazos redentores
para estrecharnos en amor profundo;
¡ay! pero nó para oprimir el mundo.

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
del corazón doliente y consternado;
tienes misericordia y no has proscrito
la augusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
que aguija mi razón es un pecado,
si únicamente para el mal existe,
responsable no soy: ¡Tú me la diste!

No puede ser que viva el pensamiento
dentro de mí como enjaulada fiera;
sólo para alumbrar nuestro tormento
la antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
el negro abismo, la insondable esfera,
lo invisible, lo incógnito, lo arcano,
todo está abierto al pensamiento humano.

Si congojoso afán ofusca y ciega
y alguna vez, quizás, cuando le asombra
la oscura soledad por do navega,
no te ve, no te siente, no te nombra;
si en su aflicción te niega, ¿quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
en la inmutable eternidad perdida;
menos que sombra, el sueño de una vida.

. . . . . .
. . . . . .

Si chocaran, haciéndose pedazos,
los astros con horrible desconcierto;
si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
se desquiciara el universo muerto;
si quedara al impulso de tus brazos
el espacio sin fin, mudo y desierto,
y el tiempo con sus noches y sus días
dejara de existir, tú existirías.

Lástima grande es, sin embargo, que Núñez de Arce, siguiendo las huellas de Lamartine en su *Ultimo Canto de Childe Harold*, haya reducido á estrecho círculo su hermosa concepción, colocando un pobre marco á tan espléndido cuadro. Al genio casualmente le distingue cierta natural repugnancia á la imitación. Difícil le habría sido á Núñez de Arce el haber arrancado á su lira los acordes de la de Lord Byron; que no está en poder de los hombres cambiar cuando quieran de naturaleza.

Cada canto del poeta, es decir del poeta de la idea y del verdadero sentimiento que no canta «como el pájaro en la selva», es eco de su alma, voz de su corazón; y para que otro pueda reproducirlos fielmente hay que tener igual alma ó corazón igual.

Y dado el caso que Núñez de Arce hubiera llegado á reproducir la poesía de Lord Byron, ¿qué hubiéramos admirado en él? Un gran talento imitativo; pero no la grandiosidad de la concepción del genio. Felizmente, tal no ha sucedido ni podía suceder; el Lord Byron del poema está muy lejos de parecerse al insigne poeta inglés: es el vate español, siempre grande y vigoroso, y entusiasta defensor de la libertad política.

De la íntima relación que existe entre la poesía y el ideal que canta, nacen las transformaciones que con frecuencia se observan en los géneros literarios.

La poesía épica ha experimentado un cambio notable. Cubre ya el polvo del olvido á todas aquellas medianas composiciones, poemas interminables en que se encontraban mezclados, en informe conjunto, la más pálida historia con la más absurda fábula; la más prosaica narración con el vuelo de la más extravagante fantasía; no subsistiendo sino aquella de verdadero mérito que, ade-

más de su valor intrínseco, tienen aquel con que las reviste la tradición y los recuerdos nacionales. La poesía épica del siglo XIX ha tomado un carácter esencialmente filosófico, en armonía con las tendencias de la época, en que han desaparecido los héroes á que daban colosales proporciones la imaginación calenturienta de los pueblos para dar lugar á los principios encarnados en las grandes revoluciones sociales. La poesía épico-religiosa han terminado ya su misión en la tierra. Sus más espléndidas manifestaciones que han recibido el nombre de epopeyas, son tan sólo los soberbios mausoleos donde reposan las civilizaciones que fueron.

La *Última lamentación de Lord Byron* puede considerarse como perteneciente á la poesía épica actual; de cortas proporciones y eliminando la figura del eminente protagonista, que es innecesaria, es, en último resultado, un canto á la libertad, ya se le considere en su magnífico anatema al despotismo religioso, ó ya en aquel cuadro inmortal, la muerte de los suliotas, que es la más brillante apología que puede darse del amor á la patria, del amor á la libertad.

Además de todos los méritos que se revelan en las ya enunciadas obras de Núñez de Arce, posee en mi concepto, un nuevo título para su gloria; este título es el ser restaurador de la poesía pastoral en España: ¡y qué restaurador! Nacida bajo la influencia de la literatura italiana, adquirió desde su aparición en el arte de Castilla su completo desarrollo; porque en todas las innumerables composiciones pertenecientes al género pastoral, difícil será encontrar alguna que pueda aventajar á las magníficas *Églogas* de Garcilaso de la Vega. Á fines del pasado y al comenzar el presente siglo, el dis-

tinguido poeta don Juan Meléndez Valdés, á quien se considera como el restaurador del buen gusto en la literatura española, cultivó con ahínco la poesía pastoral, mereciendo una de sus producciones ser premiada por la Academia de la Lengua; pero sucedió con aquella obra lo que con algunas otras que la precedieron, que no estando ya en armonía con el gusto y carácter de la época, no se hizo popular, y su mérito, con ser grande, no fué reconocido sino por los aficionados á la bella literatura.

Este es el género que ha resucitado, podemos decir así, Núñez de Arce, conservando, es verdad, su carácter distintivo; pero despojándolo de sus arcaicas vestiduras, para adornarlo con las galas que están en armonía con el gusto del siglo XIX. En efecto, en su célebre *Idilio* no encontramos ya á los pastores cortesanos, siempre melancólicos, devorados por el fuego purísimo del amor platónico; lejos de eso, nos describe con todos los encantos de su brillante pluma los campos de Castilla, los halagos de la vida campestre, los misterios sencillos y encantadores del hogar, enlazando con tan hermosas pinturas una acción interesante y conmovedora, sencilla como la sonrisa de un niño, tierna como el amor que canta, y triste como una esperanza perdida que deja en el alma una impresión de melancolía indescriptible, que nos obliga á tender una mirada á lo pasado, haciendo concebir, al que no la tenga, una historia de dolorosos amores para poder repetir con él:

¡Oh recuerdos, y encantos y alegrías
de los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
que á la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
y bajadme del cielo
la imagen de mi amor casto y bendito!
Lucid al sol las juveniles galas,
y vuestras leves alas
refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

Una de las pinceladas más brillantes que ostenta este cuadro perfecto es la descripción del castillo feudal que

alza su frente rota
sin almenas, ni puente, ni rastrillo,

y en cuya vetusta mole, cuyos escombros y destrozada grandeza hacen pasar ante la exaltada fantasía del lector, evocados de su tumba, los recuerdos de esa civilización tan bárbara como grandiosa que se hundió ya en los abismos del pasado; pero dejando huella indeleble en la historia, con sus instituciones, y en el suelo de la Europa con sus soberbios edificios.

Allí, en ese trozo, hay un pensamiento sublime. Uno de los caracteres que más distinguen á los grandes escritores es aquella difícil naturalidad y hermosa sencillez en la expresión, que es el bello patrimonio del buen gusto, y que Núñez de Arce posee en alto grado. En efecto, al recordar la tierra en que nació, ha encerrado en una sola palabra un mundo de poesía.

¡Oh tierra en que nací noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla,
donde corrió mi infancia! Aire sereno,
¡Fecundadora luz! *¡Pobre cultivo!*
con qué placer tan vivo
se espaciaba mi vista en vuestro seno.

Nada más tierno, nada más hermoso, porque es la expresión de un sentimiento general, cual es el reconocer la pobreza del cultivo, lo exiguo de la fertilidad del suelo

en que se nace y al que nos unen, sin embargo, los lazos del corazón. Esa es la verdadera poesía del sentimiento, la más delicada manifestación del patriotismo. Si yo fuera poeta diría que el autor del *Idilio* había subido al Olimpo para arrebatar la inspiración de Apolo, de las nubes del cielo los colores, y el sentimiento del ideal cristiano.

La Pesca es otro de los poemas en que, abandonando el autor el pensamiento filosófico, penetra en los misterios del corazón, para hacer vibrar en su lira las afecciones más puras y delicadas del alma; en que, con la admirable sencillez que caracteriza á sus composiciones, hace pasar ante nuestra fantasía ese cuadro en que con la sublimidad del dolor nos describe aquellas trágicas escenas, que frecuentemente, y sin más testigos que el Eterno, se realizan en la inmensidad del océano, pintadas con tal verdad y colorido, que al leer este poema nos sentimos arrastrados al lugar del suceso y nos parece ver el deshecho barquichuelo despareciendo en medio de las olas del mar; al sacerdote lanzando en ese postrer instante la última y sublime bendición sobre los náufragos: la religión amparando el dolor; al pueblo de rodillas en la playa dirigiendo sus preces al Omnipotente; y allí tendida sobre el estéril peñascal á Rosa, que ve hundirse en el abismo al padre del hijo que lleva en sus entrañas. En este poema han llegado á su último extremo las facultades pictórico-descriptivas de Núñez de Arce, y que rivalizan con las de Zorilla, considerado, por lo general, como el primer poeta descriptivo de España.

Un nuevo mérito de los ya enunciados se nota en la versificación del *Idilio* y de la *Pesca*; y éste consiste en el empleo de un metro al cual ha impreso el sello de su originalidad, metro que si bien no era del todo

desconocido, debe á Núñez de Arce la sonoridad y fluidez, que en las producciones de éste ostenta, así como también la universalidad que al presente goza.

Al ocuparme de su última producción, *Maruja*, no tengo ya más que repetir los conceptos tantas veces emitidos respecto á sus poemas. Obra perfecta en la forma, sus endecasílabos nada tienen que envidiar á los más hermosos del castellano por la sonoridad así como por la fluidez y armonía.

Mediaba á la sazón el mes de mayo
con su tibio calor. Atardecía.
El sol poniente con oblicuo rayo
la copa de los árboles hería,
y de sus tintas cárdenas y rojas
el trémulo vislumbre relucía
entre las tenues y movibles hojas.
¡Con qué hermosa tristeza muere el día!
Como en crónico enfermo que presiente
cercano el fin, la luz de la esperanza
se dilata más viva y más ardiente,
así, á medida que la noche avanza,
es el aroma de la flor más suave,
más sonoro el murmullo de la fuente
y más sentido el cántico del ave.
La caricia del céfiro es tan blanda
como el beso de un niño; el soberano
disco del sol, al trasmontar, se agranda
palideciendo, el cielo se colora,
medita el triste, el corazón cristiano
se reconcentra en el misterio y ora.
¡Oh inexcrutable y doloroso arcano!
para hacer más sensible la partida,
irradia siempre en su postrer instante,
con su más bello resplandor la vida.

Este poema tiene por objeto relatarnos uno de los episodios siempre hermosos y sencillos, que se efectúan al amparo del amor conyugal, que ha diseñado con mano

maestra é incomparable delicadeza. En las descripciones es donde ha agotado los colores de su paleta: tanto en el retrato de las personas que intervienen en la acción, como describiendo de un modo acabado los sentimientos que las animan y también los paisajes variados que nos presenta.

V

Resumiré los principios que he tratado de desenvolver en este trabajo, exponiendo de una manera general y definitiva mi opinión sobre Núñez de Arce; opinión que será errónea quizá, pero fruto de un estudio detenido y de una profunda convicción.

Núñez de Arce, poeta gigante, figura colosal de la literatura patria, es, en mi juicio, el primer poeta lírico de España. Superior á Quintana en la perfección de la forma de sus composiciones, le iguala en la energía del pensamiento, no cede á Espronceda en la fuerza de inspiración, ni ceja ante Zorrilla en el vuelo de la fantasía.

Tal vez parezca exagerado mi juicio; pero, si uno de los sentimientos que más caracteriza á la juventud es el entusiasmo, no es posible exigir á un joven, en sus primeros ensayos literarios, aquella estricta imparcialidad, que muy pocas, muy raras veces, llegan á alcanzar los más distinguidos críticos.

Cuando he leído las obras de Núñez de Arce, en cada estrofa, en cada verso, ha palpitado al par del suyo mi corazón; al repetirlos, me ha parecido escuchar música regalada: suave á veces, como la que produce el viento cuando besa las flores; tierna, otras, como el arrullo de la paloma; apasionada como el acento de la mujer que ama; y robusta y vigorosa siempre, como el corazón que

en su pecho late, y que ruge con frecuencia con la fuerza de la tormenta que estalla en el océano. Por eso, al estudiar sus obras, casi no he podido encontrar defectos, que, en todo caso, si es que existen, son, lo aseguro, tan pequeños, que desaparecen ante la grandiosa sublimidad del conjunto.

¡Ojalá nuestra poesía nacional siguiera las huellas inmortales de Gaspar Núñez de Arce! Que el poeta, y más aún, en el siglo XIX, no tiene por principal misión, por más que los románticos lo quieran, ser el trovador de los festines, de los amores y de las leyendas, sino cantar los ideales de su época, enaltecer las glorias de su patria y alentarla en su sufrimiento, sacando de él provechosa experiencia para el porvenir.

¡Poetas peruanos, despertad! Lejos de vosotros el laúd de los amores, que no suena bien entre el ruído desgarrador de los sollozos, el eco del placer. Arrancad de vuestras frentes las coronas de rosas, de mirto y de laurel, cubridlas de crespón, para llorar las tristes desventuras de la patria; ensalzad sus virtudes y vituperad sus vicios, contribuyendo de esa manera á la grande obra de la reconstitución del Perú.

Entonces habréis cumplido vuestro deber y exigiréis con justicia de las venideras generaciones el tributo de admiración que la España concede á esos genios inmortales: José de la Quintana y Gaspar Núñez de Arce.

M. I. Prado y Ugarteche

Lima, Perú.

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Literatura.—Bellas Artes.—Viajes.—Ciencias.—Comercio.—Crítica

Colaboración de los principales escritores del país y correspondencia de otras ciudades de Europa y América

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

EN SANTIAGO

Por un año.	$	12.00
Por seis meses.	"	7.00
Por tres meses.	"	3.50

EN PROVINCIAS

Por un año.	"	12.00

EN EL EXTRANJERO—(PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL)

Por un año.	$	14.00

Toda suscripción debe comenzar en algunas de las épocas siguientes:

1.° DE ENERO, 1.° DE ABRIL, 1.° DE JULIO, Ó 1.° DE OCTUBRE

Las suscripciones que se pidan en algunos de los meses intermedios se entenderá que corren desde la época de suscripción más próxima.

Toda comunicación debe ser dirigida á

El Administrador

C. SILVA VILDÓSOLA

REVISTA ECONÓMICA

LIBERTY AND PROPERTY

ECONOMÍA POLÍTICA.—CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

PUBLICACIÓN MENSUAL

REDACTOR PRINCIPAL: Don Zorobabel Rodríguez.

DIRECTORES: Don Augusto Matte, don Félix Vicuña, don Melchor Concha y Toro, don Lauro Barros y don Domingo Matte.

SALE Á LUZ EL 1.° DE CADA MES CON UN CONTENIDO DE 80 PÁGINAS

OFICINA Y ADMINISTRACIÓN: Calle de la Compañía, 98-A, altos, entre Bandera Morandé.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Al año.	$	8.00
Número suelto.	"	0.70

Toda comunicación debe ser dirigida á

El Administrador,

Z. RODRÍGUEZ ROZAS

LIBRERÍA DE ARTES Y LETRAS

HUÉRFANOS, NÚMERO 25-D

Han llegado nuevas remesas de publicaciones europeas. Gran surtido de libros nacionales y extranjeros, Religión, Filosofía, Ciencias, Literatura y Crítica; Historia, Política y Jurisprudencia; Piedad y Controversia.

OBRAS NACIONALES DE RECIENTE PUBLICACIÓN

P. N. Cruz.—Pláticas Literarias.	$ 2.50
A. del Solar.—Huincahual.	0.80
A. Espiñeira.—Pena de la vida.	0.40
Juan R. Salas.—Prometeo encadenado. . . .	0.80
M. Poncelis, S. J.—Historia Literaria. . . .	3.50
Francisco de P. Ginebra, S. J.—Ética y Derecho Natural, en pasta.	1.50
J. T. Medina.—Cosas de la Colonia.	2.00
" " —Documentos inéditos sobre historia americana, tomos I, II y III, cada uno. .	5.00
Corona fúnebre de Carlos Pereira I.	1.00
E. del Solar.—Antonio.	2.00

Se admite cualquiera especie de comisiones y encargos á Europa, y suscripción á cualquier periódico ó revista del extranjero.

Buen surtido de artículos de escritorio, para dibujo y pintura. Precios muy bajos.

Devocionarios de todos precios y calidades.

Se atienden pedidos de provincias y del extranjero.

ESTA LIBRERÍA
ES AGENCIA DE LA "REVISTA DE ARTES Y LETRAS"

ANO VI Santiago, 1.° y 15 septiembre de 1890 N.os 147 y 148

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

PUBLICACIÓN QUINCENAL

SUMARIO. — El centenario del descubrimiento de América, por *La Redacción.* — Celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, por *Ramón Angel Jara.* — España. Acta de constitución de la Junta Nacional Central, organizadora de las fiestas para la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. — Colón (poesía), por *L. Barros Méndez.* — Los de Chile, por *Enrique Torres Saldamando.* — La libertad y el estado, por *J. Forbes.* — Huantemahu, por *Isidro Ossa.* — El uñetazo del diablo (continuación), por *Enrique del Solar.*

TOMO XVIII

SANTIAGO DE CHILE

OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, 39-B

1890

ADVERTENCIAS

Las composiciones que se nos remiten para insertar en LA REVISTA DE ARTES Y LETRAS, se someten á la aprobación de una comisión que las admite ó las rechaza, según sea su mérito.

No se devuelven manuscritos, aun cuando no se publiquen. Nuestra *única* contestación á los personas que los remiten, será publicar ó no sus artículos.

LA REVISTA dará cuenta en una sección especial de toda publicación nueva que se le remita.

Los Editores

REVISTA FORENSE CHILENA

LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA.—CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Director: Enrique C. Latorre

SEXTO AÑO DE ESTA PUBLICACIÓN

(1.º de junio de 1890 á 1.º de junio de 1891.)

Por cada número. . . . . $ 0.80
Por seis meses (seis números). ,, 4.60
Por un año (doce números) . . ,, 9.00

Aparece el día 1.º de cada mes. No se sirven otras suscripciones que las expresadas arriba, debiendo cubrirse su valor anticipadamente.

OFICINA: MONJITAS, 1-A. SANTIAGO

EL CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

La idea de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América surgió entre nosotros hace algunos años; pero hasta hoy no se había hecho nada positivo y concreto, á fin de realizar los muchos proyectos que se han insinuado no sólo en privado, sino también más ó menos públicamente, en diversas asociaciones literarias y científicas.

Felizmente, una institución que cuenta con prestigio y medios de acción suficientes para llevar á cabo la ardua empresa de hacer de la celebración del Centenario del descubrimiento de América, una fiesta digna del objeto que se persigue y del hecho que se conmemora, ha tomado sobre sí la tarea de dar vida, resonancia y esplendor á un suceso que interesa no sólo á todo un continente como el Nuevo Mundo, sino á las naciones todas de la tierra.

Una religión que ha dado nombre á la civilización verdadera, que ha impulsado á la inteligencia humana

en todos los tiempos y al través de todos los estorbos y dificultades para realizar grandes empresas, la religión cristiana, celebrará con el cuarto Centenario del descubrimiento de América una gloria que le pertenece: la del hombre valeroso y santo que descubrió el continente americano.

Una raza que ha sido dueña y símbolo de la civilización en todos los siglos y lugares, la raza latina, está interesada en dar realce y revestir de gloria y de grandeza á aquel hombre inmortal por quien se levantó un mundo de las aguas y se solucionó el problema de la redondez de la tierra.

No es extraño, pues, que las naciones todas de América, y en especial las de la América latina, se hayan propuesto celebrar honrosamente el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

El señor presbítero don Ramón Ángel Jara, Delegado de la diócesis de Concepción al Consejo General de la Unión Católica de Chile, fué quien propuso, en sesión de 19 de diciembre de 1888, la idea de que la Unión Católica organizara la celebración del Centenario que nos ocupa, exponiendo la manera de realizarlo. El Consejo acogió esta idea con unánime y entusiasta aprobración. Rogó al autor del proyecto que lo redactara por escrito y nombró de su seno una Comisión que lo estudiara detenidamente.

Por fin, el 24 de septiembre del año en curso, de 1890, previo el beneplácito del ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Santiago, el Consejo General de la Unión Católica acordó ejecutar el mencionado proyecto, empezando por nombrar, en conformidad á lo que en él se dispone, una Junta Organizadora del Cen-

tenario, la cual quedó compuesta de las personas siguientes:

PRESIDENTE HONORARIO

Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Santiago, doctor don Mariano Casanova.

MIEMBROS EFECTIVOS

Ilustrísimo Obispo Titular de Martyrópolis, doctor don Joaquín Larraín Gandarillas, Rector de la Universidad Católica de Chile.

Reverendo padre Antonio de Jesús Rodríguez, Provincial Franciscano.

Presbítero don Esteban Muñoz Donoso, Delegado de la Diócesis de Ancud al Consejo General de la Unión Católica.

Presbítero don Ramón Ángel Jara, Secretario General y Profesor de la Universidad Católica.

Presbítero don Rodolfo Vergara Antúnez, Vice-Rector de la Universidad Católica.

Señor don Carlos Riso Patrón, Ministro de la Corte Suprema de Justicia.

Señor don José Clemente Fabres, Senador de la República.

Señor don Luis Pereira, Senador de la República.

Señor don Manuel José Irarrázaval, Senador de la República.

Señor don Carlos Walker Martínez, Diputado al Congreso Nacional.

Señor don Ventura Blanco Viel, Diputado al Congreso Nacional.

Señor don Zorobabel Rodríguez, diputado al Congreso Nacional.

Señor don Abdón Cifuentes, ex-Ministro de Estado y profesor de la Universidad Católica.

Señor don Domingo Fernández Concha, ex-senador de la República.

Señor don Enrique De-Putrón, ex-diputado al Congreso Nacional.

Señor don Enrique Cueto Guzmán, miembro del Consejo General de la Unión Católica.

Señor don Luis Barros Méndez, profesor de la Universidad Católica.

Señor don Macario Ossa, ex-diputado al Congreso Nacional.

Señor don Manuel Fóster Recabarren, miembro del directorio del Círculo Católico.

Señor don Juan Enrique Tocornal, miembro de la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino.

***

Por la simple lectura del proyecto que se publica más adelante, podrán imponerse nuestros lectores, tanto de la idea capital ya enunciada, como de las medidas que se deben tomar para obtener el éxito anhelado.

Tiene este proyecto la ventaja, muy digna de tomarse en consideración, de haberse consultado en él un pensamiento acariciado también de tiempo atrás, como es el de estrechar las relaciones que es natural existan permanentemente entre los católicos americanos; y asociándolos á la celebración de este centenario, se habrán echado

los cimientos y la mejor base posible de una federación católica americana.

El concurso de los respetables caballeros que han sido nombrados para formar la junta organizadora, es una garantía de que esta obra obtendrá un éxito brillante.

Antes de terminar, no podemos menos de enviar al señor presbítero don Ramón Ángel Jara, autor del proyecto que hoy se publica, nuestros más calurosos aplausos por haber dado una forma nueva, armoniosa y hasta cierto punto de fácil realización, á la idea, por tantos acariciada, de celebrar dignamente el cuarto Centenario del descubrimiento de América por Colón.

La Revista de Artes y Letras acogerá en sus páginas todos los trabajos de índole literaria que hayan de publicarse, á fin de realizar el programa propuesto por el señor Jara.

La Redacción

CELEBRACIÓN

DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Señor Presidente y señores miembros del Consejo Jeneral de la Unión Católica de Chile

Los grandes acontecimientos y los grandes hombres no mueren con su siglo. La historia, como arca salvadora, los recoge para transmitirlos á las edades futuras, y cada generación que se levanta encuentra en ellos estímulo y lección. Por eso se inmortalizan en el mármol y en el bronce, en las leyendas de los pueblos y en la lira de los poetas.

En nuestro siglo, merced á los progresos del vapor y de la imprenta, que han acercado á las naciones y á los individuos, se ha encontrado un nuevo arbitrio para avivar esos recuerdos gloriosos y sacar de ellos fecundos resultados. Nuestra vida se cuenta por años; la de los héroes y la de los hechos extraordinarios, se cuenta por siglos. De aquí la celebración de los *centenarios*.

La Iglesia Católica que también cuenta sus días por siglos, ha sido la primera en conmemorar los centena-

rios por medio de esa alegría universal que se llama *Jubileo Santo*. Y á imitación de ella, los gobiernos y las instituciones han venido resucitando, con solemnes centenarios, aquellos acontecimientos que honran á los pueblos y aquellos personajes que han dado lustre á la religión, á las letras y á las armas.

*
* *

De entre los acontecimientos ligados á los pueblos americanos, ninguno merece más feliz recordación que el descubrimiento del vasto continente que habitamos, llevado á cabo, hace cuatro siglos, por el intrépido marino Cristobal Colón.

Grande entre los grandes sucesos, el descubrimiento de América no sólo ha sido el principio de nuestro carácter religioso, político y social, sino que influyó poderosamente en la vida de las naciones europeas.

Son tantos los beneficios acarreados á una buena parte de la humanidad por ese singular acontecimiento, y tantos los problemas que vienen por él solucionándose, que la presente generación americana se haría culpable de indolencia é ingratitud si no celebrara debidamente el cuarto centenario de ese fausto acontecimiento.

Las luchas titánicas de tres siglos y medio, sostenidas ora por los esforzados descubridores contra las razas salvajes que poblaban la América, ora contra los criollos para asentar el coloniaje, ora de cada uno de los pueblos americanos contra las metrópolis europeas para conquistar el lauro de la independencia, no permitieron jamás á nuestros mayores conmemorar el día feliz en que Dios desde el cielo, y Colón desde su barca, despertaron á la

América del sueño en que dormía, para recrear sus ojos con la luz de la civilización cristiana.

Hoy que la hija de Colón descansa de esas luchas y vive en estrecho abrazo con las naciones de Europa; hoy que la América disfruta de los tesoros que encierran la libertad y el progreso, es el momento de pagar por primera vez este triple tributo de gratitud á Dios, á la España y á Colón.

*
* *

Son los hijos de la América latina los que, ligados por una misma lengua, unas mismas costumbres y un mismo afecto hacia la España, están llamados á formar entre sí una especie de alianza, una generosa unión para celebrar solemnemente el cuarto Centenario del descubrimiento de nuestro continente. Dicha *Federación* tendrá por base la misma idea cristiana que dirigió en todas sus faces la grandiosa empresa que llevó á cabo el descubridor del Nuevo Mundo.

*
* *

De la hidalga nación española ha recibido la América latina tres imponderables beneficios: la *fe*, la *instrucción* y el *trabajo*.

Á la fe de los conquistadores españoles debemos la gloria de marchar por el camino que conduce á un reinado inmortal y de que nuestros pueblos tengan asiento en el banquete de la civilización.

Por medio de la enseñanza que lentamente se fué transmitiendo de la metrópoli á sus colonias, viene formándose una corriente de ilustración que, robustecida por la

libertad, ha de ser el rico patrimonio de la familia americana.

Y en la sangre vigorosa de la pujante sangre española, se esconde el secreto del tesón infatigable con que los pueblos americanos han logrado encarrilarse en la senda del progreso y cosechar los frutos de la riqueza nacional.

*
* *

En consecuencia, para que la primera celebración del descubrimiento de América corresponda, en cuanto sea posible, á la magnitud del suceso, es preciso que ella sea organizada de modo que simbolice el triple beneficio de la *fe*, de la *ciencia* y del *trabajo*, y que cuente con la cooperación de todos los hombres de fe de la América latina. Pues, sólo en el seno de nuestra Madre la Iglesia, se olvidan los límites de los pueblos y nos reconocemos todos por hermanos.

Como arriba se ha indicado, la celebración del Centenario que nos ocupa, después de dirigirse á Dios, supremo dispensador de todo bien, ha de ser una justísima ofrenda presentada á la noble España, cuya grandeza en el siglo XV la hizo digna de ser madre de un nuevo mundo, y á la memoria querida de Colón, instrumento providencial de esa empresa gigantesca.

Nada más natural que las humildes colonias creadas por España, al encontrarse hoy, después de cuatro siglos, con vida propia y abundante, presenten á la madre los frutos de *fe*, *ilustración* y *trabajo* que han sabido cosechar.

*
* *

Fundado en las consideraciones precedentes, y movidos por dos nobilísimos afectos, el de la Iglesia y el de mi Patria, tengo el honor de presentar al Consejo General de la Unión Católica de Chile, el mismo proyecto que de palabra formulé ante sus miembros en diciembre de 1888, y que hoy presento redactado en esta forma para obedecer á las reiteradas instancias del mencionado Consejo.

ARTÍCULO PRIMERO. La Unión Católica de Chile invitará á los católicos de la América latina á organizar una *Federación Católica Americana* con el objeto de celebrar el cuarto Centenario del descubrimiento de nuestro continente.

ART. 2.º Esta invitación y organización se hará por una junta compuesta de veinte personas que serán nombradas por el consejo general de la Unión Católica. Esta junta elegirá de su seno un presidente, dos vice-presidentes, dos tesoreros y dos secretarios.

El ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Santiago será presidente honorario de la citada junta.

ART. 3.º La junta organizadora solicitará la bendición del Santo Padre para sus trabajos, y se dirigirá á todos los reverendísimos metropolitanos de la América latina, comunicándoles este pensamiento y pidiéndoles que si él merece su aprobación, designen en sus respectivas provincias eclesiásticas una comisión directora de los trabajos que se proponga realizar la *Federación Católica Americana.*

ART 4.º Las comisiones nombradas arbitrarán en cada provincia eclesiástica los recursos necesarios para sufragar los gastos que demande la realización de los trabajos á que se refieren los artículos siguientes.

ART. 5.º Como un tributo de *fe*, la *Federación Católica Americana* hará que en el día 12 de octubre de 1892, fecha del cuarto Centenario del descubrimiento de América, en todas las Catedrales, y, si fuera posible, en las demás iglesias, se celebre una Misa solemne, como un reconocimiento del reinado social que corresponde á Nuestro Señor Jesucristo, Redentor y Restaurador del linaje humano.

Antes de la Misa se cantará la *Salve* y concluída aquélla se cantará el *Te-Deum:* la primera en memoria de la plegaria que, según la historia, dirigían por las tardes á la Madre de Dios los tripulantes de las carabelas descubridoras, y el segundo como un recuerdo del *Te-Deum* con que los conquistadores españoles dieron gracias al cielo al pisar la tierra americana.

ART. 6.º En las ciudades donde estuviera fundada la Unión Católica, ú otra institución análoga, se celebrará el mismo día 12, ó en aquel que se creyere más adecuado, una *Asamblea* destinada á commemorar el nacimiento de la América á la vida civilizada y á despertar el espíritu cristiano que meció su cuna.

ART. 7.º Como un tributo de *ciencia*, las Comisiones de los diversos países de la América latina abrirán certámenes literarios, para que sean premiadas las mejores obras que se presenten en prosa y en verso, en cada nación, con tal que se refieran á algún asunto del descubrimiento ó conquista de América.

Las Comisiones respectivas resolverán qué trabajos presentados al certamen serán publicados, á fin que de todos ellos pueda formarse una interesante colección.

ART. 8.º Como tributo de *industria*, la *Federación Católica Americana*, mediante el concurso pecuniario de

todas las Comisiones y la cooperación de las señoras americanas que hagan donación de algunas joyas, se hará trabajar con oro y piedras preciosas una valiosa corona.

Esta corona será ofrecida por la América latina á Su Majestad la Reina de España en agradecimiento de la corona de que se desprendió la Reina Isabel la Católica para costear el viaje de los descubridores españoles.

ART. 9.º La *Federación Católica Americana* practicará cuantas diligencias estén á su alcance para llevar á cabo la erección de un santuario sobre el mismo sitio en que murió Cristóbal Colón, consumido por la pobreza y por la ingratitud de los hombres.

Este sitio, que guarda la ciudad de Valladolid, se encuentra á la fecha, desgraciadamente, sirviendo á menesteres que desdicen mucho de la memoria veneranda de Colón.

ART. 10. La *Federación Católica Americana*, poniéndose de acuerdo con el ilustrísimo Obispo de Madrid-Alcalá, escogitará los medios de celebrar en la capital de España, en el mismo día 12 de octubre de 1892, un solemne *Te-Deum*, al cual asistirán delegados de las diversas secciones de la América latina. En esa festividad religiosa, que tendría lugar en alguno de los principales templos de Madrid, y á la cual se daría el esplendor posible, los delegados harían la presentación y entrega de las banderas americanas, á fin de que se conserven en el mismo templo como recuerdo del Centenario.

ART. 11. Los organizadores de esa fiesta religiosa verán si es posible realizar en Madrid una *Asamblea* análoga á la propuesta en el artículo 6.º para las principales ciudades de la América latina. La Asamblea de

Madrid cobraría mayor realce con el concurso de los esclarecidos ingenios que hoy, como siempre, prestan gloria á las letras españolas.

Si no fuera dado orillar las dificultades que se presentaran para la celebración de dicha Asamblea, sería de desear que, al menos, los delegados americanos, residentes en España, organizaran alguna reunión solemne en el histórico puerto de Palos, que tuviera por resultado práctico hacer alguna ofrenda á la Iglesia y á los pobres de aquella humilde ciudad, de donde zarparon las naves descubridoras.

ART. 12. Se remataría dignamente la celebración de este Centenario, si las Comisiones nombradas procuraran perpetuar la memoria de este acontecimiento, erigiendo en la respectiva capital de su nación algún monumento artístico ó alguna obra de instrucción ó de caridad cristianas.

RAMÓN ÁNGEL JARA

Santiago de Chile, 16 de mayo de 1890.

ESPAÑA

Acta de constitución de la Junta Nacional Central, organizadora de las fiestas para la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América.

En el salón de Recepciones de la presidencia del Consejo de Ministros, se reunieron á las tres de la tarde del día de la fecha, bajo la presidencia del Excmo. señor don Joaquín Jovellar, capitán general de los ejércitos nacionales y senador del Reino, los señores siguientes: don Juan Navarro Reverter, diputado á Cortes, como presidente en funciones de la Unión Ibero-Americana; don José Carvajal, ex-ministro de Estado y de Hacienda; don Gaspar Núñez de Arce, ex-ministro de Ultramar, senador del Reino y presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas; don Camilo Polavieja, teniente general y senador del Reino; don Emilio Arrieta, director de la Escuela de Música y Declamación; don Rafael María de Labra, diputado á Cortes y presidente de El Fomento de las Artes; señor conde de Morphy, secre-

tario de S. M. la Reina; don Francisco de la Pisa Pajares, rector de la Universidad Central; don Jovino García Tuñón, secretario del Senado; don Joaquín Angoloti, senador del Reino y presidente de la Cámara de Comercio de Madrid... *(Siguen muchos nombres.)*

Abierta la sesión, se dió cuenta de las cartas dirigidas al señor Presidente adhiriéndose á los acuerdos que se tomen, suscritas por los señores que á continuación se expresan: don Manuel Ruiz de Quevedo, en representación de la Asociación para la enseñanza de la mujer; don Vicente Riva Palacio, representante de los Estados Unidos de Méjico... *(Siguen muchos nombres.)*

Uno de los secretarios que suscriben dió lectura á los acuerdos tomados por la Junta Directiva de la Unión Ibero Americana, relativo á la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América, en vista de los que se acordó someter á la sanción de la Asamblea los siguientes:

1.º Aprobación del programa redactado por dicha Junta Directiva para las fiestas del Centenario.

2.º Constituir la Junta Nacional á la que el mismo programa se refiere, nombrando presidentes honorarios de ella al Presidente del Consejo de Ministros y al señor duque de Veragua, descendiente de Colón; presidente efectivo al Excmo. señor don Antonio Cánovas del Castillo; vicepresidentes á los presidentes de las Comisiones que se nombren; tesorero, al cajero del Banco de España; contador, al del Banco Hipotecario; delegado ejecutivo, al de la Unión Ibero-Americana; vocales, todos los concurrentes á la sesión de este día y los que se adhieran á los acuerdos de la misma, y secretarios á los señores don Juan Valera y don Facundo Reaño, que

lo son de la comisión nombrada por el gobierno de S. M. en 28 de febrero de 1888, y don Jesús Pando y Valle y don Pedro Govantes, dos de los cuatro primeros iniciadores de la Unión Ibero-Americana.

3.º El nombramiento de quince comisiones con estos títulos:

De Hacienda.
De Propaganda.
De Exposición Universal.
De Guerra y Marina.
Artística.
De Monumentos.
De Solemnidades académicas y religiosas.
De Congresos internacionales.
Científica.
Internacional.
De Literatura y Prensa.
De Exposición comercial permanente.
De Festejos.
De Ornato y expediciones artísticas, y
Ejecutiva.

Acto seguido, el señor Presidente abrió discusión sobre dichos puntos, invitando á los señores que lo deseasen á hacer uso de la palabra, y así lo verificaron el señor Navarro Reverter, Angoloti, Girona, Marcoartú, Muniesa, San Martín, Pérez de Soto, Valero de Tornos, Laá y Rute, marqués de Zafra, Labra, y nuevamente el señor Navarro Reverter, pronunciando los discursos que, tomados taquigráficamente, se acompañan impresos á esta acta. Teniendo en cuenta lo expuesto por dichos

señores, y en atención á las manifestaciones de muchos de los reunidos, de que se tomasen acuerdos definitivos sobre los diversos asuntos para que habían sido congregados, el señor Presidente preguntó á los concurrentes si consideraban oportuno declarar constituída la Junta Nacional, organizadora de las fiestas del Cuarto Centenario del descubrimiento de América, y aprobar los acuerdos leídos al principio de la sesión, y por unánime aclamación se acordó declarar constituída dicha Junta y aprobar los repetidos acuerdos.

Apreciando el señor Presidente la conveniencia de ejecutar inmediatamente alguno de los acuerdos expresados, manifestó á la reunión la oportunidad de designar una comisión nominadora que propusiera las personas que deberían formar parte de las comisiones, y se convino en autorizar al mismo señor Presidente para que nombrase los individuos de dicha comisión nominadora, é indicó en el acto á los señores don José Rodríguez Benavides, don Jovino García Tuñón, don Carlos Prats, don Angel Laso de la Vega, don Miguel Bala y los dos secretarios que suscriben.

Suspendida la sesión ínterin deliberaron los referidos señores, á las cinco y media se reanudó, y concedida la palabra al señor García Tuñón, dió lectura de la siguiente lista de Comisiones.

1.ª—Comisión de Hacienda

Presidente.—Señor don Juan Francisco Camacho.

Vicepresidente.—Señor don Juan Navarro Reverter.

Vocales.—Señor marqués de Comillas, señor don Jovino García Tuñón, señor don Manuel Ibáñez, señor

don Justo Zaragoza, señor don Manuel Fernández del Valle, señor don Manuel Girona y señor don Joaquín Angoleti.

Secretario.—Señor don Isidoro Barrado.

2.ª—Comisión de Propaganda

Presidente.—Señor don Raimundo Fernández Villaverde.

Vicepresidente.—Señor don Arturo de Marcoartú.

Vocales.—Señor don Florencio Fiscowich, señor don Manuel Isidro Osío, señor don Ricardo Pérez de Soto, señor don Miguel Bala y señor don José María Gómez.

Secretario.—Señor don Feliciano Rodríguez.

3.ª—Comisión de Exposición Universal

Presidente.—Señor don Germán Gamazo.

Vicepresidente.—Señor don Eusebio Paje.

Vocales.—Señor don Mariano Monasterio, señor don José Alonso de Beraza, señor don Apolinar de Rato, señor don Eduardo Bermúdez Caparrós y señor don Manuel Zapatero.

Secretario.—Señor don José Jordana y Morera.

4.ª—Comisión de Guerra y Marina

Presidente.—Señor don Arsenio Martínez Campos.

Vicepresidente.—Señor don José María Beranger.

Vocales.—Señor don Camilo Polavieja, señor don Arsenio Linares, señor don Nazario Calonje, señor don

Arístides Sáenz de Urraca, señor don José Iriarte y señor don Antonio Muñoz.

Secretario.—Señor don Eduado D'Ozouville.

5.ª—Comisión Artística

Presidente.—Señor Duque de Mandas.

Vicepresidente.—Señor Conde de Morphy.

Vocales.—Señor don Federico de Madrazo, señor don Faustino Rodríguez San Pedro, Señor don Emilio Arrieta, señor don Mariano Benlliure y señor don Julián de Soto y Morillo.

Secretario.—Señor don Carlos Franquelo.

6.ª—Comisión de Monumentos

Presidente.—Señor don Francisco Silvela.

Vicepresidente.—Señor don Eduardo Saavedra.

Vocales.—Señor don Jerardo Neyra Flores, señor Baron de Sangarren, señor don Ricardo Velázquez, señor don Tomás Aranguren y señor don Justo Gandarias.

Secretario.—Señor Conde de las Navas.

7.ª—Comisión de Solemnidades académicas y religiosas

Presidente.—Señor don Alejandro Pidal y Mon.

Vicepresidente.—Señor Marqués de Serralbo.

Vocales.—Señor don José María Barnuevo, señor don Gaspar Fernández Zunzunegui, Reverendo padre fray Toribio Minguella y señor don Luis González Suescun.

Secretario.—Señor don Juan Fernández Castro y Hevia.

8.ª—Comisión de Congresos internacionales

Presidente.—Señor don José de Carvajal.

Vicepresidente.—Señor don Gaspar Núñez de Arce.

Vocales.—Señor don Francisco Pisa Pajares, señor don Antonio Maura, señor Marqués de Zafra, señor don Bernardo Portuondo, señor don Antonio San Martín y señor Marqués de Seoane.

Secretario.—Señor don Fernando Roca de Togores.

9.ª—Comisión Científica

Presidente.—Señor don José Echegaray.

Vicepresidente.—Señor don Alberto Bosch.

Vocales.—Señor don Ricardo Moragas, señor don Francisco Botella, señor don José Rodríguez Benavides, señor don Ricardo Becerro de Bengoa, señor don Mariano de la Paz Graells y señor don Gabriel de la Puerta.

Secretario.—Señor don José Pando y Valle.

10.—Comisión Internacional

Presidente.—Señor Marqués del Paso de la Merced.

Vicepresidente.—Señor don Rafael María de Labra.

Vocales.—Señor don Ángel Ruata, señor Vizconde de Campo Grande, señor don Antonio Vázquez y López Amor, señor don José Ruiz Gómez y señor don Nilo María de Fabra.

Secretario.—Señor don Manuel Pastor y Mora.

11.—Comisión de Literatura y Prensa

Presidente.—Señor don Carlos Navarro y Rodrigo.

Vicepresidente.—Señor don Marcelino Menendéz Pelayo.

Vocales.—Señor Marqués de Santa Ana, señor don Enrique Hernández, señor don Joaquín Maldonado Macanaz, señor don Mariano Aráuz y señor don Juan Valero de Tornos.

Secretario.—Señor don Salvador Canals.

12.—Comisión de Exposición comercial permanente

Presidente.—Señor Presidente del Círculo de la Unión Mercantil.

Vicepresidente.—Señor don José de Cárdenas.

Vocales.—Señor don Eduardo Echegaray, señor don Luis Cabello y Aso, señor don Carlos Prast, señor don Nicasio Suárez Llanos, señor don Sergio Suárez y señor don Emilio Núñez de Couto.

Secretario.—Señor don Carlos Federico de Castro.

13.—Comisión de Festejos Populares

Presidente.—Señor don Francisco Romero Robledo.

Vicepresidente.—Señor don José Fontagaud Gargollo.

Vocales.—Señor don Santiago de Vandewalle, señor don Ángel Laso de la Vega, señor don Felipe Ducazcal y señor don Ramón García Galvan.

Secretario.—Señor don Salvador Almer D'Ocón.

14 —Comisión de ornato y expediciones artísticas

Presidente.—El Alcalde de Madrid.

Vicepresidente.—El Vicepresidente de la Diputación Provincial de Madrid.

Vocales.—Señor don Benito Rolland, señor don Pedro Pastor y Landero, señor don Juan Sisay, señor don Román de Láa y Rute, señor don Celedonio Rodrigáñez, señor don Salvador Peris Mencheta, señor don Augusto Suárez de Figueroa, señor don Camilo Pozzi y señor don José de Santos y Fernández Laza.

Secretario.—Señor don José Maluquer y Salvador.

15.—Comisión Ejecutiva

Presidente.—El de la Junta Nacional Central.

Vicepresidentes.—El Presidente y primer Vicepresinente de la Unión Ibero-Americana.

Vocales.—Los Diplomáticos americanos acreditados en Madrid; dos en representación del Gobierno, designados por éste; dos del Consejo de la Unión Ibero-Americana; dos de la Junta Directiva de la misma; dos individuos de la Comisión nombrada por Real decreto de 28 de Febrero de 1888; el Delegado Ejecutivo de la Junta Nacional Central; el Presidente del Círculo de la Unión Mercantil; y el de la Cámara de Comercio.

Tesorero.—El de la Junta Nacional Central.

Contador.—El de la misma.

Secretarios.—Los dos de menor edad de la Junta Nacional Central.

Sin discusión y por unanimidad fué aprobada la anterior propuesta, y se acordó que una vez constituída la Comisión Ejecutiva, designe, si lo cree oportuno, las demás Comisiones y subcomisiones que considere necesarias, dando cuenta á la Junta Nacional cuando se reuna.

El señor Marcoartú propuso á la Asamblea se otorgara un voto de gracias al señor Jovellar como Presidente de la misma, y así se acordó por unanimidad y con aplauso de todos los concurrentes.

Á las seis y media se levantó la sesión.—Madrid, 25 de mayo de 1890.—Joaquín Jovellar.—J. Navarro Reverter.—Protasio G. Solís.—Conde de las Navas.—Carlos Franquelo.

Discurso del señor Navarro Reverter en la sesión de que se da cuenta en el acta anterior

Señores:

La ausencia obligada, por causa tristísima de enfermedad, del ilustre señor Presidente del Consejo de Ministros y la ausencia, también obligada, de nuestro muy querido Presidente de la Unión Ibero-Americana, señor Cancio Villaamil, han impuesto al dignísimo general Jovellar, que lo es del Consejo de la Sociedad, el deber de presidir esta reunión, y me imponen á mí la obligación de manifestaros, aunque sea brevemente, el objeto y los propósitos que aquí nos congregan; con lo cual, á la pena que nos causa la ausencia de aquellas dos ilustres y distinguidas personalidades, tendréis que añadir vosotros la molestia de escucharme y yo el sentimiento de que mi desaliñada expresión no corresponda á vues-

tros merecimientos, ni mucho menos á la altura y á la grandeza del objeto que nos reune. Sírvame de disculpa la consideración de que obedezco á requerimientos imperiosos del deber, y sírvame de aliento la esperanza de que vuestra bondad, siempre generosa, suplirá mis reconocidas deficiencias.

Se trata, señores, todos lo sabéis, de un objeto grande y patriótico. Se aproxima con la velocidad abrumadora de los tiempos, una fecha que recuerda uno de los acontecimientos más memorables que registra en sus accidentadas páginas la cronología universal. Si el día 12 de octubre de 1492 aparecieron ante el mundo conocido las grandezas y maravillas de un mundo nuevo, la gloria es sólo de España, á España exclusivamente pertenece. Burlado, desatendido ó desdeñado en las Cortes y pueblos extranjeros el insigne navegante genovés, sólo en España halló el corazón generoso de una Reina grande entre las más grandes; sólo en España halló el auxilio inspirado del insigne padre Marchena; sólo en España halló el esforzado ánimo de los Pinzones, y los entusiasmos inextinguibles de un pueblo que, después de haber luchado durante siete siglos para reconquistar su altiva independencia, se lanzaba ahora á luchar con lo desconocido para dilatar la Patria hasta los confines del Atlántico y asegurar á España la inmortalidad en la historia del mundo. *(Bien, muy bien.)*

Esta sola consideración bastaría para que todos nosotros, españoles y patriotas, nos sintiéramos obligados á conmemorar una fecha tan memorable de nuestra historia. Pero hay otras muchas, porque este acontecimiento no se refiere sólo á España, sino que es un acontecimiento del dominio de la humanidad entera.

De la misma manera que la imprenta, convirtiéndose en vehículo universal del pensamiento humano, transformó el mundo de la inteligencia, de la misma manera que el vapor, convirtiéndose en vehículo universal de la materia, transformó el mundo material, así también el descubrimiento de América transformó la existencia y alteró el equilibrio de las viejas sociedades, y dió nuevas condiciones á la vida social del planeta en la Edad moderna. Por eso todos los pueblos civilizados, absolutamente todos, se aprestan á solemnizar con grandes festejos seculares este gran suceso de la historia universal, porque así todos ellos consideran, y lo consideran con razón, que esta es la fiesta simbólica y cosmopolita de la paz y del progreso.

En este concierto de preparativos y en este movimiento de las naciones, todos reconocen á España el derecho de ocupar el sitio preferente, el puesto de honor, en la conmemoración del grande acontecimiento; y, señores, sería triste por todo extremo, y sería deplorable que España no aprovechara esta excepcional ocasión y no aceptara el puesto á que tiene derecho y que no la disputan, sino que, por el contrario, la brindan todas las naciones del globo.

Si España no aprovechara estas circunstancias, demostraría culpable menosprecio á su gloriosa historia, rasgaría de un golpe todo su pasado y sus heroicas tradiciones, y se cerraría con ello las puertas del porvenir. Si por mezquindades cobardes, que de seguro no alientan en ningún corazón español, si por circunstancias que yo no podría ni concebir (porque no las concibe ningún buen patricio), no solemnizáramos nosotros como debemos esa gran fecha que nos coloca hoy á la cabeza

de las corrientes del progreso del mundo, ¡ah! entonces nosotros echaríamos una mancha indeleble sobre toda nuestra brillante historia; nosotros suscribiríamos la patente de nuestra propia degradación, y la España moderna, desprendida de la granítica cordillera que la liga á la Europa, atravesaría el Estrecho de Gibraltar para ir á encallar, envilecida, en las vecinas playas africanas. *(Muy bien; muy bien. Grandes aplausos.)*

Pero esto no hay que temerlo; no sucederá. Bien es posible que no consigamos llegar, y de seguro no llegaremos, hasta donde los vuelos de nuestros deseos nos llevarían; bien es posible que nosotros no podamos imitar, (y de seguro no imitaremos, aunque nos sobran entusiasmo y ardiente deseo), esos grandes ejemplos de esplendideces deslumbradoras y de opulencias que nos dan los Estados Unidos, suscribiendo en un momento un empréstito de diez millones de duros para la Exposición de Chicago; pero aquí hay algo, y no sólo algo, sino mucho; hay algo de nuestra patria que no se puede comprar con todo el oro de los placeres de California; tenemos algo que no se puede adquirir con toda la plata de los cerros del Potosí; y ese algo, y ese mucho, ha de ser la base y el fundamento de todos los festejos, formales y serios, sí, de esa conmemoración, festejos acaso modestos, pero grandiosos dentro de su modestia, como cumple á la grandeza misma de un pueblo que durante muchos siglos tuvo en sus manos los destinos de la humanidad. *(Muy bien; muy bien. Nuevos y prolongados aplausos.)*

Salamanca y La Rábida, Santa Fe y Palos de Moguer, Valladolid y Barcelona: ahí tenéis encerrado el teatro de la grandiosa epopeya; y apenas si habrá un

solo pueblo en toda la vieja Iberia, lo mismo en Portugal que en España, que no haya dado alguno de sus hijos para enriquecer el contingente espléndido y hermosísimo de aquellos intrépidos guerreros y navegantes, de aquellos sabios geógrafos y expertos marinos, de aquellos astrónomos y de aquellos héroes, que rompiendo los misterios del grande Océano, abarcaron toda la redondez de la tierra con sus descubrimientos y poblaron el nuevo continente, desde la América boreal hasta el cabo de Hornos.

Pues bien, señores: con todos estos elementos que nosotros tenemos (porque aquí está y no hay que olvidarlo, la casa solariega de la América latina); con todos estos elementos que recuerdan razas que fueron, civilizaciones que pasaron; que significan algo que, repito, no se puede adquirir ni comprar, (porque es la tradición, y la tradición, la historia de cada pueblo, no es mercancía), con todo esto que nosotros tenemos y con los elementos que nuestros sacrificios proporcionen y aquellos recursos que las combinaciones modernas del crédito nos puedan dar, con todo esto sumado, es muy posible que logremos conseguir, si todos aunamos nuestras fuerzas, que España se revele una vez más vigorizada y grande, dando al mundo la agradable é inesperada sorpresa de un pueblo que vive al final del siglo XIX, con las mismas poderosas energías con que vivía cuando en sus tiempos de esplendor dominaba el mundo conocido. *(Muy bien; muy bien. Aplausos.)*

Recursos los habrá ¿no los ha de haber? por ley natural, por ley de necesidad, por ley lógica del mismo egoísmo á que tanto culto rinden las sociedades modernas; porque no sólo nos impele á solemnizar esa fecha gloriosa

de nuestra historia el decoro nacional, lo que si no os pareciera demasiado fuerte podríamos llamarla *vergüenza nacional*, no es sólo este nobilísimo sentimiento, aunque él sólo bastara para reclamar de nosotros todos los sacrificios imaginables; no es sólo esto; es nuestro propio interés, es el interés y la conveniencia de la raza española, es el convencimiento de que por este camino podemos abrir nuevas vías al engrandecimiento y á la prosperidad de la patria.

Y si no, reflexionadlo. Diecisiete naciones viven al otro lado de los mares, desenvolviendo su vida y su riqueza en aquellas encantadas tierras, y esas diecisiete naciones están creadas por España. Todo nos es común; su sangre es nuestra sangre; su raza es la nuestra; su religión es nuestra religión; su historia es nuestra historia; su habla es la hermosa habla castellana; su peso y su medida los nuestros son; todos los caracteres etnológicos, todas aquellas condiciones que constituyen las grandes unidades de la creación, lo que ata con lazos más fuertes ciertos grupos de la humanidad; todo eso, origen, raza, creencias, vicios y virtudes, el idioma para cambiar los pensamientos, la moneda para cambiar los productos, todo es igual y todo es común, todo nos impele á abrazarnos á través de los mares, todo nos inclina á fundirnos en una poderosa confederación de intereses, lo mismo en las prosperidades que en las desgracias.

Pero las pasiones y los errores de los hombres, contrariando las leyes de la naturaleza, nos han conducido á un grado tal de alejamiento, que apenas si los americanos, hijos de los españoles; que apenas si los españoles, hoy sus hermanos, apenas si nos conocemos, apenas si nuestras relaciones comerciales están representadas por

cifras afrentosas que son el proceso de nuestra política mercantil con la América española.

De los 3,400 millones que forman el comercio exterior de las naciones hispano-amaricanas, apenas si nosotros participamos de setenta miserables millones de pesetas. ¡Qué mengua!

Ved si es providencial para nosotros este acontecimiento del centenario de Colón, por el cual podemos favorecer el vivo deseo y el común interés de estrechar nuestras relaciones con los pueblos hispano-americanos; ved cómo todos aquellos sentimientos del honor que nos impelen á celebrar esa fecha, se unen con el sentimiento del interés, móvil poderoso de las sociedades modernas, y ved cómo de esa unión puede resultar algo grande que venga á realizar el restablecimiento de los antiguos prestigios de nuestra patria, y la prosperidad que merecen aquellos pueblos americanos por su honradez y por su trabajo, que ya comienza á producir en ellos pingües frutos.

Todos vosotros sabéis que después de las crudas luchas intestinas que han sufrido (¿cómo no las habían de padecer, si al fin son españoles y conocen la palabra "pronunciamiento"?); después de esas crudas luchas intestinas, dedicados ahora, con fe y con ahinco, á la vida del trabajo, á la vida de la producción y del progreso, se han revelado en la última Exposición Universal de París con un esplendor, con un poderío, con una pujanza, que ha asombrado al mundo; y en aquella metrópoli universal del trabajo, para desmentir á los pocos que suponían ciertos recelos en los ibero-americanos hacia nuestra España; que no creían en los sentimientos de fraternidad y de cariño hacia nosotros, todos los representantes de

los nobles pueblos americanos, que han considerado siempre á España como su vieja madre patria..., allí mismo, y con toda espontaneidad, nos han dado tales y tan repetidas muestras de público aprecio y de cariño, que yo he tenido la suerte de recoger esas palpitaciones vigorosas de sus nobles pueblos en favor de España, y las he depositado en la Unión Ibero Americana, como germen de futuras y aun próximas prosperidades para toda la raza española de ambos continentes.

Pues bien; si á esta idea utilitaria, que al lado de la otra idea puramente noble y generosa, propia de la hidalguía española, nos obliga más á solemnizar con todas nuestras energías y nuestros medios tan gloriosa fecha, se une otra circunstancia que no debemos olvidar, las ventajas inmediatas, tangibles, que todos los elementos productores de la nación alcanzarían; todos vosotros sabéis la grande influencia que estas fiestas universales del trabajo tienen en la civilización y en el progreso de los pueblos, y vivas están aún (y yo me felicito de ver entre nosotros al señor Girona, que tanta parte ha tomado en el acontecimiento de que voy á hablar) las huellas de la prosperidad, de los grandes beneficios, de las corrientes de relaciones internacionales y de las vivas simpatías que abrió para España la memorable Exposición Universal de Barcelona. No debemos permitir que se borren esas huellas sin llamar de nuevo sobre España la atención del mundo, celebrando unos nuevos festejos, en los cuales se enlacen el respeto á la tradición y el amor al trabajo.

Tal es, señores, y de tanta importancia puede ser para España, rápida, breve y desaliñadamente desenvuelta, la conmemoración del grande acontecimiento.

El gobierno de la nación no podía, celoso de sus deberes como es, permanecer extraño á este movimiento, y con gran celo y patriotismo nombró una comisión oficial para organizar ciertos festejos, á la cual asignó algunos recursos en la medida que consiente la situación angustiosa y angustiada de nuestra hacienda pública. Pero, señores, la grandeza de este empeño rompe los moldes en que suelen vaciarse los actos oficiales, y si han de tener los festejos toda aquella grandeza, majestad y entusiasmo que merecen, respondiendo al objeto que los motiva, es preciso que se asocien todas las clases de la sociedad, lo mismo las clases aristocráticas que el elemento popular; porque encerrados en la fría etiqueta oficial, limitados á los tristes recursos del entusiasmo de oficio, se convertiría en una de tantas fiestas ordinarias como pasan sin dejar huellas provechosas tras de sí. Por eso, aplaudiendo como aplaudimos todos (y la Sociedad Ibero Americana es la primera que se ha creído en el deber de hacerlo) la noble y generosa iniciativa del Gobierno, que hace lo que puede hacerse en las circunstancias actuales; aplaudiendo mucho su patriotismo, aplaudiendo todo cuanto ha intentado, y desde luego aceptando con gratitud todo cuanto proponga la comisión oficial, la Unión Ibero Americana entiende que es preciso hacer algo más fuera de las esferas oficiales. Entiende que es preciso sumar á tan valiosos elementos el espíritu individual y las iniciativas colectivas. Entiende que es preciso acudir al uso racional del crédito, á las combinaciones financieras modernas, sin las cuales nada fructífero y grande puede hacerse en los tiempos actuales; entiende que debemos llamar á las puertas de los elementos productores para favorecerlos, y entiende que debemos

congregar todas las fuerzas vivas del país, sin cuyo concurso efectivo es absolutamente imposible en los tiempos que alcanzamos celebrar sucesos y rendir culto á las glorias históricas con el esplendor y majestad de que nos dan ejemplo las grandes fiestas del progreso humano en los pueblos modernos.

Para lograr el objeto, alguien debía tomar la iniciativa; pero el tiempo transcurría y nadie la tomaba. La sociedad Ibero Americana, creada hace cinco años con el grande, noble y patriótico propósito de estrechar nuestras relaciones con los pueblos hispano americanos; la sociedad Ibero Americana, cuyos trabajos repercuten ya en toda la América en más de ochenta centros y comités que tiene formados, y que todos ellos, justo es decirlo, han sido acogidos y secundan sus trabajos con entusiasmo sin límites; la sociedad Ibero Americana, que acaba de sumar, á sus grandes y valiosos medios, los elementos internacionales de la Unión Hispano Americana, que en París firmaron el convenio de 7 de septiembre último; la sociedad Ibero Americana se creyó obligada, por su historia y por sus fines, á tomar la iniciativa y á convocar á esta reunión, claro es que de acuerdo con la aquiescencia y con la aprobación explícita del Gobierno, de lo cual nadie podrá dudar por el recinto mismo en que estamos reunidos y congregados.

La sociedad Ibero Americana os agradece, pues, señores, por mi humildísimo conducto, la bondad que todos vosotros, representantes de las fuerzas vivas del país, habéis tenido en acudir á su llamamiento.

Pero, señores, entiende la sociedad Ibero Americana que aquí no deben existir monopolios para realizar la obra patriótica; entiende la sociedad que el empeño es

completa y exclusivamente nacional; á realizarlo han de contribuir absolutamente todos los elementos nacionales, y cree que todos ellos (como acaba de leer en el extracto del acta el señor secretario) deben fundirse en una gran Junta Nacional Central, que desde luego podréis constituir todos vosotros los presentes; los representados, que han manifestado su adhesión, ó los que al pensamiento se adhieran. Porque, señores, cuantas más energías, cuantas más inteligencias, cuanta mayor suma de medios y de elementos reuna la gran Junta Nacional Central, tanto más brillantes habrán de ser los resultados, pues tan grandes son la obra y el objeto, que gloria y trabajo habrá para todos los que quieran contribuir á esta patriótica empresa.

Tal es, señores, el pensamiento de la sociedad; pero como después, para los efectos materiales y prácticos de toda acción, se necesita subdividir el trabajo, esta Junta, si así lo aprobáis, se dividirá en comisiones especiales, cada una de las cuales estará encargada de un objeto determinado; y como se necesita al mismo tiempo que toda la acción de esas comisiones se concentre para que el pensamiento tenga la debida unidad, se creará una comisión ejecutiva que realice lo que vosotros acordéis.

Y ved, señores, cómo de este modo se completa el organismo.

Hay un cerebro que piensa, que son las comisiones especiales; hay un poder que aprueba y decreta, que es la Junta Nacional, y hay después un brazo que realiza lo que vosotros decretéis, que es la Comisión Ejecutiva.

Bien comprendo que la tarea es larga y el tiempo corto; por eso conviene tanto no perder el tiempo que se necesita emplear en la tarea, porque después de esta

Junta Nacional Central se han de organizar todas las Juntas de provincias; se ha de llevar la idea al otro lado de los mares para que nuestros hermanos vengan á ayudarnos, como lo están deseando, y así, fundidos todos en una común aspiración, sumados todos los elementos, es solamente como podremos realizar tan grande obra, que yo entiendo (quizá la pasión me haga juzgar exageradamente y con error) que yo entiendo que es una de las más útiles en su linaje que podemos acometer en nuestra vida contemporánea.

Aquí tenéis, señores, malamente explicado, el esqueleto del pensamiento; á vosotros corresponde embellecerle, darle vida y animarle; á vosotros os corresponde la gloria de ejecutar la obra de dignidad y de provecho nacional que la Unión Ibero Americana inicia; homenaje de respeto al insigne Colón, en el cual se encarnan la fe y la constancia; y tributo de admiración á las heroicas virtudes de nuestros antepasados, cuyas grandes epopeyas del descubrimiento y de la conquista de América fueron para la España antigua manantial de glorias, y podrán ser fuente copiosa de prosperidad para la España moderna. *(Aplausos. Bravo; muy bien.)*

Yo me atrevo, señores, á traducir estos lisonjeros aplausos como aprobación de la idea, como una aquiescencia al pensamiento; y desearía que estos sentimientos tuvieran manifestación explícita aquí, para ello, y por no aludir á todos, tan apasionados de la idea como yo, aludo muy especialmente á aquellos americanistas cuyos trabajos ya conocemos y que nos honran con su presencia, como los señores Marcoartú, Zaragoza, Labra, Angoloti, Valero, de Tornos, los representantes del Comercio, de la Industria y de las Artes, al digno señor

Muniesa, Presidente del Círculo de la Unión Mercantil, al señor Girona y á todos aquellos que quieran añadir una palpitación de entusiasmo ó una observación, que será ilustrada y digna de atención, y quieran unir su voz á la débil mía, para darle toda aquella autoridad de que carece. *(Muy bien, muy bien).*

COLÓN

Sufrió el dolor del corazón humano
que batalla entre el odio, la amargura,
el amor, la pobreza y la tortura
de ambicionar un imposible arcano.

Como la luz del astro soberano,
sus pensamientos, en la noche oscura
caían á lumbrar con viva y pura
luz el oculto mundo americano.

El almo sol luchando con la sombra
enciende auroras en el vasto cielo;
así su genio, que á la tierra asombra,

es sol de un mundo, al levantar el velo
que á la virgen América escondía
aguardando la luz de un nuevo día.

L. Barros Méndez

Santiago, 19 de octubre de 1890.

LOS DE CHILE

No sólo á los leales del adelantado Diego de Almagro, después de la derrota de éste en las Salinas el 12 de abril de 1538, se llamó *Los de Chile*, en el Perú, sino doscientos años más tarde, á algunos personajes de la aristocracia del virreinato que, vasallos sumisos de su majestad el rey de España, sirvieron fielmente á su autoridad y no turbaron como aquéllos la paz y la concordia entre los súbditos.

El 8 de julio de 1730 fué asolada la ciudad de Concepción de Chile por un formidable terremoto, acompañado de inundaciones del mar, que destruyeron casi cuanto había podido resistir á la intensidad de aquél. El obispo don Francisco Antonio de Escandón, en carta de 20 de agosto dirigida al rey, relaciona minuciosamente la catástrofe, y don Diego Barros Arana lo hace igualmente en el tomo VI de su *Historia general de Chile*.

El gobernador del reino, don Gabriel Cano de Aponte, procuró aliviar en cuanto las circunstancias lo permitieron, la aflictiva situación de los damnificados; pero los

auxilios que se allegaron no fueron tantos que los edificios públicos pudiesen restaurarse.

Se arbitraron diversos expedientes para salvar la situación sin que ninguno de ellos rindiera los productos bastantes al objeto. Mientras tanto, transcurría el tiempo sin arribar á una solución satisfactoria.

Á Cano de Aponte sucedió en el mando el general don José Manso de Velasco, quien, con particular interés, procuraba el mayor provecho posible á la colonia.

Habíase acordado, desde el gobierno de su antecesor, fundar nuevas poblaciones á fin de reducir en ellas á los naturales que vivían diseminados en los campos y facilitar la conquista del territorio sometido aún á los indios de guerra. Con una actividad sorprendente logró Manso hacer efectivos los proyectos de Cano, y los Ángeles, Cauquenes, Talca, San Fernando, Melipilla, Rancagua, Curicó y Copiapó fueron el resultado de sus esfuerzos.

Entre los arbitrios procurados por Manso, fué uno la venta de títulos de nobleza. La autorización para esto se demandó en la corte por el doctor Tomás de Azúa Iturgoyen que estaba allí como procurador del reino. El 5 de abril de 1744 concedió el rey la facultad que se pedía, aumentando la gracia de dos títulos más de los cuatro solicitados por el procurador.

Cuando se tuvo en Chile noticia de aquella merced, regía la diócesis de Concepción el doctor don Felipe de Azúa, quien deseando volver á su catedral el esplendor perdido con el terremoto de julio, pidió también al monarca facultad para beneficiar algunos títulos, aplicando su producto á este fin. Consiguióse la gracia cuando ya ocupaba la silla episcopal el doctor don José de Toro Zambrano, quien en 1745 reemplazó á aquél, y que, á su

vez, sostuvo la pretensión de su predecesor. En cédulas de 30 de abril y 14 de septiembre de 1747 y 9 de julio de 1748 se autorizó al obispo para conceder cuatro títulos de Castilla. Éstos, lo mismo que los otorgados para las nuevas poblaciones debían adquirirse por veinte mil pesos de contado, pero libres perpétuamente del pago de derechos de lanzas y media annata.

Sea porque los atrasos sufridos por los propietarios á causa de la ruina de las poblaciones, ó poco interés por adquirir esos distintivos tan apreciados por entonces, el gobernador no encontró quien quisiera adquirir ninguno de los seis destinados á los nuevos pueblos; y esto que el rey había autorizado á dicho gobernador para tomar para sí cuatro mil pesos por cada uno de los títulos que colocase. Remitiéronse á Lima y allí, con poco esfuerzo, se llenaron los nombramientos.

El 25 de agosto de 1745 se convirtieron don Diego Quint y Reaño, en marqués de San Felipe el Real; don Gaspar de Velarde y Ceballos, en conde de Torre Velarde; don Pedro Ortiz de Foronda, en conde de Valle Hermoso; don José Llamas, en marqués de Mena Hermosa; don Isidro Gutiérrez de Cossio, en conde de San Isidro y don Juan Antonio Tagle Bracho, en conde de Casa Tagle; seis titulados más que aumentaron la larga serie de los que ya tenía el virreinato. Hasta ese año sólo había en Chile cuatro marqueses, y eran los de Pica, Guana, Cañada Hermosa y Villa Palma. Las ventas se efectuaron en Lima, estando Manso allí de virrey del Perú desde el 12 de julio anterior. De ese producto correspondieron veinticuatro mil pesos al virrey y noventa y seis mil á las nuevas poblaciones.

Ya estaban colocados los seis títulos de la primera

gracia y faltaba sólo los destinados á reparar la catedral de Concepción. Tampoco hallaron acomodo en Chile y fué aun más difícil conseguirlo, porque, cuando se trataba de hacerlo, un nuevo terremoto, el 25 de marzo de 1751, colocó en peores condiciones que antes á los habitadores de Chile, y en más premiosa necesidad al obispo, cuya catedral fué completamente destruída.

Recurrióse á Lima en solicitud de candidatos para los cuatro títulos que debían beneficiarse, y muy pronto encontraron quienes, por echarse uno á cuestas, erogaran en las cajas reales veinte mil pesos de contado.

Se nombró en 14 de abril de 1753 marqués de Torre Hermosa, á don Juan Fermín de Apezteguía y Ubago; el 6 de agosto, conde de Vista Florida, á don Juan Bautista Baquijano y Carrillo; en 30 de octubre, marqués de Campo Ameno, á don Alonso González del Valle; y en 7 de junio del siguiente año, á don Ventura Ramírez de Laredo, conde de San Javier y Casa Laredo.

Ochenta mil pesos pasaron á las cajas reales de Chile, y con ellos se comenzó á construir la catedral de la actual ciudad de Concepción adonde, después del terremoto, se trasladó aquélla para libertarla de nuevas irrupciones del mar.

Todos los compradores de los títulos fueron personas de la más encumbrada aristocracia; pero aquellos que habían adquirido iguales distintivos por concesiones directas de la corona en remuneración de servicios, ó los heredaron de sus mayores, miraban con desdén á quienes ostentaban nuevas denominaciones, más que por merecimientos adquiridos, por dinero entregado.

Es cierto que desde muy atrás se había acostumbrado en el Perú, y algunas veces en España, esa concesión

remunerada de títulos de Castilla, á pretexto de salvar las urgencias del tesoro ó de reedificación de ciudades, y que el capital enterado era sólo para redimir los gravámenes á que esos títulos estaban afectos; pero esto no se miró con satisfacción por los demás.

Nunca hubo mayor ostentación de esas gracias que en los años á que nos referimos. El terremoto del 28 de octubre de 1746, que hizo desaparecer el Callao, arrancado desde sus cimientos por las olas embravecidas, que no respetaron ni las fuertes murallas que defendían la población, y que también hizo caer por tierra los más fuertes edificios de Lima, que hundieron en su caída á los más inmediatos y encerraron en sus escombros gran número de sus habitantes, fué un nuevo pretexto para titular á los nobles. Al tribunal de la Inquisición se le confirió poder para la venta de dos denominaciones para reparar sus casas destruídas, y por veinte mil pesos, también fueron conde de Castañeda de los Lamos, don Joaquín de Lamo y Zúñiga, y conde de Villar de Fuentes, don José del Villar y Andrade. Se expidió por el virrey Manso los títulos respectivos, que, como todos, merecieron la real aprobación; más Lamo y Andrade cuidaron de que en la cédula que se acordaba se hiciera especial y minuciosa relación de sus servicios y de los de sus antepasados.

El mismo virrey don José Antonio Manso de Velasco á quien se había concedido el título de conde de Superunda, por real despacho de Fernando VI, el 8 de febrero de 1748, en recompensa de sus inestimables desvelos en aliviar los males causados por la referida ruina y salida del mar en 1746, no podía dejar de tener en menos á quienes pretendían igualársele. Este virrey benefició

también, autorizado por el monarca, algunos otros título para reconstruir las poblaciones destruídas.

El duque de la Palata, durante su gobierno concedió once títulos. El conde de la Menclova lo hizo de varios, como el de marqués de Selva Hermosa, concedido en 7 de mayo de 1695, á don Juan de Soto y Vaca por doce mil pesos, de á nueve que, como los de los demás entonces adjudicados, se aplicaron á la construcción de la capilla de los Reyes en la catedral de Sevilla, destinada para conservar allí el cuerpo del rey don Fernando. El virrey marqués de Villagarcía don Antonio José de Mendoza y Caamaño, autorizado por real cédula de 23 de mayo de 1739, favoreció con títulos á algunos caballeros, por precio de veintidós mil ducados, que se regularon en treinta mil doscientos cincuenta pesos de á nueve, y que no vacilaron en entregar don Juan de Santelices, vecino de Potosí por ser conde de Otaví; don Agustín Jara de la Cerda, por llamarse marqués de Casa Jara; don Juan Dávalos y Rivera para poder firmarse conde de casa Dávalos, y don Álvaro de Navía Bolaño y Moscoso, por agregar á los dictados que como miembro de la audiencia le competían, el de conde de Valle Oselle. El producto de tales títulos se aplicó á la reconstrucción de Panamá, destruído también por el mar.

Poco aprecio se tenía por todos los mencionados personajes si sólo presentaban sus títulos comprados para la consideración de los demás; y esa falta de estima creció cuando, por real cédula de 4 de octubre de 1802 se pidió al virrey del Perú que, con acuerdo de la audiencia y del ayuntamiento de la capital, propusiese cuatro personas beneméritas á quienes graciosamente conferir tí-

tulos de Castilla como premio de merecimientos; lo que deseaba el rey para celebrar dignamente, dando una prueba de afecto á sus súbditos, el matrimonio del príncipe de Asturias, que después fué Fernando VII, con la princesa de Nápoles doña María Antonia.

El virrey, satisfecho el mandato real, remitió el 23 de julio de 1806 el expediente actuado, incluyendo en él serias informaciones de servicios de los más meritorios para alcanzar la gracia que se había resuelto conceder. Tramitada en el Consejo Supremo de las Indias la propuesta del virrey, prestó su aquiescencia dicho tribunal el 27 de julio de 1817 para condecorar á los cuatro considerados en la actuación. En consecuencia, se nombró marqués del Castell Bravo del Ribero, á don Diego Miguel Bravo del Rivero; conde de Casa-Saavedra, á don Francisco Arias de Saavedra; conde de Torre Antigua de Orúe, á don Ignacio de Orúe y Mirones, y marqués de Casa-Muñoz á don Tomás Muñoz y Lobatón.

Esos cuatro caballeros pertenecían al Ayuntamiento de Lima como regidores perpetuos de él y presentaban, á más de señalados servicios personales, los de sus antepasados en una ilustre y esclarecida genealogía.

Desde entonces la nobleza titulada de Lima por iguales motivos que éstos últimos, al referirse á quienes lo eran por las causas antes mencionadas, decían con marcada intención:—Ese título es de los de Panamá, de los del cuarenta y seis ó de *los de Chile.*

ENRIQUE TORRES SALDAMANDO

Santiago, 1890.

LA LIBERTAD Y EL ESTADO

Vosotros poseéis todas las libertades. (*Palabras pronunciadas en la Cámara de Diputados, en noviembre de 1886, por M. Goblet, Ministro de Instrucción Pública.*)

II

La centralización y la libertad

Por medio de la autocracia administrativa el Gobierno dificulta la libertad individual y la sofoca. Por medio de la centralización reemplaza á la iniciativa individual, y la sustituye.

La preponderancia de los poderes administrativos y legislativos es uno de los principios de la constitución social en Francia, y el mayor de los obstáculos á la libertad.

Hace mucho tiempo que Mirabeau señalaba en los siguientes términos, este vicio del Gobierno francés: «Lo difícil, decía, es no promulgar más que las leyes necesarias, y ponerse en guardia contra el furor de gobernar, la más funesta enfermedad de los gobiernos monderos».

Hemos dicho que el Gobierno no tiene derechos, sino en la medida en que debe proteger y administrar. Si Dios ha hecho al hombre inteligente y libre, es para que trabaje en la consecución de su destino, y las instituciones sociales no tienen otro fin sino ayudarle, sin exonerarlo de este trabajo. Queriendo, obrando y pensando por él, el Estado no consigue que progresen ni los individuos ni la sociedad. Á fuerza de tratar á los hombres como incapaces, los hace tales, y empequeñeciendo á sus súbditos, se suicida, porque, según la frase de Stuart Mill, "jamás se han hecho grandes cosas con hombre chicos".

Por fuerte que sea un Gobierno, no puede hacerlo todo, y en lo que hace de más, causa daño, falsea el funcionamento del engranaje social, lleva el malestar á todo, alimenta descontentos populares y asume responsabilidades, que tarde ó temprano lo aplastan.

Hé aquí de lo que importa convencerse; de la impotencia del Estado para reemplazar la iniciativa individual.

Con la manía, que nos domina, de esperarlo todo del Estado, como de Dios, nos figuramos que las leyes van á remediarlo todo, y el hecho es, que en el ochenta por ciento de las veces, las leyes nada remedian, principalmente cuando se trata de intereses locales ó privados.

Cuando se han visto de cerca los Parlamentos, y se sabe la rutina incorregible que en ellos reina, las ambiciones que allí absorben y devoran á los hombres ¿cómo es posible creer que, de ordinario, un Parlamento sepa lo que hace cuando legisla sobre intereses particulares? Suponed que la ley sea buena,; casi siempre todas las dependencias la serán contrarias. Cuando alguna vez se

pone la mano sobre un monopolio, las administraciones subalternas, parapetadas en la rutina, son los enemigos natos de todo progreso.

Spencer, en su curiosísimo y justo libro sobre el individuo frente á frente del Estado, presenta interesantes ejemplos de esto. Cuando se propuso al Almirantazgo inglés servirse de los telégrafos, respondió que el servicio de los semáforos era perfecto. Esta misma invención tuvo su más encarnizado adversario en la administración de correos. La prueba, añade Spencer, de que las leyes no obtienen éxito, es que se las revisa. Todos los años hay hecatombes de viejas leyes, cuyos inconvenientes se reconocen.

Los cálculos por él citados son, al mismo tiempo, aterradores y ridículos.

M. Janson leyó en 1873, en la Sociedad de Estadística de Londres, un trabajo en el cual probaba que desde el estatuto de Merton (año 20 de Enrique III), habían sido votados dieciocho mil ciento diez proyectos de ley, de los cuales habían sido reformados cuatro quintas partes.

En 1870, en 1871 y en 1872 fueron modificados tres mil quinientos treinta y dos actos del Parlamento.

Hay mucha exactitud en esta observación de Spencer, y casi todos los legisladores son presa del furor de gobernar, de que habla Mirabeau.

Me alegraría de saber cuántas leyes y decretos se han promulgado y revisado en Francia, sobre enseñanza, desde que la Universidad, esta creación del despotismo, ha extendido su red, como araña monstruosa por todo el país.

¿No es evidente que muchas de las leyes revisadas lo

han sido porque fueron reconocidas dañosas? Desde que ha sido enterrada una ley, ya no pensamos en ella; pero olvidamos muy á menudo que antes de desaparecer ha causado estragos incalculables.

¿Quién podrá calcular, por ejemplo, los padecimientos sufridos por millares de hombres, víctimas de un *enjuiciamento tiránico*, como el que todavía está vigente en Francia?

Decir que una ley es mala, es confesar que, por espacio de años, ha sido, para multitud de hombres un verdadero azote. Contad, si podéis, las pérdidas de tiempo, las angustias morales, las enfermedades, las muertes prematuras que trae consigo una mala ley. Cuando desparece, si es que desparece, generaciones enteras podrían levantarse y denostarla con sus iniquidades.

Cuanto más de cerca se estudian las cosas, más se persuade uno de que el Estado, cuando se mezcla en los intereses privados, casi siempre va á parar á un resultado diametralmente opuesto al que buscaba.

He aquí algunos ejemplos curiosos, tomados de Spencer.

Prohibiendo la usura, el Estado llegaba á mantener el interés de seis y siete por ciento.

Cuando, en otro tiempo, los gobiernos prohibían los grandes acaparamientos de trigo, desencadenaban, en épocas fijas, hambres terribles.

En 1315, al establecerse tarifas legales, para conjurar el hambre, ésta redobló, y á toda prisa hubo que reformarlas.

En tiempo de Eduardo III de Inglaterra, todos los esfuerzos para fijar los salarios de los obreros con un arancel remuneratorio, lo hicieron bajar.

¡Cuántas leyes no se han promulgado y revisado, en Inglaterra, para prevenir los naufragios! ¿Y cuál ha sido el resultado? En 1876, se han visto obligados á confesar que nunca el mar había causado más víctimas.

Entretanto, el presupuesto de la administración subía en pocos años de trece á setenta y tres millones de libras esterlinas (1,800 millones de pesetas) (1).

Sabido es el grito de horror que se levantó en Inglaterra, cuando se publicaron las informaciones sobre las viviendas de los pobres. Inmediatamente se hizo una ley. "Se derribarán las casas no higiénicas; en adelante, las casas de este género tendrán tales dimensiones, serán construídas con arreglo á tales planos." ¿Qué aconteció? Las casas edificadas según el tipo mandado, no producían un interés remuneratorio. Los capitalistas abandonaron los cuarteles pobres, y fueron á construir en los barrios no comprendidos en la ley; y entonces, en los cuarteles pobres, las casas, reducidas á menor número, fueron más caras que nunca; y los propietarios, seguros de conservar su miserable clientela, porque no había competencia, no hicieron ninguna reparación.

Un arquitecto escribió, á la sazón, á Lord Kinnaird, presidente de la comisión parlamentaria para las casas pobres, la carta siguiente:

"Lord Kinnaird ha recomendado construir nuevas casas modelos, reuniendo en una sola á los habitantes de dos ó tres casas actuales. Permitidme indicar al noble Lord, si cuenta:

"1.º El impuesto sobre las ventanas.

"2.º El nuevo proyecto de ley sobre las construcciones·

(1) 730.000.000 de pesos en nuestra moneda de hoy.

"3.º Los derechos sobre carpintería.

"Y que si se votase una ley que facilitase el traspaso de las propiedades, no tendríamos más necesidad de casas modelos que tenemos de barcos y buques modelos.

"El impuesto sobre las ventanas es tan exorbitante, que es preciso contentarse con siete ventanas, y no es posible construir una casa conveniente con siete ventanas.

"El impuesto sobre la madera es tan desgraciado, que la única madera buena para construir, está gravada quince veces más que la mala madera."

La miseria y la mortalidad que reinaban en ciertos cuarteles de las ciudades inglesas, causaron tal escándalo, que el gobierno publicó el *Artisan's dwelling act*, facultando á las autoridades locales para derribar las casas malsanas y reedificarlas. ¿Cuál fué el resultado? En 21 de diciembre se habían gastado treinta y cuatro millones para echar á veintiún mil pobres y alojar á doce mil. Una manzana de casas, que daba albergue á mil setecientos treinta y cuatro pobres, se transformó en una estación, donde sólo podían colocarse ochocientos.

Uno de los ejemplos más concluyentes de la impotencia de la intervención legal, es la caridad legal.

Aquí pasa lo que en la naturaleza: cada vez que se la violenta se producen efectos que desbaratan todos vuestros cálculos.

Decía un médico que, cuando se practica una incisión hai que estar preparado á todo, porque una vez que se ha salido de las vías naturales, todo puede suceder. Acontece con la sociedad como con el cuerpo humano, cuando el Gobierno, extralimitándose de su esfera, interviene en la de los intereses privados.

Siempre habrá pobres, según la palabra de Nuestro Señor: no se agotará la miseria, y aunque se intentase, la harían revivir cien leyes naturales y providenciales, de las que la principal es que el hombre recoge lo que ha sembrado. Querer suprimirla por fuerza, es un sueño de loco orgullo.

Dejad á la caridad que salga á su encuentro y mitigue sus efectos; para obrar poderosa y eficazmente, sólo os pide una cosa: la libertad; pero vosotros, Estado y Administración, no intervengáis.

Mas, hablamos á sordos: todos los Estados tienen la manía de reglamentar, de aprisonar la caridad y de sustituirse á lo que debiera ser la cosa más espontánea del mundo: la iniciativa individual.

Pues bien. ¿Qué produce esta ingerencia del Estado? Acrecienta la miseria, hasta tomar proporciones inauditas. Al mismo tiempo que su presupuesto, sostenido por el tributo, se convierte en una carga aterradora, los pobres, alentados en su pereza, pululan, y la caridad privada, descansando en el Estado, languidece y se enfría. «La asistencia legal, ha dicho muy bien M. Julio Simón, eterniza la miseria en las familias asistidas, que hallan más cómodo recibir lo que conceptúan que se les debe, que trabajar. *Ella forma dinastías de pobres.*»

La asistencia legal es, como todo lo legal, sin entrañas y sin amor. Dura, seca, estrecha y mezquina, viene á terminar en el cuartel ó en la cárcel, como el *workhouse* inglés, verdadero espantajo del desgraciado; ó bien en la oficina de la beneficiencia francesa, que pronto sólo será para los republicanos; ó bien en las enfermerías laicas, en donde se beben el vino de los enfermos y les privan de los Sacramentos.

La asistencia legal introduce en las poblaciones un elemento de inmortalidad, haciendo de la limosna un derecho y asegurándola como una prima á las jóvenes madres, según acontece en las poblaciones inglesas.

¿Y á qué precio compran todas estas ventajas? Á precio de lágrimas, de sufrimientos de los pobres más interesantes, de los pobres laboriosos, de los pequeños artesanos. Porque al fin, la caridad legal representa un impuesto exorbitante. ¿Y sobre quién, pregunto yo, pesa más terriblemente ese impuesto que sobre esos artesanos honrados que, á duras penas, juntan los dos extremos; sobre ese albañil, que se ve al borde del abismo y no quiere mendigar; sobre ese mecánico, que sale del hospital donde ha dejado sus pobres economías? Sí; á esos trabajadores arranca la caridad legal, el pan de la boca, para asegurar el día de mañana á una multitud de vagos ó gentes dadas á la ociosidad (1).

Cuando los impuestos de las ciudades son ya abrumadores para el pueblo, aun añadís, aun aumentáis los apuros de la población laboriosa, y contribuís á empujarla al abismo de la miseria... Es la bondad á precio de la crueldad.

Pero me diréis: ¿Hemos de dejar morir á los pobres? Nó; pero es preciso dejar obrar á la caridad privada.

Pudiera formularse la misma observación á propósito de la crisis agrícola: sería cien veces menos intensa, y la agricultura se levantaría sola, sin la protección del Estado, si el Estado quisiera no más dejarla tranquila y no sobrecargarla con impuestos absolutamente tiránicos; si

(1) Una mujer de Hudson (Estados-Unidos) cargada de bastardos y regularmente asistida por el Estado, tuvo, dice la historia, una posteridad de... ¡doscientos criminales!

aliviase los derechos de sucesión, é hiciese desaparecer ese fárrago de leyes embarazosas y absurdas, que hacen tan onerosos como imposibles los grandes cultivos.

Otra ambición del Estado moderno es invadir la enseñanza.

No tiene derecho para ello: la familia existe antes que él, con sus jerarquías y con sus derechos, y el Padre no es ciudadano para verse despojado del más noble y más inalienable de todos.

Nada valen todos los sofismas: sólo los padres tienen, para educar y por consiguiente para instruír al niño, misión, cualidad y responsabilidad.

El interés del Estado en tener hombres instruídos, no le confiere derecho alguno; no menor es su interés en tener hombres vigorosos y bien formados. ¿Tiene, por eso, derecho para educar nuestros jóvenes y doncellas en los gimnasios públicos, como en Esparta? Con la manía de ponerlo todo en manos del Estado, tal vez lo pretendería pronto.

Proteger la instrucción es uno de los deberes del Estado, pero no debe hacerse maestro ó director, como no se hace herrero, dice el autor de las *Reformas* (1), aunque el hierro sea un objeto de primera necesidad.

El Estado puede proteger, favorecer, desarrollar ciertas industrias; pero es absolutamente inepto para hacer nada por sí mismo. Una fábrica de hilados, administrada por el Estado, no daría cinco céntimos de beneficio. Testigos los dividendos que producen los ferrocarriles del Estado.

Pues bien; en materia de instrucción, como en todas

(1) *Las Reformas*, en casa de Fischbacher, París, 1886.

las empresas humanas, esta inferioridad del Estado es, para todo hombre que no esté ciego por la prevención, un hecho evidente.

"La Universidad de Francia, dice el mismo autor, es un deplorable ejemplo de esto; es el cuerpo docente más pobre y mediocre de Europa (1)."

No hay vida ni progreso, sino por la libertad de la concurrencia y de las asociaciones. Sólo en Francia tiene el Estado esta pretensión ridícula de distribuír él mismo la enseñanza primaria superior y secundaria. En Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania, en Bélgica, en los Estados Escandinavos, el Estado no tiene colegios secundarios, lo que no empece que la enseñanza secundaria esté floreciente. La iniciativa privada suple á todo. El mejor estimulante de la instrucción es el amor paternal y la concurrencia libre; es decir, que el Estado no se mezcle para nada.

Queda, pues, demostrado, en toda la línea, que el Estado es impotente para reemplazar la iniciativa individual. Y en presencia de estos resultados, es motivo de doble asombro ver sus invasiones sostenidas por la escuela liberal, como si la intervención del Estado en la esfera de los intereses individuales hubiese sido nunca fecunda; como si los descubrimientos que han renovado el mundo, desde el vapor hasta el teléfono, y el vuelo de la industria, y el desarrollo del comercio, y el progreso de las ciencias, no hubiese sido siempre el fruto de la iniciativa privada; en suma, como si no estuviese demostrado que jamás los gobiernos, jamás las asambleas, sobre todo, han sido capaces de hacer algo grande, de

(1) París, 1886, Fischbacher.

resolver con felicidad una crisis, de asegurar una conquista, de organizar un ejército ó una colonia.

Que el pasado nos sirva de lección: dejemos obrar á la iniciativa privada: desembaracémosla, libertémosla, y que los pretendientes liberales cesen, al fin, de forjar cadenas para ella.

La centralización no sólo es impotente, sino peligrosa. Nos conduce lenta, pero seguramente, á una especie de socialismo de Estado, que no es el comunismo, pero que es cien veces peor, por la sencilla razón, de que es posible, mientras que el comunismo no lo es.

Para mezclarse en todo, como lo hace el Estado, necesita recursos inmensos. ¿Dónde los hallará? En un presupuesto colosal, que gravitara sobre el país como una pesadilla.

Por una singular ilusión, el pueblo se imagina que, cuando el Gobierno le da algo, son dones puramente gratuítos. ¡Y qué no le da el Gobierno! Escuelas lujosas, liceos de señoritas, pensiones gratuítas, calles inmensas, teatros, parques... Luego ya no faltará más que el vestido y la alimentación; día vendrá, tal vez, en que veremos á una parte de los ciudadanos, empleados por la ley, en dar de comer y vestir á la otra.

Entretanto, contrariamente á lo que se cree, el pueblo paga todo esto. Lo paga en los alquileres que aumentan, en los salarios que disminuyen, en los comestibles que encarecen, en los impuestos que alcanzan proporciones fabulosas (1), en los capitales espantados que emigran, en la mano de obra que escasea.

(1) La República hace pagar á los franceses treinta y dos francos por cabeza. Los ingleses no pagan más que veinte francos.

Pero, al lado de las consecuencias económicas, hay una moral que me parece cien veces más grave; es la persuación, que poco á poco se acredita, basada en un hecho consumado cada vez más evidente, de que el Estado lo puede todo; que es dueño de todo, hasta de nuestra propiedad, puesto que la avalúa arbitrariamente. Cuando pienso que en ciertas ciudades, como Nueva York, los impuestos locales absorben hasta el dos y medio por ciento del capital, es decir, justamente lo que el capital puede producir en Inglaterra, yo encuentro que hay lugar á preguntar, quién es el verdadero propietario del capital; el que paga este interés ruinoso, ó el Estado que goza de él. Si esto no es comunismo, no entiendo jota del sentido de las palabras.

Estas leyes, que el Estado cree forjar en interés del pueblo, tienen, á veces, inesperadas consecuencias. Cuando en España se abrieron los primeros caminos de hierro, muchas personas se dejaron aplastar; no podían persuadirse de que una masa tan enorme caminase con tanta celeridad.

Era un resultado imprevisto, pero lo mismo sucede con las consecuencias de ciertas leyes.

Con las vuestras estorbáis la libertad; os figuráis que el efecto se detendrá justamente en el punto que queréis alcanzar, y no acontece así.

Cuando Pitt, con ocasión de las grandes guerras contra Napoleón, hizo votar un subsidio en favor de las familias numerosas, no preveía que antes de cincuenta años, la tasa de los pobres tomaría enormes proporciones, y que en los pueblos ingleses, las jóvenes, cargadas de bastardos, serían más buscadas que las honradas doncellas, á causa de las pensiones que devengarían sus hijos.

Al establecer la patente para los despachos de bebidas, no se sabía que con eso se creaba un poderoso medio de corrupción electoral; la promesa de la patente.

Los legisladores ingleses que en 1833 votaron un presupuesto de quinientos mil francos en favor de las escuelas, no sospechaban que en 1886 este presupuesto subiría á ciento veinte millones de francos; y los legisladores franceses, que crearon la enseñanza del Estado no podían prever que el presupuesto de la instrucción sería, en manos de un partido, un arma de guerra y de opresión, y una carga intolerable para el país; ni que una caterva de sectarios, adueñada del poder, preferiría arriesgar una bancarrota antes que renunciar al placer de esclavizar las conciencias.

Pero, lo que menos se prevee, es que, mezclándose de ese modo en los intereses privados, se determina una tendencia, una corriente de opiniones y de hechos, una pendiente irresistible.

Como en los países en que las asociaciones son poderosas se ve que todo se hace por la iniciativa privada y por la asociación, de igual modo, en los países en que ha arraigado la costumbre de abdicar, todo se hace por el Estado.

El Estado se hace entonces invasor por hábito: desde que ha hecho aquéllo, ¿por qué no ha de hacer esto otro? El legislador dice al patrón: "trabajarás tanto tiempo." Mañana le dirá cómo ha de trabajar. Después de haber ordenado el régimen de la fundición, reglamentará los almacenes. El seguro obligatorio por los accidentes, que impondrá presto al fabricante, se extenderá al jefe de la explotación agrícola y al armador. ¿Y quién me dice que,

empujado por la opinión de las masas, no decretará la participación de los obreros en los beneficios?

De un monopolio á otro no hay más que un paso: el Estado tiene ya el monopolio de los correos, de los telégrafos, de los tabacos, de los fósforos, de la instrucción, porque en Francia no hay libertad verdadera. Pronto tendrá el de los teatros, de los ferrocarriles, el de los transportes por mar.

Pasará, de la pretensión de nutrir las almas, á la de alimentar los cuerpos; del principio de que hay que vigilar la instrucción, al de que es preciso fiscalizar los placeres.

Si nos descuidamos, está en incubación una horrible esclavitud. La ingerencia del Estado y los impuestos exorbitantes, combinándose con revoluciones inevitables en los mercados europeos, traerán una espantosa depreciación en las tierras; los propietarios, no sacando utilidad apreciable de las fincas, querrán realizar, á cualquier precio, y gran cantidad de tierras, no vendidas, quedarán sin cultivo. Ya, en muchos puntos, no se encuentran arrendatarios.

Entonces veremos, tal vez, á los partidarios del dios-Estado, inducir al poder á que fuerce á los propietarios á cultivar sus tierras, con pérdida para el bien común; y á los propietarios, como en tiempo de los Césares, huir al extranjero.

Cuando todas las fuerzas individuales estarán así gastadas y reducidas á la impotencia, la esclavitud será la cosa más intolerable que se pueda pensar.

Porque la más dura, la más estrecha, la más implacable de las servidumbres, es la del Estado. El amor al poder, el egoísmo, la injusticia, la perfidia, que á veces

se destacan en las empresas particulares, multiplicadlas por cien; poned luego todos los recursos de la ciencia, todos los obreros, todas las industrias, en las manos de un ambicioso sin escrúpulo, á quien haya encumbrado al pináculo del Gobierno algún golpe de Estado, y tendréis la tiranía más intensa, más cruel y más inevitable de que hace mención la historia.

El remedio para este peligro está, por de pronto, en darnos cuenta de él, en ser, por nuestra parte, los enemigos resueltos de toda medida que pueda, de cerca ó de lejos, favorecer las invasiones del Estado, aun cuando redunde en ventaja inmediata nuestra, y pudiera, en otros tiempos, justificarse.

Está, en segundo lugar, en ilustrar la opinión y reclamar, á voz en grito, la descentralización y la creación de influencias locales é independientes.

Está, en tercer lugar, en favorecer, cuanto podamos, la creación de asociaciones libres, contrapeso necesario del poder central. Desde este punto de vista, todo espíritu verdaderamente libre y democrático debiera ser amigo de las órdenes religiosas. Desde el punto de vista social, las órdenes religiosas son, cuando menos, esto: focos de vida independiente y libre y contrapeso á la omnipotencia del Estado, lo cual ya es mucho. Hé aquí lo que más detestan en ellas los tiranos.

El remedio está, en fin, en persuadir á todos los espíritus verdaderamente libres, de que la asociación más poderosa de todas, la Iglesia Católica, es la enemiga de la centralización que nos devora, y por consiguiente, la más segura salvaguardia y la tutora natural de nuestras más caras libertades.

J. Forbes, S. I.

HUANTEMAHU

I

Á la caída de la tarde, un día de los primeros de mayo de 1601 entraba á la ciudad de Osorno un destacamento como de cincuenta soldados al mando del capitán don Rodrigo de Ortiz.

Era una tarde de otoño, de esas que mueren con más tristeza y melancolía.

Los cincuenta soldados entraban á la ciudad á paso lento como si fueran los restos sobrevivientes de alguna gran derrota, como soldados vencidos que llegan al cuartel con tristeza si no vergonzosa, algo humillante. Las calles estaban solitarias, no se escuchaba ni el más leve ruido, y entretanto las tinieblas de la noche esparcían su oscuridad como queriendo esconder entre las sombras el triste relato que cada uno de esos cincuenta soldados debía dentro de poco hacer á los suyos, con la tristeza en el alma y con el recuerdo de tantas desgracias clavado en el corazón.

Esos cincuenta soldados poco antes habían salido mandados por su valeroso capitán á prestar auxilio y

refuerzos á la guarnición de Villa Rica, sitiada hacía dos años y once meses por el esforzado y audáz Millacalquín, al mando de terribles huestes araucanas.

Y volvían esos cincuenta hombres sin el consuelo siquiera de haber combatido en defensa de sus hermanos.

Cuenta la tradición que algo antes de llegar á Villa Rica encontraron el capitán Ortiz y los suyos, á un infeliz que parecía un cadáver galvanizado, una triste reliquia del hambre, del fuego y de las batallas.

—¿Á dónde vais? les preguntó éste, medio reanimado al verse con soldados de los suyos.

—Á salvar á Villa Rica, le contestó Ortiz.

—Á buena hora venís á hacerlo, dijo el hombre con voz hueca. "¡Á salvar á Villa Rica! Por cierto que no necesita salvación una ciudad que ya es apenas un montón de cenizas y cuyos habitantes son cadáveres en trozos calcinados." Villa Rica ya no existe, continuó aquel hombre, el hambre, el fuego, los enemigos, la desesperación, han despedazado á sus habitantes y defensores miembro á miembro, y á sus fortalezas y murallas, ladrillo á ladrillo y piedra á piedra.

Y empezó la triste narración de aquel sitio espantoso que duró dos años once meses. Describió las terribles escenas del hambre cuando apenas se tenía por alimento otra cosa que las escasas yerbas de que podían proveerse algunos soldados á costa de sangre y de muertes en salidas portentosas por el valor y audacia desplegados.

Y á las escenas del hambre sucedían las más terribles de las luchas y batallas, de los esfuerzos prodigiosos, de los encuentros descomunales y de las luchas gigantescas, ¡Qué pelea tan heroica y tan salvaje! Los soldados chorreaban sangre por sus heridas, y el odio y venganza

más tremendos por sus ojos inyectados de furia mortal, y de cólera ponzoñosa; y después de las batallas, el fuego y las llamas destructoras y el incendio voraz; después del fuego, otra vez el hambre, y después del hambre, nuevos encuentros y batallas, y día á día, repitiéndose las mismas escenas por espacio casi de tres años; y siempre el mismo puñado de españoles, peleando con un ejército de araucanos diez veces más numeroso! ¡Pobre don Rodrigo de Bastidos, corregidor de Villa Rica! Peleaba sin esperanza de un socorro, estrechado ya en sus últimos reductos, incendiadas la mitad de las casas, muertos casi todos sus soldados, sin más provisiones que el cuero de sus monturas y calzados, muriendo con gran rapidez la reliquia de su guarnición, y quedando, por fin, sólo doce hombres refugiados en un baluarte con algunas cuantas mujeres y niños y con el sacerdote Andrés de Viveros!...

Millacalquín puso fuego al baluarte, y Rodrigo de Bastidas y sus doce soldados tuvieron que salir á pelear en campo abierto, ó más bien dicho, á caer acribillados sobre las ruinas de su ciudad y los cadáveres de sus defensores.

El fugitivo concluía su espantosa narración, diciendo que al entrar los araucanos á la ciudad, sólo encontraron unas cuantas mujeres y niños que martirizaron con lenta é ingeniosa crueldad.

Hé aquí la causa por que esos cincuenta hombres volvían á Osorno tristes y desalentados al caer la tarde de aquel melancólico día.

En la noche, en todas las casas de la ciudad, rodeando el hogar, se comentaban tan tristes noticias con desconsuelo y temor, esperando igual terrible suceso si la mise-

ricordia de Dios no apartaba de sus cabezas el terrible huracán que los amenazaba.

II

Y con razón temían los habitantes de Osorno. Paillamacu, el gran toquí, hacía tiempo que merodeaba por esos campos, y aun había puesto momentáneamente sitio á la ciudad, retirándose á la llegada del capitán Ortiz con sus cincuenta soldados, como temeroso de tal refuerzo. Por esto en los rostros y en los ánimos de los habitantes de Osorno andaban mezclados la risa y el llanto, el dolor por la pérdida de Villa Rica, y el consuelo por la llegada del valiente Ortiz y de sus cincuenta hombres, causa de la retirada del temible Paillamacu.

El maestre de campo don Fernando de Figueroa dirigía la defensa de Osorno desde una bien atrincherada ciudadela guarnecida de fosos, empalizadas y puentes levadizos; era el cuartel general de los defensores y oponía el mayor obstáculo para el enemigo por su posición formidable.

Era el castillejo aquel uno de esos fuertes construídos con el arma al brazo y sirviendo de picos y azadas las espadas y bayonetas de los soldados. La mitad de su fortificacion la debía á su natural colocación en el terreno; por un lado lo defendían pedazos de rocas cortadas á pico, por el otro un barranco que servía de foso natural, y su entrada era una especie de laberinto de árboles vírgenes, entre los que descollaban algunos viejos robles, muchos canelos y litres de troncos entrelazados.

Entre las copas de los árboles asomaba su cúspide la torrecilla del atalaya que tenía por campo de sus obser-

vaciones los dilatados horizontes de aquellos valles, que sólo á trechos eran interrumpidos por algún grupo de árboles ó por pequeños promontorios de la naturaleza de aquel en que se cimentaba el castillejo.

La ciudadela era la parte esencial de Osorno; á su alrededor se alzaban las casas de la población, no señalándose ninguna por su construcción elegante ó aventajada arquitectura; la mejor del pueblo era á la sazón la del capitán Ortiz; ancho frontal con marco de labrada piedra, patio muy extenso como el de un cuartel, balcones algo volados, pero de pequeñas ventanas, y todo esto de piedras brutas medio labradas, pero sin lujo alguno ni obedeciendo á estilo ó escuela determinada. Además de las buenas cualidades que esa casa le debía al arte, las otras condiciones que por naturaleza poseía, le acrecentaban mucho más su valor.

La casa de Ortiz estaba al lado de la fortaleza, de modo que podía fácilmente comunicarse con ella, cualidad inestimable, sobre todo en el caso de un sitio.

En la sala de armas de la ciudadela, reunidos Figueroa y sus segundos, escuchaban con triste y desconsolada atención los sucesos fúnebres que el único sobreviviente de Villa Rica les narraba con sus detalles horribles y sus colores tétricos y sombríos. En aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, narraciones semejantes eran el pan de cada día; pero el suceso de Villa Rica salía de lo común. Sobre todo, lo más deplorable era que con hazañas semejantes se envalentonaban los araucanos, y el día menos pensado podían caer de una manera semejante sobre Osorno, que muy poca más resistencia podría oponerles que la desgraciada Villa Rica.

En las demás casas de Osorno, repartidos los cincuen-

ta soldados que acababan de llegar, repetían la triste narración de la mejor y más fiel manera.

En todos los relatos se entremezclaba el nombre de un araucano, famoso por sus hazañas: Huantemahu fué desde aquella noche otro nuevo temible enemigo, capaz de peligrosas hazañas, á juzgar por sus primeros ensayos.

III

—¡Capitán Ortiz! dijo Figueroa penetrando en el extenso patio de la casa que ya conocemos en la ciudad de Osorno.

—¿Qué dice el maestre de campo Fernando de Figueroa? respondió el capitán Ortiz saliendo á su encuentro.

—Que me parece que ya tenemos bien guarnecida nuestra ciudad para el caso de un sitio.

—Así es; todo está en orden y seguridad: tenemos buenas defensas y sobre todo tropa bien disciplinada.

—Pero yo creo, capitán Ortiz, que algo nos falta que hacer.

—No sé cuál omisión pretendéis reparar.

—Escúcheme, capitán. Las monjas clarisas de Santa Isabel, fundadas en esta ciudad hace más de treinta años, me parece que no están sobrado seguras en la casa que tienen, lejos de este fuerte, casi al otro extremo de Osorno. En caso de un asalto se haría muy difícil su defensa. Dígalo si nó la pasada embestida, en que algunos araucanos penetraron hasta el interior del convento, y hubieran hecho allí sus fechorías á no ser por nuestro pronto auxilio.

—Sí. Recuerdo, maestre de campo, aquella acción,

que fué en la que Huantemahu mató á uno de mis escuderos y le arrebató mi famoso caballo el Aguilucho, en el cual huyó, después de haber intentado robarse á una monja de las clarisas de Santa Isabel.

—Pues yo creo, mi capitán, para evitar semejantes peligros, que haríamos bien en poner más á seguro dichas monjas, en alguna casa, más cercana al castillo, y así, en caso de ataque estaría más concentrada la defensa.

—Bien me parece la idea, y creo que mi casa es la más á propósito para el objeto.

—Generoso os mostráis, mi capitán.

—Es fuerza que así sea. Hoy mismo mudaremos á las clarisas á esta mi casa.

Y así sucedió. En la tarde de aquel día se instalaron las monjas en su nuevo convento, en donde utilizaron para capilla la sala más espaciosa de la casa del generoso capitán Ortiz.

Desde su nueva mansión siguieron las monjas rogando fervorosamente á Dios que librara á la ciudad de los ataques de sus terribles enemigos.

IV

El asalto en que peligraron las monjas, fué una de esas embestidas parciales que tanto acostumbraban los araucanos, pero que no tuvo malos resultados, pues todo el grueso de la guarnición de Osorno salió á batir los poquísimos enemigos mandados por Huantemahu, que tuvieron que huir, á riesgo de quedar en el campo sin provecho ni gloria alguna.

Recién empezó el asalto, con la bulla y algazara de los

araucanos, que siempre acostumbraban hacer gran ruído, sobre todo en sus golpes de mano, el capitán Ortiz mandó á su escudero á inspeccionar lo que sucedía; éste partió á correr tendido desde el fuerte hasta el convento en el famoso Aguilucho. Verlo Huantemahu y saltar á él como el puma sobre su presa, fué obra de un momento; cayó el escudero al terrible golpe de macana que el araucano le asestó en las sienes; pero sólo alcanzó el indio á ganar el caballo, para huir velozmente del grueso de la guarnición que corría en auxilio de las monjas clarisas.

Huantemahu, al penetrar en el bosque, cuartel general de los suyos, y al ser aplaudido por la ganancia del caballo, no sintió ese gozo vivo que se apodera de las almas juveniles cuando son alabadas en sus primeros ensayos: esa satisfacción mezclada de orgullo, no tuvo cabida en su pecho.

Era su primera hazaña, pero había sido inferior á su pensamiento.

Huantemahu se paseaba solitario entre los árboles inmensos de las selvas vírgenes de Arauco, clavada en su mente una idea tenaz, indeleble, idea de esas que se aferran al alma y arrastran todos sus conatos y pensamientos.

Se le presentaba á su imaginación la escena del asalto; había penetrado en el convento; á su paso todos huían; solitarios encontraba los patios, desamparadas las celdas de las monjas; sus compañeros hacían el botín de guerra, y él escuchaba entretanto el eco de un murmullo algo lejano, sordo y misterioso, algo así como gritos apagados ó plegarias entrecortadas.

Marchó resuelto á buscar el origen del murmullo, y

penetrando por una puerta medio entornada, se encuentra en el templo, y permanece absorto ante el espectáculo que se le ofrece: mujeres con trajes largos, unas con velos en el rostro, las otras con la faz descubierta, prosternadas de rodillas implorando á gritos la piedad de Dios, ansiosas las miradas, suplicantes los gestos, y el terror y el espanto pintados en sus rostros.

Huantemahu, de pie al fondo de la capilla, observaba este cuadro con admiración y en silencio. Paseó su vista por todos aquellos seres, y avanzando tres pasos clavó sus miradas en una monja que pudiera ser el retrato de la más pura belleza si no fuera en esos momentos la personificación del espanto y del miedo más aterrador.

Una idea repentina como el rayo alumbró la incertidumbre de Huantemahu; la gloria y el amor dieron alas á su idea. Ya se iba á abalanzar sobre la monja para tomarla en sus brazos y llevarla al bosque, cuando sintió el ruído de la alarma y la confusión de afuera.

Huantemahu huye, derriba de un golpe al enviado de Ortiz, y en su ligero caballo se pierde al poco rato entre el follaje de la selva.

Esa escena todavía la tiene Huantemahu ante sus ojos, y ve la monja delante de sí, y cada vez su imaginación incita más y más sus deseos, porque en la conquista de esa hermosa mujer ve cifrados sus anhelos de gloria. Sus compañeros aplaudirán su osadía, y, sobre todo le dice el corazón que esa mujer puede hacerlo feliz.

Nunca vió el indio en las campiñas de Arauco, entre las hijas de la selva de tez morena y negros ojos, una belleza semejante; los rubios cabellos de la española, sus ojos azules, su cutis de alabastro, le parecían á Huantemahu una hechicera aparición.

Aquel hombre valiente y esforzado, de miembros macizos y atléticos músculos, de bien proporcionadas formas y algo cobrizo el color, de mirada viva y audaz y de simpática figura; aquel hombre criado entre la fiereza de la lucha y lo crudo de la guerra; aquel hombre de valor tenaz y resistencia heroica, tal vez se hubiera rendido como manso cordero si lo acariciara la mano finísima de aquella española á quien vió gimiendo ante el ara del Señor.

V

La noche del 21 de mayo de 1601, ¡qué oscura, qué negra, qué tempestuosa fué en Osorno!

Desde la caída de la tarde empezó á velarse el cielo con negrísimos nubarrones, el viento norte soplaba con furia haciendo chocar nubes contra nubes, arremolinándolas, amontonándolas, formando con ellas mil caprichosas figuras que, al decir de los agoreros araucanos, eran los espíritus de los muertos guerreros que venían á infundir valor á los vivos combatientes de la patria.

Y en verdad que si el genio de la destrucción y de la guerra pudiera tomar formas materiales, debía esconderse en el seno de aquellas nubes, informes, monstruosas y oscuras como amontonadas para producir espanto y terror.

La hechicera explicaba las mil formas caprichosas de las nubes, y todos veían ya cernerse sobre ellos como implorando venganza el sombrío espíritu del atrevido Ligcoy, mandado matar miserablemente por el jefe de la vecina ciudad, el irreconciliable exterminador de las huestes araucanas.

Y el espíritu de venganza que se cernía en las nubes

negras, descendió hasta el corazón de aquellos hombres, que juraron vengar la muerte de su antiguo jefe con un juramento atroz y bárbaro.

El cielo los ayudaba. La lluvia torrentosa era alumbrada muy á menudo por los caprichosos relámpagos; y el ruido fragoroso de los truenos que repercutía en el fondo de las quebradas y en los ocultos pliegues del alma, llenaban de terror el espíritu como terribles amenazas de Dios indignado.

Los seculares árboles de la selva tiritaban al temor de los vientos impetuosos, y caían gimiendo, á los repetidos ataques y embestidas del huracán, quejándose de sus empujes y golpes.

La lluvia continuaba con estrépito, apagando el ruído de los pasos de aquellos araucanos audaces que, ayudados de la cólera del cielo y como inspirados por la horrenda tempestad, marchaban resueltos á Osorno para vengar en su guarnición, en sus habitantes y hasta en sus piedras, todos los destrozos, muertes y conquistas que en Arauco los extranjeros habían hecho.

La tormenta aumentaba su furia cada vez más, los rayos menudeaban como las chispas de un brasero; la tierra temblaba como remecida por un gigante que entre dos abismos se retuerce desesperado, lanzando terribles ayes y gemidos inarmónicos.

Los araucanos seguían impávidos su camino, desordenados, sin concierto ni voz de mando, pero impertérritos, y más llenos de furor mientras más arreciaba la tormenta.

Huantemahu marchaba entre las primeras filas, y si se hubiera podido leer en su rostro su pensamiento, se diría que una idea tenaz lo preocupaba y torturaba su

interior, aferrándose á su mente como las garras del león á su presa.

Ya se podía divisar á la luz de algún rayo, la torrecilla del atalaya, con cuyas ventanas jugaba el viento descompasadamente, golpeándolas y llevando sus tablas como hojas secas ó plumas leves.

La campana de la torrecilla sonaba á cada instante pero no era la mano del atalaya quien movía su badajo: era el viento, que buscaba otro sonido para acompañar su tétrica sinfonía. Sonaba como si la misma tempestad, arrepentida tal vez de haber dado causa al peligro que amenazaba á Osorno, quisiera advertir á sus habitantes que debían prevenirlo.

La ciudad estaba oscura, y arrinconados sus habitantes en el fondo de sus hogares; mientras silbaba el viento por las estrechas callejuelas de Osorno.

Huantemahu llega hasta el muro del antiguo convento de las clarisas; ve luz en su interior; de un empuje derriba la puerta y encuentra tendidos en el suelo dos soldados que arrinconadas sus armas, duermen tranquilamente: recorre todas las salas y patios del antiguo convento y todo está solitario; vuelve á donde los soldados estaban, y al mismo tiempo que él, llegan sus demás campañeros; de un puntapié despierta á los españoles y les pregunta por los antiguos habitantes de aquella casa, y temerosos le contestan que están en la del capitán Ortiz, al lado del fuerte español.

—¡Al lado del castillo!, repite Huantemahu. ¿Y qué importa? mayor será mi hazaña.

VI

La tempestad no cejaba en su furor; brilló un rayo gigantesco, un trueno terrible repercutió por la llanura, y rojas llamas como encendidas por el rayo, surgieron de los cuatro costados de la ciudad.

Un grito solo, único, salvaje, el grito araucano de la destrucción hizo coro al ruído de la tormenta y al chisporroteo de las llamas.

Se trabó una terrible lucha entre los elementos: las llamas combatían con la lluvia, el agua caía sobre ellas con furor, pero el viento con sus terribles empujes las hacía elevarse en caprichosas y fantásticas formas; y crecían y aumentaban rápidamente envolviendo en sus fundentes brazos las casas y los cuarteles, los árboles de la fortaleza y la torrecilla del atalaya.

¡Qué infernal concierto!

La tempestad en aumento, los truenos retumbando sin cesar, la lluvia en su lucha con las llamas produciendo agudos chirridos, y los vientos silbando para apagar con su bulla los ecos de miles de infelices, hombres, niños ó mujeres que se libraban de las llamas para caer en manos de los enemigos.

Los asaltados no tenían defensa: el terror los dominó, y los araucanos, aprovechando la confusión terrible de los primeros espantosos instantes, saqueaban las casas, mataban á los ancianos indefensos y robaban las mujeres.

Fernando de Figueroa, aterrado en el primer momento por lo impensado de la agresión, al ver el desorden con que combatían los araucanos reune las tropas de su guarnición y sale á batirlos.

Se trabó una lucha terrible en las callejuelas de Osorno, entre dos altas paredes de fuego. Los combatientes, á la rojiza luz de las llamas parecían fantasmas del infierno destrozándose unos á otros con rabia desesperante entre los estrechos muros de fuego de su prisión. Figueroa con los suyos ganaba terreno; los araucanos, sin orden ni mando, retrocedían poco á poco; el botín los embarazaba y el cuidado de los prisioneros les quitaba muchos combatientes.

Los soldados de Osorno peleaban con la desesperación del débil agredido, sin esperanza, pero no por eso sin valor. Figueroa es el primero en la lucha, el primero en avanzar, y el primero en dar ejemplo á los suyos: por eso es que cayó, al fin, destrozado y hecho pedazos; pero cae cuando el enemigo iba ya de retirada, cuando se habían recobrado muchos prisioneros y gran parte del botín.

El incendio continuaba, sin embargo, su devastadora tarea; sus llamas subían cada vez más altas.

Por una de esas estrechas callejuelas circundada de fuego se ve un jinete que atraviesa rápido como una visión; el reflejo de las llamas hace ver de un rojo vivo el grupo que forman el jinete, el caballo y además otro cuerpo humano, velado por flotantes vestiduras.

A poco, desaparece aquella visión entre las llamas.

VII

¡Qué triste ironía de la suerte fué el lucir de aquella aurora!

Un cielo límpido, una atmósfera purísima y celeste y un sol deslumbrador servían de marco á un oscuro mon-

tón de cenizas mojadas, muros á medio caer ó ruinas de casas sobre cadáveres, y ladrillos y piedras destrozados entre arcabuces y lanzas de los soldados.

Allá, en un rincón formado por dos paredes desplomadas, bajo un techo medio carbonizado que humeaba todavía, se veían refugiados unos cuantos hombres, mujeres y niños, destilando agua sus ropas hechas girones, llorando y tiritando los chiquillos, sin habla las mujeres y mirándose las caras; los soldados de la guarnición, abollados sus cascos de metal por los golpes de la lucha y reflejándose en ellos el sol como también en las cotas de sus pechos cuando la sangre ó el barro no deslumbraba su brillo.

¡Qué trágica y terrible es la narración de esa espantosa devastación que la historia recuerda con el nombre de *La ruina de las siete ciudades!*

VIII

Espléndido era el bosque donde Huantemahu tenía su ruca.

Allí se veía una selva virgen de árboles inmensos y tupidos, de robles añosos llenos de protuberancias y retorceduras en los troncos y cubiertos de abundante follaje. Adornaban el paisaje hermosos litres, maitenes de hojas menudas y de redondeadas formas y canelos sagrados; árboles de la superstición, bajo cuya sombra se reunían los consejos de guerra de aquella gente batalladora.

En revuelto desorden, aislados los árboles de una familia ó en grupos más ó menos numerosos, casi siempre entrelazados sus troncos con las enredaderas silvestres ó las plantas parásitas, impidiendo la marcha, á no ser en

los caminos trillados: he ahí el panorama que se dominaba desde aquella mansión salvaje.

Los campos de Arauco se habían sosegado un poco después de la ruina de Osorno; parecía que los combatientes descansaban después de su trabajo demoledor. Contaban y guardaban su botín, se referían mútuamente sus hazañas, y procuraban agasajar sus prisioneras, esperando de ellas dulces horas de placer.

El nombre de Huantemahu era el más repetido, y era narrada por todos su aventura famosa y era por todos elogiada su bellísima cautiva española, de hermosura sorprendente.

—Dulces horas pasarás con ella, le repetían todos, ¡feliz tu suerte!

Huantemahu se alejaba divagando por el bosque y trayendo á su imaginación las varias escenas y situaciones que habían determinado su pasión frenética.

Recordaba su primera embestida á Osorno, su asalto al convento de las clarisas, el momento en que conoció á aquella mujer, los sentimientos que le inspiró y luego, su mala estrella en esa ocasión.

Recordaba que la imagen de aquella mujer se le había clavado en el alma, que sólo en ella pensaba, que en ella cifraba todos sus anhelos de gloria, todo el fin de sus combates y la suerte de sus empresas.

La sed de sangre se había apagado en su corazón, sentía á veces sólo emociones dulces, sentimentales y amorosas. Pero luego después le subían á la cabeza oleadas de sangre que le quemaban el rostro como ardientes llamas; instintos de destrucción y muerte, deseos de lucha y anhelos de descomunales peleas, y en seguida... ambicionaba de nuevo la calma anterior, la vida dulce y

apacible, pero férvidamente amorosa y apasionada, en los brazos de aquella mujer obtenida con tantos heroicos esfuerzos.

Como lo había pensado Huantemahu así sucedió: combates espantosos, ríos de sangre, montañas de fuego, hazañas inconcebibles, y por fin, esa mujer suya... suya... galopando con ella delante en el arzón de su silla en esa terrible noche ya recordada... suya para dormir en su regazo, como soñó tantas veces...

Y sin embargo, Huantemahu no vió cumplidas sus aspiraciones: aquella mujer era su conquista, pero aquella mujer lo dominaba.

La noche del combate quiso descansar teniendo por almohada los brazos blancos y suaves de la española; con ternura la rogó repetidas veces; pero, aquella mujer, de rodillas en un rincón de la ruca, levantaba sus albas manos al cielo, murmurando en su lengua palabras dulces como de auxilio y de misericordia, y llorando y sonriendo á la vez, con una inocencia purísima y con un candor celestial.

Huantemahu de pie delante de ella, la contemplaba extasiado, y contenía apenas su frenética pasión.

¡Qué lucha! ¡Un hombre atlético y de esforzados músculos, de magníficas proporciones, de rostro de líneas suaves, de mirada ardiente y sensual, de corazón de fuego, rebosante de vida y juventud; y ese hombre apasionado hasta el delirio con la natural pasión del león de la selva, ennoblecida y suavizada ante el delicado ser que la inspirara! ¡Qué lucha! Cada vez que las oleadas de fuego de su pasión subían hasta dominarlo con ímpetu irresistible, cada vez que sus deseos se agigantaban y sus anhelos cobraban fuerzas, se le venía á la mente toda

una historia de dulces resistencias, de ruegos y de súplicas, de llantos y dolorosos gemidos.

¡Qué misterioso poder, qué mágico influjo era el de aquella mirada tierna, dulce é ingenua, el de su voz con inflexiones de tórtola que gime, de inocencia que pide misericordia! Acaso el misterioso y purísimo manto de la virginal María, de la reina de los cielos, había caído como defensa y protección sobre aquella mujer acongojada, que con tanto celo guardaba su belleza ofrecida á Dios en el altar de la virgen de las Nieves, al encerrarse en el claustro.

Sí, el manto de la Virgen la cobijaba; sus oraciones eran fervientes y purísimas, y la reina de la castidad á quien invocaba con tanto ardor y entusiasmo, revistió su cuerpo virginal delicadísimo y de bellísimas y peregrinas formas, de un velo tupido é impenetrable de respeto santo y de temor.

Huantemahu vió siempre estrellarse sus amorosos ímpetus en esa valla fortísima que lo anonadaba, convirtiéndolo en manso cordero: su pasión se trocó en una especie de amor platónico, sublimado y meramente contemplativo.

Huantemahu amaba en silencio, desde aquella vez que la española, con palabras dulces y de atrayente elocuencia y con no menos suaves gestos y apacibles expresiones le hizo ver lo criminal de su pasión hacia ella, victima ofrecida por sí misma al Dios eterno en el altar de la pureza.

Parece que el cielo inspiraba á la monja palabras dulces y expresivas, revestidas de sencillez, encanto y suavidad. Al oírlas, Huantemahu se humillaba, pero ardía con más calor el fuego de su alma.

Era feliz contemplando sus célicas facciones, y al mirar sus ojos azules y angelicales pudo convencerse que sólo Dios podía ser el digno esposo de tal mujer, y la respetó como cosa altísima y de valor inmenso, y desterró de su boca y de sus acciones los anhelos soñados y los deseos de placeres y de amorosas dulzuras.

Procuraba cumplir en todo y por todo la voluntad de la española: cuanto ella quería lo alcanzaba, porque allí estaba él como esclavo obediente y sumiso.

La amaba con respetuoso temor y le decía que la contemplaba lo mismo que á la cándida luna que brilla lejos muy lejos.

Era feliz; su pasión se sublimó pasando de los ardorosos arrebatos de la carne á una especie de misticismo, á un estado de pasión que se contentaba con la dulce contemplación del objeto amado. ¡Misterios del candor y de la inocencia. ¡Mágico influjo de la sencillez! ¡Cómo gozaba Huantemahu con arrojar las más preciosas flores de las campiñas de Arauco en el lecho de la española! ¡Cómo caía de rodillas orando de pensamiento cuando la monja, prosternada, elevaba sus preces al Dios de la castidad, y cómo se afligía el corazón del araucano al ver el llanto que asomaba en los dulces ojos de su amada prisionera!

Y la monja lloraba muy á menudo, confundiendo sus lágrimas con sus plegarias incesantes. Por más dulce que Huantemahu le hiciera su prisión, por más flores que esparciera sobre su lecho y por más que á su mesa le llevara los más sazonados y sabrosos frutos, la monja sufría, sufría mucho. Jamás salió de la ruca ni aun á dar un paseo por el bosque, á pesar de las reiteradas súplicas de Huantemahu. La tristeza y la melancolía se ha-

bían apoderado de su alma, y el inminente peligro aumentaba su aflicción.

Siempre triste, siempre llorando, despreciaba las flores y apenas comía. Siempre cubierta con su tupido velo y siempre delante de ese hombre, fascinado por su hermosura y temiendo siempre sus frenéticos arrebatos.

¡Cuántas veces, cuando el sueño la rendía, despertaba sobresaltada y temerosa, no bien segura del respeto de aquel hombre! Pero Huantemahu, tranquilo y reposado, jamás manifestó ni el pensamiento siquiera de criminal abuso.

En las noches de luna, cuando sus nítidos y apacibles rayos se derramaban suavemente sobre la preciosa faz de la española, mientras ésta dormía confiadamente el sueño de la inocencia, Huantemahu, allí cerca de ella, sentía con ansias infinitas su blando respirar, y mil veces tuvo que huir de su presencia allá lejos, al bosque, para contener sus ímpetus rebeldes y los frenéticos impulsos de su amor.

¡Qué variedad de tonos tiene la pasión! Ya es apacible como la luz de la luna, ya brillante y ardorosa como los rayos del sol, ya gorjea como el pajarillo, ya ruge con feroz potencia como el león de la montaña!

El amor de Huantemahu había pasado del frenesí á la dulce contemplación; pero la monja le temía siempre por su natural ardiente y apasionado, y empezó á pedir á su dócil carcelero la más amarga de las concesiones que podía hacerle, la libertad.

¡Cómo se resistió Huantemahu la primera vez que la monja le insinuó tal idea! La libertad, ¡nunca! Y al pensar en ello, H uantemahu recordaba sus hazañas y los peligros que pasó por obtenerla; primero su intento frus-

trado, luego sus anhelos ansiosos, por fin la lucha descomunal, la noche del incendio, su combate con los enemigos y su huída veloz al través de las llamas y de los soldados hasta llegar al ansiado bosque.

Después pensaba en sus anhelos, que no se cumplieron, en su malograda pasión, en sus ímpetus anonadados ante su dulce resistencia, en su fuego abrasador, muerto totalmente ante el frío de la castidad y el hielo de la inocencia. La libertad, ¡nunca! Bastante hizo con respetarla como ella quería! Bastante hizo con enfrenar su pasión y suavizar sus ardientes deseos; ahora sólo se contenta con tenerla á su lado muy cerca de sí para gozar con sus dulces perfumes, para amarla en tranquila contemplación.

Con su vista se contenta, ya no le pide placeres, ya no desea sensuales goces; con mirarla, su alma se satisface, con servirla como esclavo, su pasión está cumplida; ¿cómo darle la libertad? ¿Cómo arrojar lejos de sí su dulce prisionera, cómo matar ese amor? ¡Imposible! Lejos de ella ¡ah! ese sacrificio es más que imposible.

Esta lucha se empeñó con ardor.

Huantemahu se mostró inflexible. Su amor le prohibía ceder. Perdió la monja su última esperanza y empezó á entristecerse como el pajarillo que no verá más su nido, como el desterrado de célica mansión á la cual nunca volverá.

¡Cuánto más oró la monja en su nueva situación! Sus lágrimas caían constantemente, y su faz melancólica y demacrada empezó á palidecer como las flores que el invierno marchita; sus miradas se clavaron en el cielo como pidiendo á Dios que á su regazo la llevara.

Huantemahu también sufría; pero no pudo apagar el fuego de su corazón.

IX

Á la salida del bosque, allá en la verde pradera, recibió el toquí de esos contornos al enviado del capitán Peraza, que venía á proponer canjes y rescates de prisioneros. Allí se ofrecía el precio, y se aceptaba ó nó, discutiéndose por ambas partes las condiciones que se proponían.

¡Qué dulces emociones las del prisionero que entreveía su libertad! ¡Qué ansiedad mientras se hacía el trato! ¡Qué alegría al ser aceptado! ¡Qué decepción y tristeza cuando el dueño lo rechazaba!

—Yo sé, dijo el embajador, que uno de vosotros tiene prisionera una española, monja clarisa de Santa Isabel; ¿cuánto queréis por su rescate?

—El amo soy yo, dijo Huantemahu; nada quiero.

—Hasta dos caballos de guerra ligeros y briosos podría daros, replicó el enviado.

A tal oferta, estimadísima entre los araucanos, todas las miradas se dirigieron á Huantemahu, como esperando su contestación; pero él, con tono seco y desabrido le respondió:

—Es inútil ofrecer, no acepto nada.

—Meditad mi oferta, insistió el enviado; mañana me responderéis...

Sabedora la monja de la escena ocurrida, lloró más que nunca, y con gemidos más amargos y con más tristes suspiros que de ordinario.

—Si no me das la libertad me muero, Huantemahu; por ese amor que mil veces me demostraste, por el ca

riño que me tienes, por eso te lo pido; así serán eternos mi recuerdo y mi gratitud... De otro modo, llegaré hasta maldecirte.

Todo esto era dicho en dulces súplicas, con ademán insinuante, con gesto tierno y afligido, de rodillas, rojos los párpados de tanto llorar y al aire la suelta cabellera, cuyos dorados rizos le caían por el rostro.

Aquel hombre suavizado por el amor, cedió al fin ante esa mujer que lo fascisnaba y cuyas lágrimas hacía tiempo que se habían convertido en mandatos.

—¡Español! dijo Huantemahu al enviado de Peraza, penetrando, entrada la noche, en su tienda, español, queréis la libertad de la monja clarisa; pues bien, la tendréis.

—Claro está, dijo el enviado, dos caballos es difícil conseguirlos y una mujer, y una mujer... al fin no vale dos caballos.

—No creáis que vengo á venderla: esa mujer no tiene precio, cuanto menos el de dos caballos.

—Bien está, generoso parecéis.

—Tú has de decir que me la has robado; lo mismo diré yo: la ley nos prohibe entregar un prisionero, y por eso merecería yo la execración de mis compañeros; rescate no recibiré; decid que tal mujer se la robaste á Huantemahu, una noche que éste andaba por el bosque.

—Bien está, iré á buscarla.

—Español, seguidme.

Y ambos llegaron á la ruca en uno de cuyos rincones oraba la monja con fervor por alcanzar su libertad.

Huantemahu la señaló al español y le dijo:

—Ahí la tienes.

Y huyó corriendo, como temeroso de que su pasión inmensa, subiendo como solía en oleajes de fuego hasta su voluntad, lo hiciera arrepentirse de su generosa determinación.

—¡Qué noble es el alma de ese auracano! dijo la monja al enviado, ¡qué carácter tan generoso el suyo!

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Al siguiente día, sabedores los araucanos del robo de la española de Guantemagu, lamentaban la mala suerte de no haber aceptado el día anterior por su rescate dos caballos.

ISIDRO OSSA

7 de junio de 1890.

EL UÑETAZO DEL DIABLO

(Continuación)

XI

Á la mañana siguiente, y cuando apenas despertaba don Juan de un sueño que no le había dado reposo, el veterano que de asistente le servía le entregó una carta que acababan de enviarle y que el doncel leyó con muestras visibles de agitación, aunque su contenido no le causó ninguna sorpresa:

"Mientras viva don Carlos de Moncada, decía la carta, doña Violante de Altamira no podrá ser esposa de don Juan de Urbina. Tenedlo, pues, entendido. Ó renunciáis á la mano de esa dama, ú os resolvéis á sostener vuestros derechos con la espada. Entre los dos hay un duelo aplazado. Sois valiente y discreto para comprender cuándo debe continuarse el combate suspendido."

—¡Ahora mismo! rugió don Juan vistiéndose aprisa y arrugando con ira el pliego que acababa de leer... ¡Vive Dios, continuó, que no será esta vez el maldito astrólogo

quien me impida allanar el único obstáculo que se opone á mi felicidad!

El billete de don Carlos terminaba con las señas del alojamiento que por entonces había elegido, expresando que allí aguardaba la respuesta de su rival.

Urbina salió aprisa de casa para buscar un amigo que arreglara las condiciones de un duelo terrible, que no debía darse por terminado sino con la muerte de uno de los contendores, ya que era imposible esperar que alguno de ellos desistiese de sus pretensiones. Pero tan luego como puso los pies en la calle se sintió detenido por el cañón de la fortaleza que llamaba á los militares al puesto del deber. Como por encanto, la ciudad comenzó á agitarse y las calles á llenarse de gente, que de todas las puertas salía, ansiosa de saber qué suceso provocaba tales alarmas.

Al estampido del cañón había seguido el agudo clamor de las trompetas y la confusión, carreras y gritos que produce la proximidad de un peligro, cuya naturaleza se ignora.

Á la vuelta de una calle Urbina y Moncada se encontraron frente á frente; pero en vez de detenerse, se miran silenciosos y sañudos, prosiguiendo su camino hacia las casas consistoriales, donde tenía su despacho el gobernador.

Su hidalguía y sus antecedentes les mandaban ahogar sus odios, cuando más no fuera hasta imponerse del peligro que parecía amenazar á la patria.

Al llegar á la plaza, la encontraron llena de gente, en cuyos rostros, ademanes y voces se revelaba la indignación más rabiosa. En medio de los grupos se destacaba la figura de Marín de Poveda, que impartía órdenes di-

versas á los jefes que se le acercaban, quejándose en alta voz del abandono en que la metrópoli dejaba sus costas, exponiéndolas sin defensa á las depredaciones de sus enemigos.

Moncada y Urbina se acercaron respetuosamente al poderoso magnate, preguntándole más con los ojos que por medio de palabras lo que sucedía.

El suceso que tan agitados traía á todos era por demás grave. Micer Urbano había comunicado al gobernador desde su observatorio, la aproximación á la costa de dos naves sospechosas, que por el corte de su casco y el arreglo del aparejo, calificó desde luego como francesas, aunque no arbolaban bandera alguna.

Marín de Poveda apreció desde el primer momento la importancia del aviso que le daba su amigo. España y Francia hallábanse á la sazón en guerra, y según noticias recibidas de Madrid, sabíase que Luis XIV alentaba algunas expediciones de corsarios dirigidas á atacar los puertos de América y á apresar las naves mercantes que comerciaban en el Pacífico. Tanto el virrey del Perú como el presidente de Chile habían tomado cuantas precauciones les había sido dable adoptar para repeler al enemigo, viviendo desde meses atrás en continua alarma, porque la visita de los piratas era una terrible amenaza para las poblaciones del litoral que no contaban con medios de defensa.

Dados estos antecedentes, se comprenderá cómo fué recibido el aviso de Micer Urbano y qué confusión produciría una noticia de esa especie.

En la mansa bahía de Penco mecíase gallardamente una antiquísima nave, que hacía muchos años desafiaba las iras del océano. Llamábase el *Santo Cristo de Leso*,

y era acaso el barco más viejo que se encontraba en los mares del sur.

El *Santo Cristo* se hallaba felizmente en estado de prestar sus servicios, por lo que, siguiendo el parecer de algunos marinos, se le mandó aprestar para enviarlo en persecución de los corsarios; pero éstos que, desde lejos lo habían divisado, entraron arrogantemente al puerto, del cual se retiraron llevando tras sí la venerable embarcación y remolcándola hasta el fondeadero de la isla que cierra la bahía.

Semejante alarde de superioridad consternó á la población entera.

Aquellos hombres de valor probado que estaban hechos á desafiar la muerte, sentían sobre sí todo el peso de su humillación, viéndose impotentes para luchar con un enemigo que los insultaba á mansalva y desaparecía para volver acaso á repetir sus burlas y sus depredaciones.

Marín de Poveda no podía conformarse con la situación de testigo impasible en que su mala estrella lo colocaba.

Era preciso hacer algo por la honra española y por la de los valientes que tenía bajo su mando.

Pasados los primeros momentos y una vez impartidas las órdenes para impedir un desembarque en el caso poco probable de que el enemigo lo intentara, el gobernador reunió un consejo de guerra, al que también invitó á los caballeros más notables de la ciudad. En aquella junta ó cabildo abierto se sentaban al lado del presidente y del obispo militares retirados, guerreros jóvenes, canónigos, frailes y vecinos pacíficos; y aunque la composición de tan extraña asamblea diese por sí sola lugar á

acaloradas disputas y á la propuesta de planes que se desechaban por impracticables, todos estaban acordes en un solo y único pensamiento: recobrar la nave perdida é inflingir un duro castigo á sus aprehensores.

Llamado á dar su opinión, Micer Urbano, que era para el gobernador una especie de oráculo, se excusó modestamente, pretextando su incompetencia en materias tan poco relacionadas con su profesión y habituales estudios; pero como insistiesen muchos en reclamar el concurso de sus luces, accedió á sus deseos proponiendo un partido que, aunque arriesgado, era el único que podía adoptarse por el momento. El plan del astrólogo consistía en armar tres lanchas que los corsarios no habían podido llevarse, y atacar á éstos valiéndose de la oscuridad de la noche. Cada lancha debía llevar un cañón y cincuenta hombres fuertes y decididos para abordar las naves enemigas. La propuesta era atrevida y de difícil ejecución; pero como sobraban los valientes en el ejército español y el consejo estaba dispuesto á aceptar cualquier camino que lo llevase á la venganza, las palabras de Micer Urbano fueron acogidas con estruendosos aplausos.

—El plan es como vuestro, Micer, exclamó el gobernador, estrechando con efusión las manos de su amigo. Tengo confianza en que siguiéndolo obtendremos un glorioso triunfo, mal que les pese á los hijos de esa nación desleal, cuyo monarca mira con envidia nuestro poderío, codiciando la corona de Carlos V, para ceñirla á las sienes de uno de sus nietos.

—¡No querrá Dios que se cumplan tan inicuos deseos! exclamó el venerable obispo Carrasco santiguándose con fervor.

—Témome, dijo para sí Micer Urbano, que al fin y al cabo la progenie de ese aborrecido Luis XIV ha de mandar en nuestra pobre España.

—¡Prospere el cielo en años y en victorias la vida y el reinado del señor rey don Carlos II para gloria de la cristiandad y consuelo de sus fieles súbditos! concluyó piadosamente el leal prelado.

—¡Amén! respondió el astrólogo, dirigiendo mentalmente hacia el porvenir una mirada excudriñadora que le hizo suspirar por la suerte de la dinastía de Carlos V y de la caballeresca nación española.

Entretanto todos los asistentes que por su edad y circunstancias podían creerse útiles para la empresa, se apresuraban á ofrecer sus servicios al gobernador, que desde luego reclamó para sí el honor de mandar el asalto.

Micer Urbano, á quien nunca arrastraba el entusiasmo del primer momento, tomó de nuevo la palabra para combatir la bizarra resolución de su ilustre amigo.

—De ningún modo conviene, señor, dijo con firmeza, que seáis vos el que marche contra los piratas. Vuestra vida es por demás preciosa y demasiado altos los deberes que os impone vuestro puesto, para que os permitamos arriesgar de ese modo vuestra existencia.

—Igual cosa pienso yo, afirmó un anciano guerrero. No sois vos el llamado para realizar una hazaña, que de todas maneras será uno de los hechos más gloriosos de vuestro gobierno.

Marín de Poveda quiso todavía insistir; pero el voto unánime de sus consejeros refrenó sus bríos.

—Para esta empresa, prosiguió Micer Urbano, convienen mozos de gran valor, y si no os pareciera un

atrevimiento de mi parte, os diría á quién confiara el mando del asalto, á ser yo el gobernador del reino.

—Hablad, hablad, repitieron á una varios de los asistentes.

—Sí, deseo saber quién es vuestro candidato, dijo Marín con afabilidad.

—Está bien, señores; puesto que tan benévolos os mostráis conmigo, pronunciaré el nombre de dos bizarros capitanes que en temprana juventud se han conquistado una reputación envidiable... ¿No os parece que don Juan de Urbina y don Carlos de Moncada son los llamados á vengar el ultraje que nos han inferido esos ladrones del mar?

—Pláceme vuestra elección, y la acepto desde luego, respondió Marín levantando políticamente la sesión, temeroso de que algún veterano se manifestase ofendido por la preferencia que se otorgaba á dos capitanes tan jóvenes.

*
* *

Un rato más tarde sólo quedaban en la sala consistorial el gobernador y el astrólogo, combinando con los dos jóvenes capitanes los detalles de la expedición.

Hé aquí que por los medios más inesperados volvía á aplazarse el duelo concertado entre ambos celosos.

La patria amenazada había paralizado sus manos.

¿Cuánto duraría esta nueva tregua?

Esto era lo que se preguntaba con zozobra el astuto y bien intencionado astrólogo.

Por lo que hace á ellos, remitían el duelo para el día siguiente al de la victoria.

XII

Aquel día fué de extraordinario movimiento y animación. Todo era comentarios en los hogares, é incesante trabajo en los cuarteles y arsenal.

Las barcas que debían conducir la expedición fueron reparadas con admirable celeridad, y entre los muchos que brindaban sus servicios se eligió con esmero su tripulación, prefiriéndose para formarla á los pescadores más robustos y audaces y á los soldados más entusiastas y aguerridos.

El pueblo de la antigua Concepción ardía en sed de venganza, y los corsarios debian temerlo todo de sus furores.

Marín de Poveda contemplaba con noble y patriótico orgullo el apresuramiento con que aquellos hombres le ofrecían sus vidas, complaciéndose, sobre todo, en la elección de los jefes á quienes confiaba la difícil tarea de exterminar un enemigo contra el cual horas antes se creía impotente.

Nadie, al ver á don Juan y á don Carlos dar juntos sus órdenes, arengar á los soldados é intervenir hasta en los menores detalles del armamento y equipo de sus embarcaciones, habría recelado lo que ocultaban sus almas bajo apariencias de amistad y fraternal armonía.

Unicamente dos personas, doña Violante y el astrólogo, comprendían la tempestad que rugía dentro de sus corazones. Pero ambos callaban, pensando, con inquietud, en lo poco que debía durar su aparente avenimiento.

Mientras los preparativos de guerra absorbían la aten-

ción de los más, la diplomacia no se mostraba ociosa para buscar una solución pacífica.

Los franceses y el gobernador se habían comunicado por medio de parlamentarios, devolviendo los primeros á los tripulantes del *Santo Cristo* y enviándoles el segundo algunas provisiones frescas; pero como los corsarios se negaban á devolver el barco, condición sin la cual las autoridades españolas no admitían avenimiento de ninguna especie, los aprestos bélicos continuaron con la actividad de las primeras horas.

Á eso de las nueve de la noche y cuando ya la bahía quedaba envuelta en las sombras, Marín de Poveda despidió en la playa á sus expedicionarios, que, protegidos por la oscuridad y en medio del silencio más profundo, se lanzaron en demanda del enemigo.

Mientras las barcas avanzaban impulsadas por el viento que inflaba sus velas, más que por el esfuerzo de los remeros, de los que se prescindía para evitar hasta el más pequeño ruído, los franceses se entregaban al descanso, celebrando su festín á la luz de las hogueras, en uno de los muchos bosquecillos que pueblan la fértil y hermosa isla Quiriquina.

Con la franca afabilidad y ligereza de su nación, los corsarios hacían circular de mano en mano los vasos brindando por la patria y los amores ausentes. Algún viejo marinero cantaba canciones caballerescas y bélicas en tanto que otros más prácticos concentraban sus goces en hacer los honores á las sabrosas viandas que con hidalga cortesía les había enviado el enemigo.

Mientras en un corrillo se jugaba á los naipes, en otro un marinero improvisaba ingeniosos títeres y juegos de ligereza de mano, confundiéndose fraternalmente jefes

y subalternos con aquel compañerismo que reina lejos del suelo nativo entre gentes que dividen unos mismos peligros.

Sólo á los primeros destellos del alba, los muy pocos á quienes el vino no había aletargado, se vieron con espanto rodeados por los expedicionarios de la costa, cuyos certeros disparos dirigidos sobre turbas beodas y soñolientas, interrumpían terriblemente su reposo. Trabajo y no poco costó á los franceses, diezmados ya, y heridos en su mayor parte, ganar sus embarcaciones, lo que sólo lograron, gracias á la pericia y sangre fría que en tan apurado trance desplegaron sus jefes.

Los españoles, que en el primer momento habían echado pie á tierra, dejando en sus barcas parte de la tripulación, emprendiieron un reñido combate impidiendo la fuga de muchos, mientras los de á bordo amagaban á los que volvían á sus naves, persiguiéndoles hasta donde les era dable.

Don Juan y don Carlos se cubrieron de gloria.

Los corsarios se retiraron en vergonzosa fuga, abandonando á los vencedores como trofeo y prez de triunfo el viejo navío que de grado no habían querido entregar.

Decididamente, aquellos temidos forbantes que habían sembrado el terror en el Callao y otros puntos del continente veían palidecer su estrella siempre que se acercaban á las costas del pobre y lejano reino de Chile.

Á eso de las cuatro de la tarde las barcas regresaban á la orilla después de haber dejado meciéndose en su pacífico fondeadero la nave recobrada, sobre cuyo palo flotaba la bandera española.

No podría darse júbilo más ardiente que el que de-

mostró el heroico vecindario de Concepción al saludar á los héroes de aquella gloriosa jornada.

Tronaba el cañón del fuerte, batían marcha los tambores, asordaban el aire las chirimías y trompetas; llegó, en fin, á faltar á las gentes entusiasmadas la voz, enronquecida de tanto vitorear á los jóvenes adalides de la honra nacional que se abrían trabajosamente paso entre la multitud que se agolpaba para contemplarlos.

La bandera francesa que el día anterior enarbolaba la nave represada fué conducida como trofeo á la catedral, donde, pendiente de las bóvedas del templo, debía recordar para siempre el escarmiento de los piratas. Este solemne acto religioso terminó con un *Te-Deum* al que asistieron todas las corporaciones.

Marín de Poveda se gozaba en el triunfo de sus capitanes como si él propio hubiera mandado la expedición, y los que horas antes miraban de reojo el que se confiase á dos mancebos empresa de tanta monta eran ahora los primeros en demostrar la más sincera admiración.

Tan pronto como vió á los jóvenes héroes un tanto libres de las felicitacitaciones con que todos los asediaban, Micer Urbano, que hacía rato esperaba una ocasión para hablarles, se les acercó y tomándolos de la mano los dijo cariñosamente:

—¿No es verdad que no existe nada más embriagador que la gloria, ni más lisonjero que el merecer la gratitud de un pueblo de valientes?

—Es cierto, contestó vivamente conmovido don Juan de Urbina.

—Decidme, don Juan, continuó el anciano, ¿no os consideráis muy dichoso oyendo el clamor de las turbas que os vitorean?

—Ese pueblo paga con demasiada largueza lo poco que he hecho por él, respondió modestamente el joven guerrero.

—¡Viva don Carlos de Moncada! ¡Viva don Juan de Urbina! gritó en esos momentos una voz, á la que respondió con acento unísono la multitud.

—¿Oís? dijo el anciano, ¿oís, caballeros? De ambos es el triunfo presente y á ambos os aclama á la vez la voz del pueblo. Eso quiere decir que en adelante vuestro destino es marchar tan unidos en el camino de la vida como hoy lo estáis en el de la gloria.

Don Carlos oyó con ceño las últimas palabras, soltando con desdén la mano del astrólogo.

Don Juan de Urbina retiró ofendido la suya, pronta acaso á tenderse para reanudar con su compañero de armas la amistad de otro tiempo.

—¡Por Dios, don Carlos y don Juan! Ved que el destino se os impone á pesar vuestro, llamándoos á olvidar los rencores pasados.

—¡Nunca! respondió el de Moncada con voz ronca.

—Sí, nunca será, respondió don Juan. Está escrito que no cabe reconciliación entre nosotros.

Y diciendo esto cada cual se apartó por distinto lado, dejando al astrólogo dominado por dolorosa postración.

—¡Dios mío! exclamó, si vos no obráis un milagro, este pobre anciano será impotente para salvarlos.

***

Aquella noche Marín de Poveda dió á los vencedores una cena suntuosa á la que fueron invitados los más altos dignatarios de la ciudad.

Mientras don Juan y don Cárlos estuvieron sentados á la mesa evitaron con arte el dirigirse la palabra.

Su conducta disimulada no inspiró sospechas á nadie.

Micer Urbano no asistió al festín.

Pensaba en los dos mancebos al propio tiempo que desde su elevado observatorio contemplaba el giro de las estrellas.

—¡Cuánto esplendor arriba y cuánta miseria en el mundo que nos rodea! exclamó al retirarse para reposar. ¡Oh! si los hombres miraran un poco al cielo, no pensarían en otra cosa que en el eterno amor y en la eterna belleza!

XIII

No terminaron aquí los obsequios con que la ciudad celebró el valor de sus hijos y la bizarra conducta de los que los condujeron al combate. Al día siguiente se improvisó una lidia de toros en la que tomaron parte los más bizarros y que don Juan y Moncada presenciaron en un tablado, desde el cual presidían la fiesta con el gobernador y las familias de los personajes más encumbrados del reino.

Allí se hallaba, como es de presumirlo, doña Violante de Altamira, bella y provocadora como nunca, y repartiendo sus sonrisas entre los dos guerreros, ninguno de los cuales le pedía ya cuenta de sus sentimientos.

Violante, á quien la vuelta repentina de don Carlos, causara tres días antes una impresión desagradable, había recobrado la astucia y serenidad de siempre, confiando en que con poco que pusiera de su parte conseguiría disponer á su grado de ambos caballeros.

Éstos, sin embargo, no pensaban lo mismo.

Su resolución estaba tomada y su odio crecía por momentos.

Respecto á Violante, se habían convencido de su falsía, sin conseguir por ello apagar la pasión que les inspiraba.

Semejante disposición de ánimo no les impedía dirigir algunas frases galantes á la dama, que devolvía sus atenciones, ya con sonrisas festivas, ya elogiando algún rasgo de valor de este ó el otro caballero.

Doña Violante sufría un terrible asedio, viéndose á un tiempo vigilada por sus dos amantes. Pero, diestra hasta lo último en las artes de la coquetería, realizaba prodigios de astucia para mantener en perfecta igualdad el fiel de la balanza.

De repente don Juan de Urbina se vió obligado con gran disgusto á abandonar su puesto.

El gobernador lo llamaba para presentarlo á un oidor, que acababa de venir de Santiago á presidir la distribución del real situado y que había manifestado deseos de conocer al joven héroe.

Viendo don Carlos que el campo quedaba momentáneamente por suyo, se dispuso á estrechar de tal modo á su dama que no le quedase camino por donde escaparse.

Era preciso concluir tantas farsas, exigiendo á Violante una resolución definitiva.

—Señora, dijo don Carlos á Violante, clavando sobre ella una mirada severa; necesito saber hasta dónde me habéis sido infiel durante mi ausencia.

—Volvéis el mismo de siempre don Carlos... balbuceó la dama, esquivando artificiosamente la pregunta que se le dirigía.

—Sí, vuelvo amante como en otro tiempo; pero no dispuesto á dejarme burlar por segunda vez.

—¡Qué tono y qué palabras usáis, caballero!... pronunció la dama con todo el acento de la dignidad ofendida.

—Si tanto os hieren mis palabras, ¿qué no sentiré yo cuando me habéis hecho víctima de una falsía sin nombre, cuando durante mi larga ausencia, mientras vuestras cartas me aseguraban de vuestra lealtad, escarnecíais mi fe burlándoos de mí con un rival aborrecido?

—Ved, don Carlos, que estáis abusando de una mujer que no tiene aquí deudos que la defiendan. Eso no es propio de un hidalgo como vos.

—Quiero la verdad, únicamente la verdad, respondió el joven guerrero, exasperado.

—¿Qué exigís de mí, al fin? dijo la joven, alarmada de veras.

—Que en este mismo instante signifiquéis á don Juan de Urbina que todo ha concluído entre los dos.

—Pero si no existe nada entre don Juan y yo.

—¿Os atrevéis á negarlo?

—¿No me creéis?

—Unicamente creeré á lo que vuestras obras puedan decirme.

—Pedís algo muy inconveniente y ridículo... ¿Cómo he de romper lazos que no existen?

—Don Juan de Urbina os ama.

—Lo que no es motivo para asegurar que yo le corresponda.

—Doña Violante, afirmó el doncel con creciente irritación, no puede, no tiene razón de ser el que dos caballeros como nosotros continúen siendo juguete de una mujer que los burla miserablemente. He recibido de vos prendas y favores que sólo se conceden al amante favo-

recido. Don Juan de Urbina cree haberlas recibido también, y al decir de todos, le sobra justicia para ello.

Aquí doña Violante intentó interrumpirlo; pero don Carlos, que no quería perder la ocasión de decirlo todo, continuó, hablándola en el mismo tono:

—Don Juan y yo, dijo él, os adoramos con igual pasión. Ni él cederá ni yo tampoco. Á vos, pues, os toca terminar de una vez la comedia odiosa, que, con mengua de nuestro decoro, estamos representando. Si por amor mío despedís á mi rival, yo me encargo de hacerlo á un lado para siempre; y si, por el contrario, él es preferido, tened seguro que no omitiré medio alguno para hacerle pagar doblemente cara su dicha.

—¿Qué queréis decir?

—Que de todos modos uno de nosotros morirá.

—¡Qué horror!

—¿Os asustáis, doña Violante? Pues esa es vuestra obra. Habéis querido destrozar dos corazones, reduciendo á vergonzosa esclavitud á dos caballeros, entre los cuales podíais elegir con libertad un compañero noble y digno que labrara vuestra dicha. Falsa y cruel con los dos, los habéis llevado, de engaño en engaño, al borde de un abismo, en el cual no tardarán en precipitarse; ¡y os espanta ahora el resultado de vuestras intrigas! Por vos, la amistad, la honra, el cariño probado que nos unía, nuestros servicios al rey y la brillante carrera que nos prometía la suerte, todo va á desaparecer, no quedándonos otra cosa que el odio hoy y para más tarde el remordimiento... Por desgracia, prosiguió don Carlos, enjugándose el sudor helado que bañaba su frente, por desgracia, la fatalidad ha dispuesto que os amemos con una pasión que nos impulsa hasta el crimen y vos seréis

prenda del vencedor, que vendrá á reclamar vuestra mano con las suyas tintas en la sangre del que fué su mejor amigo.

—¿Y si yo no aceptara por esposo á ninguno de vosotros? preguntó doña Violante con sarcasmo.

—Eso no importa desde que la suerte está echada, y en pocas horas más don Juan ó yo habremos dejado de existir.

Aquí llegaba la conversación, cuando don Juan de Urbina, que había contemplado la escena desde lejos, volvió á su puesto, pálido y convulso, con la expresión del que se prepara á hundir su espada en el pecho de un rival aborrecido.

—¡Don Carlos de Moncada! exclamó el mancebo con voz que hacía trémula la ira, os traigo la respuesta de un billete vuestro que recibí el día en que marchamos contra los piratas.

—No esperaba menos de vos, contestó don Carlos, poniéndose de pie.

—¡Don Juan! ¡don Carlos! murmuró estremeciéndose Violante de Altamira, ¿qué es lo que váis á hacer?

—Don Juan de Urbina, dijo el de Moncada, apartándose bruscamente de su dama, despedíos de vuestra amada, porque el viaje que vais á emprender, es de aquellos que no tienen vuelta.

—¡Que Dios os perdone, doña Violante! pronunció don Juan de Urbina con acento que aterró á la dama, como si oyese una voz que le hablara desde los senos de la eternidad; y sin volverse para mirarla, siguió á don Carlos, que comenzaba á bajar del tablado.

*
* *

—¡Vuestra espada, caballeros! gritó un capitán de guardias, interponiéndose á su paso.

—¡Cómo es eso! replicaron ambos sorprendidos.

—Os la pido en nombre del gobernador.

—No os comprendo; dijo don Juan de Urbina. ¿Por qué causa se nos reduce á prisión?

—Lo ignoro, contestó el oficial, á quien traía no poco disgustado la comisión que estaba desempeñando.

Los dos hidalgos llevaron la mano á la guarnición de su espada, dispuestos á oponer una fuerte resistencia.

—Obedeced, señores, como cumple á dos hidalgos á quienes se requiere en nombre del rey, sonó de cerca una voz conocida.

El que acababa de hablar era el mismo Marín de Poveda, que llegaba allí, temeroso de una violencia.

Moncada y Urbina siguieron en silencio á su aprehensor.

La lidia continuó, sin que la mayor parte del público notase la ausencia de los héroes de la fiesta.

Como el lector lo habrá comprendido, el gobernador obraba, en esos momentos, obedeciendo á los ruegos de Micer Urbano.

XIV

Aprovechando la apacible serenidad de la mañana siguiente, el astrólogo, que había pasado una noche de desvelo, se lanzó al campo con las primeras claridades del alba.

El sabio botánico miraba con particular predilección el alegre despertar de la naturaleza. Un campo cuajado de flores le hablaba del cielo, lo mismo que el horizonte estrellado, objeto eterno de sus más queridos estudios.

Completamente extraño á las pasiones del mundo en que vivía, sin ambición de nombre ni esperanza de recompensa, el astrólogo había seguido á Marín desde Europa sin otro fin que el de estudiar la variada y magnífica flora americana, y añadir algo siquiera á la suma de los conocimientos humanos.

De noche, el telescopio; de día, el estudio de las flores y de las yerbas: la astronomía, la botánica y la medicina, la mente que se pierde en las regiones de lo infinito, el ojo que con paciente esmero excudriña la tierra para arrancar sus secretos á la ignota planta que brotó en las junturas de las peñas, ó al arbusto despreciado que crece á la orilla de los caminos . . . ¡Sencillos amores del sabio, que en lo grande y en lo pequeño encuentra cada día nuevas razones para admirar y bendecir la omnipotencia divina!

El viejo astrólogo no se cansaba de recorrer valles y montañas, llevando, á veces, sus excursiones hasta algunas leguas de la ciudad. Cansado de bullicio y de alarmas, de batallas y de fiestas, ensilló temprano su mula y, deteniéndose ora aquí, ora allá, siguió al través de los bosques, al través del risueño valle que fecunda el Andalién con sus claras corrientes.

*
* *

Casi á la misma hora abandonaban á Concepción dos caballeros, cada uno de los cuales se apartó de la ciudad por diverso camino.

Aunque por lo temprano de la hora eran muy pocos los que recorrían los senderos, ambos recataban el rostro, como si temiesen ser conocidos, y espoleaban sus

cabalgaduras cada vez que divisaban, á lo lejos, algún trajinante español ó algún indio que se dirigía á la ciudad á vender sus pobres mercancías.

De los dos jinetes, el uno seguía el camino real, mientras el otro buscaba, al través de los cerros y quebradas, sendas de travesía que lo llevasen más pronto al término de su viaje.

Lo que más habría llamado en ellos la atención era, sin duda, el traje que vestían, más que impropio en aquellos sitios y en aquella hora.

Efectivamente, sus jubones bordados de plata y sus brillantes capas de corte, que ondeaban agitadas por el viento, les daban el aspecto de galanes que acudían á una cita de amor. Sus dagas morunas eran de un precio exorbitante, lo mismo que sus espadas y las guarniciones de los tiros y cinto.

Después de recorrer más de una hora aquellos solitarios sitios, ambos caballeros se juntaron en una especie de claro ó plazoleta rodeada de sauces, cerca de la cual volcaba sus aguas el apacible Andalién.

Con una precisión matemática que parecía entrañar algo de fatal, llegaban al mismo tiempo al sitio convenido, de donde uno de los dos, ó ambos quizás, no debían volver nunca á la ciudad.

El odio los había arrastrado hasta allí para destrozarse como chacales y expirar alejados de sus semejantes y sin los auxilios que el cariño, la religión y la ciencia prodigan al hombre en sus últimos momentos.

No hay que decir que eran don Carlos de Moncada y don Juan de Urbina, que se habían dado la cita de la muerte.

La noche anterior ambos habían dormido en una pri-

sión; pero al rayar el alba, gracias á la complicidad de sus carceleros, se encontraron libres y frente á frente para empeñar una lucha sin cuartel, duelo impío y terrible, sin más testigo que Dios, que desde el cielo los condenaba.

Al dejar sus caballos, que cada cual ató á un tronco, ambos contendientes se saludaron con helada cortesía.

—Al fin, nos hallamos solos y lejos de ese endemoniado astrólogo, dijo uno de ellos, desnudando la espada. No perdamos el tiempo, don Juan.

—El campo es nuestro y nadie vendrá á interrumpirnos, contestó el otro, poniéndose igualmente en actitud de combate.

Nada más se hablaron.

Centellearon los aceros á la luz del sol, agitáronse los brazos y comenzó una lucha, en la cual se disputaban la victoria la ira con la ira, el valor con el desprecio de la vida y la destreza con la destreza.

Jamás se habían visto tan equilibradas las condiciones de los combatientes.

Los dos adversarios poseían fuerzas iguales y lidiaban con igual maestría, ya se tratara de herir al adversario, ya de parar alguno de sus golpes.

Mirándose sin pestañear, silenciosos, sombríos y terribles, reñían sin que se pronunciase ventaja alguna, no oyéndose en torno otro ruído que el chocar de los aceros. La venganza, fría é implacable, se encarnaba en aquellos hombres, que se atacaban desesperados de no poderse herir y sin vislumbrar el término de un lance entre adversarios que no se llevaban ventaja alguna. Hubiérase dicho que más bien que un duelo aquello era

un juego de esgrima destinado á agotar las fuerzas de los combatientes.

—¡Esto va haciéndose horriblemente fatigoso! exclamó de repente don Juan de Urbina, dirigiendo furioso su espada al corazón de don Carlos.

—Sí, la venganza tarda demasiado, respondió su rival, desviando el golpe, al mismo tiempo que asestaba á don Juan una estocada mortal.

Sintiéndose herido de muerte y viendo correr á borbotones su sangre, don Juan vaciló, llevó las manos al pecho, y derrumbándose en el suelo, murmuró entre los extertores de la agonía:

—¡Perdóneos Dios, don Carlos, como yo os perdono!

El desdichado mozo no pronunció una palabra más. ¡Había sido herido en medio del corazón!

—¡Violante es mía! exclamó don Carlos de Moncada, con satánico gozo.

Pero este arranque de júbilo impío pasó veloz como el rayo. Las palabras de don Juan y el aspecto de éste, que expiraba sobre el campo ensangrentado, entre las convulsiones de una agonía angustiosa, operaron en su alma una reacción violenta y terrible.

—¡Ah! don Juan! don Juan de Urbina! Mi amigo!... mi amigo, mi hermano! gritó con desesperación don Carlos abrazándose al cuerpo ya sin vida de su desdichado rival.

. . . . . .

*
* *

Media hora después, Micer Urbano, ignorante de cuanto había pasado, llegaba al soto de los sauces ganoso de tomar algún descanso.

El espectáculo que se presentó á su vista no podía ser más lastimoso.

Sobre un charco de sangriento lodo yacía allí el cadáver de don Juan de Urbina, del joven heroico, á quien horas antes todo un pueblo aclamaba el espejo de los valientes y el vengador de la patria.

No había para qué preguntar quién había apagado para siempre aquella existencia tan gloriosa; y aunque el astrólogo comprendió quién era el matador, no pronunció su nombre para invocar contra él la justicia de Dios.

—¡Ah! Violante, Violante! exclamó. La sangre de ese generoso mancebo cae sobre tu frente. Ya es imposible que seas dichosa.

XV

El salteador vulgar, que oculto en la encrucijada acecha traidoramente al caminante pacífico, y, no contento con despojarlo de sus tesoros, le arrebata además la vida, causa á la sociedad un profundo horror. Ese hombre, á quien la justicia persiguió sin tregua hasta sorprenderlo en su recóndito asilo, cae al fin, herido por la espada de la ley, sirviendo de espectáculo á la plebe feroz que acude á presenciar su agonía.

Pero los jueces de la tierra, tan prontos y severos en la represión de los hechos materiales que perturban el orden social, son impotentes pata castigar muchos crímenes que por su naturaleza escapan á su acción.

Vemos que un hijo de familia, cegado por la codicia ó extraviado por malos consejos, sustrae fraudulentamente una suma que horas más tarde pierde en aristocrático garito. Sorprendido en su crimen, se le sepulta en la cárcel, mientras los que, á sabiendas quizás, se repartieron

el dinero robado, son los primeros en baldonarlo, y continúan llamándose hombres de honor. El que con una sonrisa equívoca destruye para siempre la fama de una pobre mujer, ni siquiera recuerda al día siguiente el mal que con perversa ligereza causó. Tal hombre, fingiendo celo por la cosa pública, calumnia las intenciones más puras, infiriendo una mancha moral á un patriota honrado, que por circunstancias especiales no puede justificarse á los ojos de sus conciudadanos, y no hay quien le tome cuenta de su villano proceder! Tal otro, en fin, mintiendo amores y pronunciando juramentos que no se cree obligado á cumplir, arrastra á la perdición á una joven infeliz, que, no pudiendo resistir á su vergüenza, expira amando todavía á su ofensor, mientras éste recorre sonriente y alegre los salones, pensando en tender nuevos lazos á otras criaturas indefensas y confiadas. Mañana sacrificará nuevas víctimas sin hallar nadie que le arroje á la cara su perfidia. Esos asesinos del alma, esos cobardes ladrones de la honra y de la ventura de sus semejantes quedan generalmente impunes: tan mezquina é ineficaz es la justicia del mundo.

Pensando en estas amargas desigualdades que hacen vacilar á tantos espíritus débiles, el astrólogo regresaba á Concepción á pie y llevando del diestro su mula, sobre la que había colocado el cadáver de don Juan.

—¡Lo que es la vida! exclamaba. Ayer no más estos dos mozos eran aclamados por una multitud entusiasta que arrojaba flores y coronas de laurel á su paso. ¿Quién no envidiaba su suerte? ¡Cuántos eran los que pensaban que andando el tiempo llegarían ambos al pináculo de la gloria, levantado su nombre al par del de los guerreros más famosos de la cristiandad! Todo lo tenían entonces:

la fama, el aprecio de sus amigos, el aplauso popular, un porvenir alumbrado por la esperanza, la dicha á un paso si supieran buscarla, la copa de la juventud desbordándose de felicidad. Ya no les resta nada; volcóse el carro á la mitad de la carrera y á corto espacio de la meta suspirada. ¡Nobles é infortunados mancebos! ¿Cómo pudisteis cegaros por quien no merecía uno solo de nuestros suspiros?

—El menos desdichados de los dos, continuaba el anciano, es sin duda el que va ahí convertido en una masa de hielo. El otro vagará prófugo, roído por los remordimientos, perdida para siempre la paz del alma, fratricida inconsciente, destinado á caminar errante como Caín, sin poder nunca huir de sí mismo. ¡Y cuando pienso que la que oscureció tan brillantes destinos, la que con sus artificios puso el puñal en manos del matador, vivirá muchos años contando esta tragedia entre los triunfos que le ha proporcionado su belleza fatal; cuando me figuro que todavía he de verla mañana sonreír á otros donceles y arrebatar la fe á otros corazones generosos, mintiendo amores, encendiendo celos rabiosos y desesperados, jugueteando con cuanto hay de más noble y santo, y derramando en su camino la semilla de la desgracia... ¡Oh! cuando esto pienso, no puedo menos de preguntarme: ¿Por qué es tan tarda en herir la justicia de lo alto? ¿Cuál es la expiación que se reserva para los que así la escarnecen?

Micer Urbano se sentía agobiado. El trágico fin de don Juan de Urbina y la suerte de su matador, á quien seguía profesando el afecto de siempre, lo llenaban de desolación.

Todos sus cálculos habían fallado.

Lo único que había podido conseguir fué el demorar por algunos meses la tremenda catástrofe.

Micer Urbano no dudaba ciertamente de la justicia del cielo; pero se lamentaba como Job en el exceso de su amargura.

—Cuando miro la impunidad del crimen en la tierra, concluyó, poniendo fin á sus tétricas reflexiones, comprendo que es necesario remontarse muy alto para que la fe no desfallezca. Bien hago en pasar contemplando esos mundos de luz, que no ha manchado la iniquidad y que, revelándome la inmensidad y el poder de Dios, me hablan de un más allá en que toda injusticia encuentra su reparación. Tú, Dios mío, toleras en el tiempo que el inicuo obre el mal; pero llega un día en que la virtud se ve vengada y los que, juzgando por las apariencias, dudaban de ti, doblan la frente para acatar tu fallo. Sí, Señor; conviene que veamos aquí los pasajeros triunfos del impío, para que en la eternidad resplandezca tu justicia vengadora y quedes victorioso de los juicios que contra ti se formaren los hombres.

*
* *

Ruidos alegres de una conversación animada, sonoras y francas risas que se oían muy cerca interrumpieron las meditaciones del cristiano filósofo, que, deteniendo el paso, alzó los ojos para mirar quién venia.

—¡Poder de Dios! ¡qué pronto has respondido á mis pensamientos! exclamó el astrólogo reconociendo desde lejos á doña Violante y á doña Juana que avanzaban á su encuentro montadas en briosos corceles y acompañadas de un solo escudero.

—Ya lo veis, señor naturalista, no diréis qne sois el único que goza de los encantos de esta fresca y espléndida mañana, pronunció festivamente desde lejos la gobernadora, mientras su acompañante miraba distraidamente de un lado á otro como si se sintiera arrebatada por la risueña amenidad del paisaje.

—Señora... balbuceó inclinándose Micer Urbano, al mismo tiempo que ocultaba tras un árbol su fatigada acémila.

—Venís de vuelta cuando recién nosotras llegamos. Debéis de haber comenzado antes del día vuestro paseo.

—He salido hoy demasiado tarde, respondió el astrólogo, con cierta intención de que las damas no se dieron cuenta.

—¿Y qué me traéis de vuestra expedición? ¿Tal vez alguna planta rara ó alguna flor desconocida de esas esas que tanto me agradan?

—No siempre se recogen flores á nuestro paso, sobre todo cuando hay que regar con lágrimas el camino que recorremos, dijo el sabio.

—¡Qué pálido y macilento venís! observó doña Juana, á quien llamaron la atención tanto las palabras como la tristeza profunda que se pintaba en el rostro del fiel amigo y consejero de su esposo. ¿Estáis acaso enfermo?

—¡Pluguiera al cielo, noble señora, que este cuerpo cansado se inclinara al fin á la tierra para no levantarse jamás! Así terminaría pronto una carrera, en la que á cada jornada se tropieza con un nuevo dolor.

—Pero, ¿qué ha acontecido? preguntó alarmada doña Juana.

—Sucede, señora, respondió el anciano, que el hombre desengañado, á quien agovian la experiencia y los años

se mantiene firme, mientras caen los jóvenes á quienes todo sonríe en el mundo. ¿No sería mejor que se desplomara el tronco carcomido en vez de caer tronchado por el rayo el cedro, honor del bosque?

—Explicaos, por Dios, que no acierto á entenderos, dijo la esposa de Marín, comprendiendo que iban á anunciarle algo muy funesto.

—Soy mensajero de malas nuevas, señora.

—¿Acabaréis, por Dios?

—Don Juan de Urbina, el más noble de nuestros guerreros... pronunció el astrólogo con voz entrecortada.

—Don Juan de Urbina... ¿y qué? interrumpió vivamente la gobernadora,

—Ha muerto, concluyó con voz lúgubre Micer Urbano.

Al oír estas palabras doña Violante de Altamira lanzó un grito desesperado.

—¡Conque ahora lo lloráis! ¡Conque vos que abristeis su tumba lamentáis ahora su muerte! gritó el astrólogo con voz aterrante.

La joven no pudo responder. Su corazón le revelaba lo que había pasado.

—Sí, pronunció lentamente Micer Urbano, ha muerto don Juan de Urbina, el vencedor de los piratas y la flor de nuestros guerreros. No expiró como deben morir los héroes, en el campo de batalla, sino en un aislado rincón á orillas del río, en un sitio solitario, sin un sólo amigo que recogiera sus últimas palabras.

—Pero don Juan estaba preso... observó doña Juana, reponiéndose algún tanto, mientras Violante, que había descendido de su cabalgadura, se retorcía los brazos con desesperación.

—Sobran á un caballero los medios de sobornar á sus guardas, señora, respondió el astrólogo contestando á la última observación de doña Juana.

—Pero ¿quién puede haberlo asesinado?

—Preguntádselo á doña Violante. Acaso ella podrá responderos mejor que yo. Por lo que hace al cadáver del malogrado mozo, viene conmigo. Acabo de recogerlo no lejos de aquí, dijo Micer Urbano, extendiendo su brazo hacia el sitio donde quedaba atada su mula. Venid, si queréis, doña Violante, venid á regarlo con vuestras lágrimas, vos á quien tanto quería. ¡Quién sabe si despertaría al sentir sobre su frente el llanto del amor!

Doña Violante cayó exámine en tierra al contemplar el helado cadáver de aquel hombre, de cuya eterna desgracia debía responder á Dios.

Doña Juana y el astrólogo, éste severo y mudo, ella con los ojos arrasados en lágrimas, quedaron contemplando á la joven, que sólo volvió en sí para proseguir en las manifestaciones de su sentimiento.

—Ella lo amaba, pronunció con tierna lástima doña Juana de Urdenagui. Lo amaba, creédmelo. Si hubo ligereza en su conducta, su dolor y su arrepentimiento la redimen.

—Su arrepentimiento es demasiado pronto y explosivo para que dure mucho, observó el anciano con un gesto de desdeñoso escepticismo. No tengáis cuidado por vuestra amiga, noble señora; las lágrimas no marchitarán por largo tiempo sus sonrosadas mejillas.

XVI

En el palacio de Marín de Poveda reinaba, entretanto, una viva alarma.

El gobernador, á quien el astrólogo había instruído de todo, se levantó aquella mañana resuelto á tomar las medidas más severas si no lograba hacer desistir á ambos jóvenes del proyectado duelo.

Resuelto á no perder un momento, dió orden de que inmediatamente compareciesen á su presencia; pero al poco rato supo, con tanta sorpresa como disgusto, que habían quebrantado su poco segura cárcel.

Desde este momento el gobernador lo temió todo. Receloso de una catástrofe, despachó en varias direcciones emisarios que buscasen á los fugitivos, ofreciéndoles cuantiosos premios si llegaban á tiempo de impedir una catástrofe.

Animados por el cebo de la recompensa y el simpático interés que don Juan y don Carlos les inspiraban, los enviados se lanzaron á la siga recorriendo los caminos sin encontrar una huella de los presuntos duelistas.

Sólo una de estas partidas llegó al punto donde se encontraban el naturalista y las desoladas damas. El cadáver del infortunado don Juan fué entregado á los emisarios del gobernador, que en compañía de Micer Urbano lo condujeron á la ciudad.

Las señoras quedaron atrás.

Doña Juana de Urdenagui, á quien la piedad natural en su sexo y sobre todo el ciego cariño que profesaba á su amiga, la inclinaban á la indulgencia, se esforzaba del modo que podía en confortar á la decaída Violante. Esta última, anodada por la tremenda catástrofe y recordando la secreta preferencia que le merecía acaso la víctima de don Carlos, sentía todo el peso de su insensata conducta.

Lloraba al muerto con desesperación, y sin querer confesárselo á sí misma, se estremecía al pensar que la

protección de doña Juana podía ser impotente para librarla en el primer momento del justo enojo del gobernador.

Por una parte, el amor; por otra, los remordimientos y el miedo al porvenir, junto con el terror que le inspiraba el fallo social, le hacían sentir las tremendas responsabilidades que cargaban sobre sus débiles hombros.

Violante daba lástima.

La angustia destrozaba el corazón de los que la veían.

Era preciso separarla de aquel sitio; pero ella se negaba á dar un paso.

Doña Juana de Urdenagui no sabía qué hacerse.

Al fin, después de un rato de inútiles súplicas, la gobernadora logró reducirla, y aprovechando un instante de calma relativa:

—Volvamos, hija mía. No podemos quedar para siempre aquí, le dijo, cubriéndola de lágrimas y besos.

—¿Y á dónde iré yo? preguntó Violante con profuuda inquietud.

—Á mi casa.

—¡Á palacio!

—Sí, á mi casa, donde mi cariño hará imposibles por consolarte.

—Nó, dijo Violante con firmeza, no volveré nunca á esos sitios.

—¿Y á dónde quiere ir entonces?

—Á las Trinitarias, respondió la joven con un acento que no daba lugar á contradecirla.

Siendo por entonces inútil prolongar aquella penosa lucha, doña Juana de Urdenagui creyó prudente acceder á los deseos de su desgraciada amiga, á quien

acompañó personalmente hasta el locutorio del convento.

Violante de Altamira quedó allí, bajo la protección de las venerables religiosas, que prometieron velar por ella y amarla á proporción de lo inmenso de su desgracia.

Aunque creía terminadas sus relaciones con la tierra, y que su destino era morir en aquel santo asilo, la joven sintió un profundo terror al ver cerrarse á su paso las puertas que separan al claustro del mundo.

XVII

Dejaremos á Violante de Altamira en su retiro de las Trinitarias, á donde, impulsada por el arrepentimiento ó acaso por el temor del juicio público, se proponía llevar una vida de soledad y de penitencia, entre las inmaculadas vírgenes que habitaban aquel claustro, centro hasta hoy de la virtud más austera y de las tradicciones más gloriosas de la Iglesia patria.

Aunque en el drama sangriento que había tenido lugar en las apartadas orillas del Andalién, tocaba una inmensa responsabilidad á la casquivana doncella, existía otra persona mucho más digna de lástima, porque se creía menos acreedora al perdón de Dios y al de los hombres.

Tal era don Carlos de Moncada, que, desesperado y frenético, se lanzaba á esas horas á carrera tendida al través de laderas y llanuras, huyendo de un enemigo invisible que implacable lo perseguía:

—¡Violante es mía! había exclamado viendo caer á su

contrario sobre la arena enrojecida. ¡Violante es mía! se había dicho, juzgando abatido para siempre el sólo obstáculo que parecía oponerse á su ventura. Y cuando, arrastrado por el vértigo de una pasión desenfrenada, creyó ver delante de sí una vida entera de embriaguez, de goces y de delirio, hallóse frente á frente con el espectro sombrío de la muerte, y con que un mar de sangre se interponía entre él y la mujer que con tanto ardor codiciara.

¡Desgraciado mozo! Su júbilo feroz se disipó con la celeridad con que se extingue la luz del relámpago, que después de recorrer de un extremo á otro el horizonte deja en pos de sí las sombras de una noche sin estrellas.

Don Carlos de Moncada abrió los ojos ante la horrible realidad para contemplar lo que en adelante le esperaba.

Hallábase á solas con su conciencia, teniendo á sus pies el helado cadáver del hombre á quien debía la amistad más desinteresada y leal. El que allí yacía, inmolado por su propia mano, le había sido adicto desde la infancia. La vida de ambos había corrido unida como dos arroyos que confunden sus caudales en una misma madre. Nada debió separarlos, ni el interés, ni las rivalidades de la honra, ni el amor, ni los celos mismos. Hermanos por el alma, su deber era haber continuado en igual fraternidad hasta los confines del sepulcro.

¿Cómo era que al presente sus manos y su espada estaban cubiertas de sangre, cuyas manchas nadie podía borrar? ¿Era aquello una pesadilla horrorosa? Y si no lo era ¿cómo explicarse el que se hubiese lanzado al fratricidio, sin meditar antes la enormidad del crimen que iba á cometer?

La situación de don Carlos era terrible. Rasgado el velo de una extraña ilusión, se disipaba como el humo el rencor que lo arrebatara, y apagándose la sed rabiosa que para saciarse le pedía sangre y más sangre, volvía á amar al que horas antes era para él objeto del odio más desapiadado y salvaje.

¡Misterios del corazón!

Basta un instante para que nuestra pobre inteligencia lo considere todo de distinta manera.

Esa Violante á quien lo había sacrificado aparecía á sus ojos tal cual era en realidad.

Él y don Juan de Urbina habían sido víctimas de una mujer liviana, á quien debieron hollar como una serpiente venenosa; pero reducidos por ella á la más vergonzosa esclavitud, se habían precipitado para siempre en el abismo.

El amor ciego y el orgullo desenfrenado los habían tornado en fieras sin piedad, ahogando en su pecho todo sentimiento noble, y después del tremendo combate que acababan de sostener, el vencedor era doblemente infeliz porque cargaba para mientras viviera una terrible herencia de remordimientos y de dolor.

El día anterior no más era don Carlos uno de los primeros personajes del reino. ¿Qué le quedaba al presente del aplauso popular y de la gloria tan noblemente conquistada? ¿Qué papel representaría ante la sociedad, no siéndole posible defender ante ella una causa que creía perdida? ¿Qué pediría á los hombres, cuando había manchado los laureles adquiridos junto con su hermano de armas, cuyo nombre recordaría su crimen, cada vez que alguien intentase renovar la memoria de sus hazañas?

¿Tendría siquiera valor para acercarse á la mujer por quien todo lo inmolara y que no despertaría en su alma sino sentimientos de desprecio y de horror?

Soñar en ese amor habría sido la última de las aberraciones.

Entre don Carlos y doña Violante se interponía el espectro vengador de don Juan de Urbina.

El amor por el cual habría dado la vida no era sino la maldición de ambos en la tierra.

Abrazando con una sola y rápida ojeada el presente y el porvenir, don Carlos de Moncada se consideró borrado para siempre de la lista de los vivos, extraño al mundo y excluído de todas las esperanzas y alegrías que pueden embellecer la existencia.

En aquel siglo de heroísmo, cuya grandeza contrasta con nuestro mezquino modo de ser, casi no se conocía el suicidio, puerto á que se acogen los desesperados sin energía ni virtud en las épocas de corrupción social. Por eso no ocurrió á don Carlos la idea de arrojarse sobre su espada junto al cadáver de su infortunado amigo. Así es que en vez de precipitarse ciego y frenético en un abismo más oscuro que las tinieblas que le rodeaban, pensó en la expiación que merecía su crimen y en redimirlo por medio de la penitencia y de las lágrimas.

¡Había sido muy culpable! Pero aun podía alcanzar la misericordia divina, y, tras largos días de soledad y de dolor, levantarse purificado, no ante los hombres, cuyo trato pensaba huir para siempre, sino en presencia del cielo, que jamás rechaza al que implora humildemente su piedad.

Recordando las grandes expiaciones de que habla la historia de su patria y tantos guerreros heremitas que purgaron en los desiertos una larga serie de iniquidades, resolvió imitar su ejemplo, viviendo en adelante tan sólo para Dios.

Dejando aquel sitio funesto, donde todo contribuía á aumentar su desesperación, atravesó el Andalién y se internó en la montaña para buscar un asilo donde sepultar para siempre su vida.

Veloz como el viento, lanzóse por el primer sendero que halló al paso, y dejando atrás los caminos que antes había recorrido en partidas de placer ó conduciendo sus soldados al combate, se perdió en la espesura de los bosques, confiado en que no había de serle muy difícil encontrar un retiro á propósito para realizar sus fines.

No había en aquellos lugares un sólo paraje que no le fuera familiar. Parecía que al huir de él le salían al paso sus recuerdos, empeñados en detenerlo, ó hacerle volver hacia atrás.

Aquellas colinas tantas veces regadas por la sangre de los héroes sus compatriotas; los vallecitos llenos de poesía y de misterio, que en tiempos felices había recorrido en compañía de su amigo, fatigando la caza ó estudiando el terreno más adaptado para una sorpresa militar; las angosturas de la sierra donde el uno salvó al otro de perecer en una emboscada; la choza lejana del ganadero donde descansaron tras larga caminata; el peñol rasgado y árido colocado frente á la loma florida como se encuentran en el mundo los dichosos y los desventurados; la cascada espumosa, la fuente mansa y tranquila; todos aquellos paisajes de índole y tonos tan diversos que se presentaban y desaparecían á sus ojos, guardaban im-

presa alguna memoria que alzaba su voz pronunciando melancólicas despedidas.

Había sido muy dichoso recorriendo esos lugares, llena el alma de sueños y de ambiciones nobilísimos. Ahora los cruzaba por última vez con el corazón oprimido por la angustia, y resuelto á sepultarse vivo en el olvido y la soledad.

Su resolución era invariable, aunque bien comprendía no haber nacido para enterrarse así en la flor de sus años.

¡Adiós, ilusiones, amor, engrandecimiento y poderío! Don Carlos de Moncada podía decir de sí lo que Job: "Pasaron mis días. Todas mis ilusiones se han disipado, destrozando mi corazón; ya no me queda otra cosa que el sepulcro!"

XVIII

Corriendo, corriendo sin descanso y guiándose únicamente por el acaso ó el instinto de su caballo, don Carlos de Moncada llegó, al caer de la tarde, á un sitio oculto en lo más recóndito de la montaña y al cual no daba acceso ningún sendero conocido.

Resguardadas por cerros cubiertos desde la falda á la cumbre por sombríos y melancólicos pinares, hijas de la sierra y como si fuesen escalones ó gradas para subir á las cimas más altas, se levantaban allí dos colinas enanas á cuyas plantas se extendía un vallecito, verdadero jardín formado por la naturaleza en un punto adonde quizás no había llegado hasta entonces el hombre á despertar los ecos con los rugidos de sus pasiones ó los ayes de su dolor.

Desde lo alto de una de aquellas colinas se desprendía pura y diáfana, formando sonora catarata, una fuentecilla que se precipitaba en la hondonada como si estuviera ganosa de llegar pronto al suelo que debía fecundar.

Aquella limpia vena de agua cruzaba toda la extensión del reducido valle, derramando á su paso la amenidad y la frescura. Al borde de sus márgenes sesgas y torcidas crecían en múltiple variedad pequeños arbustos y florecillas silvestres, de esas que transplantadas en los jardines, se marchitan y languidecen, privadas del ambiente húmedo que las nutre en el suelo nativo.

El aire que allí sopla está saturado de esencias. El olor balsámico de los pinos, las emanaciones que se desprenden de los mirtos y el aroma suave de las flores, se confunden al agitarse el viento, como en un incensario la mixtura compuesta de diversos perfumes.

Avellanos y canelos levantan en los alrededores su frondoso ramaje, el piñón ostenta sus cabezas compuestas de sabrosos frutos y el blanco copihue se enreda de aquí á allá, donde quiera que encuentra un árbol á que asirse, ligando con sus guías al roble gigantasco con la patagua y el arrayán, ó descendiendo en verdes festones de las puntas salientes de las rocas. Helechos de las familias más raras y variadas nacen en el suelo y en la juntura de las peñas, y en todas partes brota nespontáneas y sin orden la papa y el liuto, y las *frutillas* dejan ver entre las hojas sus cabezas rojas llenas de sabor y de perfume.

*
* *

Difícil era encontrar en aquellos campos privilegiados un sitio más apacible y á propósito para las contemplaciones de un solitario.

La naturaleza lo brindaba allí todo: el alimento para el cuerpo y la dulce quietud que aplaca las tempestades del alma.

Don Carlos resolvió no pasar más adelante.

Dejando á su caballo pacer libremente á las orillas del arroyuelo, se sentó fatigado junto á la vena de agua, donde permaneció largo rato llorando su desventura.

Entretanto el sol bajaba, y mientras las altas cimas de las sierras á larga distancia se extendían, ocultando aquel rincón de la tierra, el vallecito iba envolviéndose dulcemente en las sombras de una noche anticipada, como esas existencias que en temprana edad ven ocultarse el astro de la esperanza tras las nubes plomizas que empuja el viento asolador de la desgracia.

Don Carlos miraba huir los últimos rayos del crepúsculo, encontrando en la noche que se apresuraba á llegar, una imagen de lo que sería en adelante su vida.

Al presente sólo era un miserable náufrago del mundo, á quien horrorosas tempestades acababan de arrojar á una playa desconocida, á la que no arribaría jamás un barco que lo volviese al lejano puerto de donde salió.

Su pesada existencia correría en adelante dentro de aquel horizonte limitado. Nada en la vida podía devolverle lo que poseía antes de que la fatalidad y una obcecación inconcebible lo convirtiesen en el matador de su amigo. La tierra que dejaba atrás había bebido la sangre del que llamaba su hermano, guardando indelebles las huellas de un crimen que el tiempo no borraría jamás en su conciencia. Su destino se había tornado entera-

mente siniestro. Ya no podía esperar glorias ni felicidades. Al retirar su espada del pecho ensangrentado de don Juan, rompió para siempre el eje sobre el cual giraba el carro de su fortuna.

¿Qué le quedaba?

Únicamente expiar en solitaria existencia un delito cuya memoria le atormentaría sin tregua, abrir un hondo sepulcro á su juventud y agotar la amargura de su cáliz, hasta que Dios, compadecido, le enviara con el último suspiro una sonrisa de misericordia y de perdón.

*
* *

Tales, más ó menos, fueron las ideas que en confuso tropel desfilaban fúnebres y tétricas por el agitado cerebro del futuro ermitaño; y cuando, haciendo sobre sí un violento esfuerzo, pudo arrancarse á sus dolorosas meditaciones, ya era entrada la noche y la luna, como una antorcha fúnebre, aclaraba á medias las profundidades del valle.

Devorado por la sed, humedeció sus fauces con el agua de la vertiente, que cogió en el hueco de la mano, pero al notar con horror que esa agua estaba mezclada con sangre, lanzó un grito de desesperación al que respondieron siniestramente los ecos de la montaña.

—¡Dios eterno! exclamó, presa de la desolación más amarga; ¡qué terrible es tu justicia para con el crimen!

Moncada pasó toda aquella noche en vela, orando á ratos, á ratos entregado á los terrores que asedian á una conciencia culpada.

El alba vino á sorprenderlo antes que hubiera logrado un solo respiro á su angustia.

Los rumores, los cánticos y los perfumes, el meneo apacible de las ramas, el saltar de la cascada, que á los primeros rayos del sol parecía un chorro de diamantes, el himno de amor que la creación entona al Creador que la vivifica y renueva manteniéndola en su risueña y encantadora juventud, no inspiraron una sola idea de consuelo á aquella alma devorada por los remordimientos.

La serenidad del valle se avenía mal con los afectos de un hombre en cuyo corazón rugía comprimida y sorda la más desatada tormenta.

Don Carlos arrojó al sol naciente una mirada de desaliento profundo. El nuevo día no traía para él ninguna esperanza.

Rendido por el cansancio que le producía el insomnio y la carrera fatigosa de la víspera, se durmió, al fin, sin encontrar en el reposo el menor alivio para su alma. Su sueño fué agitado y breve; aun distaba mucho el tiempo en que, calmadas algún tanto sus pasiones, lograse el bienestar que produce una noche de descanso.

Apenas despertó, don Carlos de Moncada, que estaba resuelto á detenerse para siempre en el valle, echóse á recorrerlo en todas direcciones, buscando algún hueco ó gruta que pudiera servirle de habitación. Felizmente, el sitio aquel ofrecía cuanto desear pudiera el joven solitario Desde luego, las papas y el piñón le aseguraban su alimento, el agua la bebida necesaria, y respecto á habitación, no tardó en encontrar cuevas espaciosas resguardadas del viento y de la humedad, entre las que eligió una para su albergue. Por lo demás, él necesitaba bien pocas cosas, dado el género de vida que iba á llevar.

Arreglados estos preliminares de lo que constituye la

prosa de la vida, el heremita guerrero erigió frente á su gruta una cruz de la que colgó su espada, jurando no volver á ceñirla nunca, apartarse para siempre del trato de sus semejantes y vivir en adelante para el cielo.

ENRIQUE DEL SOLAR

(Continuará)

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Literatura.—Bellas Artes.—Viajes.—Ciencias.—Comercio.—Crítica

Colaboración de los principales escritores del país y correspondencia de otras ciudades de Europa y América

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

EN SANTIAGO

Por un año.	$	12.00
Por seis meses.	”	7.00
Por tres meses.	”	3.50

EN PROVINCIAS

Por un año.	”	12.00

EN EL EXTRANJERO—(PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL)

Por un año.	$	14.00

Toda suscripción debe comenzar en algunas de las épocas siguientes:

1.° DE ENERO, 1.° DE ABRIL, 1.° DE JULIO, Ó 1.° DE OCTUBRE

Las suscripciones que se pidan en algunos de los meses intermedios se entenderá que corren desde la época de suscripción más próxima.

Toda comunicación debe ser dirigida á

El Administrador

C. SILVA VILDÓSOLA

REVISTA ECONÓMICA

LIBERTY AND PROPERTY

ECONOMÍA POLÍTICA.—CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

PUBLICACIÓN MENSUAL

REDACTOR PRINCIPAL: Don Zorobabel Rodríguez.
DIRECTORES: Don Augusto Matte, don Félix Vicuña, don Melchor Concha y Toro, don Lauro Barros y don Domingo Matte.

SALE A LUZ EL 1.° DE CADA MES CON UN CONTENIDO DE 80 PAGINAS

OFICINA Y ADMINISTRACIÓN: Calle de la Compañía, 98-A, altos. Morandé.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Al año. . . . . .
Número suelto. . . . .

Toda comunicación debe ser dirigida á